
*Andrés
Gómez Flores*



**Memoria de una lealtad
(conversaciones con José Prat)**

ANDRES GOMEZ FLORES

Nació en Albacete en 1953. Periodista y escritor, ha sido redactor del diario "Pueblo", jefe de informativos en la emisora local de la cadena "Ser" y director de "Antena 3 de Radio" en Albacete. Dirigió, así mismo, la revista "La Seda" y fue reportero del semanario "Qué". En la actualidad es corresponsal del diario "El País".

En 1976 conoció a José Prat, cuando éste volvía a su ciudad natal tras casi cuarenta años de exilio en Colombia. Impresionado por "la extremada bondad de este hombre tranquilo", comenzó a realizar la larga entrevista que contiene este libro a principios de 1985.

JOSE PRAT

Nació en Albacete en 1905. Alumno de Fernando de los Ríos en la Facultad de Derecho de Granada, en 1931 fue llamado por Manuel Azaña para prestar sus servicios como jurista en el Ministerio de la Guerra.

Secretario primero del Ateneo de Madrid en 1932, siendo Unamuno presidente, ese mismo año tomó posesión de su cargo como letrado del Consejo de Estado y se incorporó como asesor

Andrés Gómez Flores

**MEMORIA DE UNA LEALTAD
(CONVERSACIONES CON JOSE PRAT)**

**EDICIONES DE LA
DIPUTACION PROVINCIAL
DE ALBACETE**



© ANDRES GOMEZ FLORES

Portada y diseño de la edición: Candelario Gómez Flores.

Las fotografías de las páginas 103, 104, 107, 108, 110, 111 y 112 fueron realizadas por Santiago Vico; la superior de la página 112 ha sido extraída de la revista "Triunfo".

I.S.B.N.: 84-505-4793-8.



DIPUTACION de ALBACETE IMPRENTA PROVINCIAL. Depósito legal: AB- 10 9 6 -190 6

Andrés Gómez Flores

**MEMORIA DE UNA LEALTAD
(CONVERSACIONES CON JOSE PRAT)**

Agradecimientos:

A mi hermano Candelario, colaborador mío infatigable y eficazísimo en la realización final de estas páginas. Y a Manuel Rodiel Collado, que me acompañó en alguna de estas conversaciones y me animó siempre a proseguir, tan entusiasmado él como yo con la personalidad de don José Prat.

He respetado siempre todas las ideas cuando
son ideas, y a todos los hombres cuando son
fieles a sus ideas.

JUAN RAMON JIMENEZ

*A Llanos, y a nuestros hijos
Andrés Alberto y Carlos*

Preámbulo

El pensamiento de un maestro, ya lo advirtió María Zambrano, es un aspecto casi imposible de separar de su presencia viviente. Más aun si, como José Prat, se ha revelado maestro precisamente en asignaturas que conmueven por lo que tienen de tasadas, de raras en este tiempo: la lealtad, la comprensión, la tolerancia. Todas ellas, brotes sosegados del pensamiento más alto de cuantos habitan en el hombre, el que se produce desde el orden y la claridad. Porque "se es claro cuando se está en claro consigo mismo". Entonces es cuando el pensar vivifica, hace de la vida más vida. Y el decir, entonces, trasciende y envuelve el otro pensar, el del discípulo que escucha sin prisa, sin arrebatos, impregnándose de tal generosidad, con fe en el maestro que habla.

En estas conversaciones, más que entrevistador me sentía discípulo suyo. Desde el instante en que empezaba a decir su palabra y aun en sus silencios y en cada insinuación, "que puede a veces ser más eficaz que lo que se expone a las claras", incluso entre las señas con las que José Prat, a sus ochenta y un años, sostiene que habla más que con la voz, casi apagada pero dulce y bondadosa, capaz de disculparse tras un inoportuno estornudo a mitad de una frase o de deslizarse bromista en el ponderado cauce del monólogo rico, deslumbrante, en el que aflora permanentemente la extremada bondad del hombre tranquilo, del hombre sosegado en el que no hay fanatismo ninguno.

Solos en el salón vacío de la Cámara o en la abrigada sencillez de su despacho, va su voz deshaciéndose detrás de sí, apurándose brevísima en cada lección. La añoranza en ellas no sufre lesión alguna, ni por la sombra que la copa del árbol ultramarino ha dejado marcada en el suspiro. El, ya enredado en el decir esencial de la hoja

mustia que todo lo ha vivido: el sol y la llovizna, desde el parque azul de la intemperie; sin dejar de fluir, yéndose de las bandas tiernas a los centros ásperos en un deseo sin fin de aspiración a la verdad que traspasa toda ensoñación. Yo, prendido a su cuidado magisterio, atento al volar delgadísimo de cada ráfaga, tan blanca. No hay heridas. Hay un sitio siempre en su frágil envoltura para la comprensión. Ya dijo que se inclina más a comprender que a perdonar. Quizá por eso entiende al periodista a quien ha entregado tantas horas de su tiempo, y hace de él su contertulio y su acompañante por las calles de Madrid y de Albacete, en las que se le ve enamorado de sus recuerdos, demorándose en ellos, emocionándose en el instante más conmovedor.

De nuevo le traigo a María Zambrano y le digo que, según ella ha escrito, no cabe detener la vida, tan sólo derrocharla o, simplemente, perderla. “Cabe algo más: darla”. Dar la vida, aun cuando se conserva, a muchos no puede parecer sino cosa de locos, “esa vida que todo español lleva siempre en disponibilidad y aun como estorbo” (otra vez María Zambrano). Esa vida José Prat la lleva entregada desde siempre, por lealtad, a su pensamiento, un pensamiento que él mismo llama de acción y que resume, insobornable, en “mis viejas cuatro palabras: paz, libertad, ley y socialismo”.

Hijo Predilecto de Albacete —“comprenderéis todos mi legítimo orgullo por haber visto aquí el sol por vez primera”— y Medalla de Oro, Honor y Gratitud de la misma provincia, fue para la mayoría un desconocido hasta 1976, excepto para los contertulios del periodista Ginés Picazo que ya lo admirábamos antes, desde que el propio Picazo volviera, reparada la injusticia de su depuración como funcionario de la Diputación Provincial. Ginés Picazo y José Esparcia hablaban y no paraban de su figura: “¡soberbio modelo para cuantos jóvenes quieran enfrentarse a la sagrada defensa de las libertades y derechos del pueblo español!”, dejó escrito Picazo. “Un español socialista. Eso es lo que soy y seré siempre”, ha respondido Prat. “Un hombre universal y solidario; la personalidad política más relevante que hasta ahora ha tenido Albacete”, añade Esparcia. En fin, José Prat, un espíritu íntegro, sabe con Machado, ahora que menudean figuras de mucho envoltorio, que “por mucho que valga un hombre, nunca tendrá valor más alto que el de ser hombre”.

Era yo jovencísimo cuando lo vi por primera vez. Amigos comunes me informaron de su regreso del exilio en septiembre de 1976, ahora hace ya diez años. Una tarde, entrada ya en las primeras

sombras, un reducido grupo de hombres socialistas, todos veteranos, se dieron cita en la estación de Albacete para esperarlo. Como periodista local di cuenta de aquel momento en el diario Pueblo, que entonces dirigía en Albacete León Cuenca. Sus corazones no cabían en los cuerpos y se aligeraron en lágrimas cuando el tren se detuvo y la serena figura de José Prat, el amigo (hermano) exiliado, apareció tras una de aquellas puertas. Los abrazos se hacían nudos interminables.

Hay hombres cuya vida constituye su gran obra. Por categoría moral, José Prat es un ejemplo magnánimo e imperecedero de ello. Rechaza su propia vanidad cuando presume de consecuente, y se declara partidario del ejercicio de la humildad tenaz. Es, antes que cualquier otra cosa, un hombre bueno, algo aturdido en un mundo lleno de injusticias, de egoísmos, de angustias y tirabuzones de terror; un anciano venerable, patriarca socialista que apura su tiempo en un modesto plan de futuro: concluir sus memorias. Y ello sin olvidar un instante su condición de utópico: "Utopía es poesía, y poesía es vida. Si se quita todo lo que de utopía hay en la vida, ¿qué queda? Si se quita todo lo que de poesía hay en nosotros, nos convertimos en esos míseros seres torpes e ignorantes que inspiraron la compasión de Prometeo", dice.

Lo que sigue es parte del contenido de las conversaciones mantenidas con don José Prat a lo largo de 1985.

A. G. F.
Septiembre, 1986

La melancolía del recuerdo

La identidad de la propia conciencia/ Primer compromiso social/ El Paraíso Terrenal, la severidad con que Dios trata al hombre/ El drama de Unamuno/ Sustituir conceptos religiosos por conceptos éticos/ Dios como creación poética/ El ansia de ver el mar/ La devoción por el pensamiento kantiano/ La patria es una creación de los padres/ ¡Vivan los estudiantes de Albacete!/ No conocemos otra manera que la vida presente.

—El uso de la razón no es una cosa, a mi modo de ver, que se pueda señalar en un momento cronológico determinado, sino que se va adquiriendo paulatinamente, y a una cierta edad que puede coincidir con la asistencia escolar. Se tiene entonces una conciencia espontánea de la continuidad y del propio ser. Uno se puede sorprender viendo fotografías de cuando era niño, adolescente, o de cuando ya es viejo. Y sin embargo, uno se siente idéntico a sí mismo a lo largo de todos esos años, idéntico a pesar de todas las transformaciones físicas. Yo no noto en mí un cambio de conciencia de mí mismo a lo largo de tantos años. Es evidente que se tiene un sentido de identidad desde el primer instante de lo que se suele llamar uso de razón.

Recuerdo la sorpresa que me causaban los cambios físicos con sólo unos meses de diferencia. Había personas que no veía desde algún tiempo, me parecía que habían cambiado un poco, más gruesos, más delgados, más viejos, y sin embargo en mí no notaba esos cambios. Personalmente, mi experiencia es de una tremenda identidad a lo largo de toda la vida. La identidad de la propia conciencia para mí es una experiencia desde los muy pocos años de edad, y que se ha mantenido sin cambios. Se habrán enriquecido los conocimientos, las vivencias, pero la identidad personal, es decir, la conciencia psicológica, tengo la misma que cuando asistía a la escuela de párvulos de la calle del Rosario.

—¿Cala hondo lo albacetense en la permeable conciencia juvenil?

—Sí, forzosamente, porque no hay ambiente que influya tanto como el que se vive en los primeros años, esos años de aparición de la conciencia psicológica. El influjo familiar es decisivo, el influjo de la escuela es decisivo; añádense el influjo de la calle, del campo, de la observación espontánea de los mayores, las relaciones con los coetáneos, no siempre apacibles. Luego, para mí fue un cambio de ambiente muy apreciable el salto de la escuela de párvulos a la escuela elemental, porque en la escuela de párvulos había más unidad, era

enseñanza mixta, había niños y niñas, me daba a mí la impresión de que nos parecíamos más, teníamos una mayor identidad. En cambio, cuando iba uno a ambientes de formación familiar distinta había un cierto choque. Yo he tenido excelentes amigos, pero me extrañaban las voces que usaban, su falta de delicadeza. Y sorpresas como el cariño extraordinario de los padres a los hijos pero con fórmulas que a mí me sorprendían; veía llegar al padre aconsejando al maestro que zurrara a su hijo sin compasión, que lo importante era que aprendiera y obedeciera. A mí me producía una gran extrañeza, ¿cómo el padre puede aconsejar que le den una paliza al muchacho?. Y luego, claro, he tenido siempre una conciencia muy inmediata de gratitud hacia los maestros, lo que quiere decir que tuve excelentes maestros. Eran amigos de mi padre, que pertenecía, entre otros aspectos, al mundo del magisterio. Todavía recuerdo mi primer compromiso social que fue comer invitado con mi padre en casa de la profesora de párvulos y su esposo, el señor Yagüe, que era compañero de mi padre. Mi gran preocupación era si el tenedor debía cogerse con la mano derecha o con la mano izquierda, y cómo debía coger la cuchara y cómo debía partir el pan. Estaba deseando terminar la comida porque me angustiaba el cumplir lo que me parecía que debía ser una norma obligada de corrección. De suerte que, desde el primer instante, yo creo, se percibe a través de una conciencia psicológica, como natural, y no tiene por qué explicarse, una cantidad de aspectos del mundo exterior que luego se van olvidando, pero que dejan su raíz. Mi afición y respeto por mi creencia en que la educación es fundamental para un país, para un gobierno y unas instituciones colectivas, mi afición a la enseñanza nacional, es consecuencia de aquella experiencia, y pesa tanto que nunca he cambiado. Luego, no es que yo haya sido un especialista en pedagogía, pero en fin, he tenido que leer cosas de pedagogía por afición, por necesidad profesional y política, y, en lo esencial, mantengo ideas primarias, probablemente por una actitud de simpatía y respeto hacia los maestros.

—¿Hay entre los desvanecidos recuerdos de la escuela uno que todavía llame su atención?

—En la escuela de párvulos me causó un gran efecto la primera vez que oí hablar del Paraíso Terrenal, de Adán y Eva y del árbol de la ciencia, del bien y del mal, de la expulsión del Paraíso. Yo no podía entender por qué era culpable Adán de una falta que había cometido Eva y, sobre todo, no podía entender por qué era causa de pecado mortal. La idea del demonio la aceptaba sin vacilación, me

parecía natural; a la serpiente le tomaba una positiva antipatía, pero la severidad con que Dios trata al hombre, echándolo del Paraíso por medio de un arcángel con espada de fuego, aquello, me producía una cierta sorpresa, una sensación de que la autoridad divina era excesiva.

—Esa sensación ¿cuándo se hace idea, idea solidificada con firmeza en su ser?

—Bueno, ya en mis últimos años de bachillerato en Cádiz. La materia religiosa era voluntaria, se estudiaba o no por voluntad de los padres (ahora al que no dice nada le enseñan Religión). Yo estudié Religión porque me era necesaria para ser maestro. Al que terminaba el bachillerato con unas pocas materias más —Pedagogía, Trabajos Manuales y Religión— le daban el título de maestro elemental. Entonces, en el sexto curso de bachillerato, en Cádiz, me matriculé en Religión. Eramos pocos, tres o cuatro alumnos. Encontré explicación a una porción de conceptos religiosos que antes no había podido comprender. El catecismo no me entusiasmaba, había que aprenderse de memoria al padre Ripalda; las preguntas eran ya conocidas, las respuestas eran de memoria, y era necesario saberlo porque a los siete años nos daban la comunión, la primera comunión; prácticamente todos la recibíamos y teníamos que hacer confesión, por supuesto. El catecismo no me entusiasmaba, pero aquel manual de sexto año sí me produjo impresión, y tuve un momento de una cierta actitud mística, de comprensión religiosa; no quería entrar en el concepto de Trinidad porque no podía entenderlo, pero me parecía que la idea de salvación y el concepto de la resurrección eran interesantes, me gustaban aunque no pudiera explicármelo racionalmente; al menos tenía la ventaja del triunfo del bien. De manera que por el año 20 o 21 tuve una cierta actitud mística que lentamente fue desapareciendo. Sin embargo sí conservo de aquella época una actitud de gran respeto a toda creencia religiosa.

—¿Por qué terminó consumiéndose hasta desaparecer esa aproximación religiosa?

—Estaba, de una parte, el espíritu crítico. Siendo estudiante de Derecho me interesaba Unamuno; aquel drama interno de su conciencia me producía impresión. El drama de Unamuno consiste en que quiere creer y no puede creer, es una lucha entre la razón y la fe. Y entonces adopto una posición de respeto, pero sustituyo los conceptos religiosos por los conceptos éticos, por el principio de la moral como algo universal, sin rechazar una concepción de la Divi-

nidad como fundamento de todo el mundo modélico pero sin saber en qué puede consistir la Divinidad. ¿La identifico con la Naturaleza o la identifico con un ser personal? Me costaba trabajo aceptar lo del ser personal. Y en Unamuno hay una cierta actitud de identificación de Dios con la Naturaleza. Llama a Dios conciencia del Universo. Yo postulo, amigo del kantismo, el principio de Dios como fundamento del mundo moral, pero con una postulación sin la cual el mundo tiene una difícil explicación; influyen un poco en esto mis apresuradas lecturas de *Los Vedas* y algunas leyendas orientales, pero sobre todo, la interpretación del evangelio como una doctrina de perdón, de paz y amistad, y de sacrificio. De suerte que tuve siempre un gran respeto por el Nuevo Testamento.

—Después de eso, ¿se reproduce algún síntoma de inclinación a lo largo de su vida?

—No. Yo he mantenido siempre una actitud que se puede llamar deísta sin ninguna vacilación, es decir, postulo la existencia de Dios como una creación poética. El ansia de lo absoluto que es esencial a la conciencia, la última exaltación lírica, la última emanación, es el sentimiento de la divinidad más que la idea. De ahí mi admiración por San Juan de la Cruz, que para mí es el poeta lírico excelso de todos los tiempos, que lo que hace es convertir la religión en poesía.

—Volvamos a lo albacetense para saber exactamente qué relación mantiene usted hoy con su ciudad.

—El entrañable afecto que produce el recuerdo de la infancia, de los seres queridos que forman la familia en la que aparezco, la escuela de párvulos a la que asisto, la escuela nacional de la feria, donde ingreso hacia 1912... Yo acompañaba mucho a mi padre en sus conversaciones con los amigos. Era un poco sorprendente, dada mi poca edad, no sólo que me llevara con él sino que no le pareciera mal a sus amigos. Yo solía ser discreto, pero me atrevía a opinar y todo. Me acogían con mucha simpatía, me perdonaban los pequeños errores infantiles, pero recuerdo, por ejemplo, aquel grupo de amigos entrañables de mi padre que constituían don Maximiliano Martínez, el padre de Maximiliano Martínez Moreno, que era relator de la Audiencia; el padre de Alberto Mateos, que era bibliotecario y archivero; el contador de la Diputación Provincial, Sánchez Silva. Recuerdo al director del periódico *El 13*, Manuel Fraile (“Antonio de Solís”). *El 13* era un semanario combativo que se fundó hacia 1915. Fue la aparición del periodismo crítico, vivaz; empezó como un

periódico casi humorístico y terminó como un periódico socialista. Lo dirigía, como digo, Manuel Fraile, que era, me parece, un funcionario del Catastro, de una gran fortaleza física, y reunió un grupo de jóvenes muy entusiastas, liberales avanzados, republicanos; el caricaturista de "El 13" era Alberto Mateos. Y Fraile fue objeto de represalias de amigos de los caciques. Iba con una garrote tremendo ante la posibilidad de ser agredido, y lo fue alguna vez.

Ya en Cádiz, en 1917 seguíamos la vida albacetense con una gran cercanía y asiduidad. Manuel Fraile nos mandaba puntualmente todas las semanas *El 13*, mi padre colaboraba en *El Defensor de Albacete*, que dirigía su antiguo discípulo Eliseo Ruiz Rosel. Volvíamos de cuando en cuando, así en 1921. Mi padre tenía un gran cariño por Albacete y estaba un poco entristecido por haberse marchado. Yo creo que, en el fondo, su ilusión era seguir en Albacete. El hubiera podido ser director de la banda municipal, puesto que quedó vacante hacia 1917, pero no se lo ofrecieron a él. No dijo nada, pero yo creo que influyó mucho en su decisión de marcharse. Es cuando nombraron a López Varela director de la banda por indicación de un grande amigo de mi padre, el maestro Villa. Mi padre fue incapaz de decirle nada a Villa ni a sus amigos. Lo encajó con una gran dignidad, comprendió que, en la música, no tenía ya nada que hacer allí. Y entonces se entregó a su carrera administrativa, en la que para ascender había que trasladarse. Era oficial tercero de administración en Instrucción Pública y pasó a Cádiz de oficial segundo. Yo recuerdo que fui con enorme alegría por el ansia de conocer ciudades nuevas, de ver el mar; lo mismo cuando se trasladó a Granada para que yo pudiera seguir allí los estudios. Mi padre tenía un gran espíritu de cordialidad, de extraversión, y esa extraversión, esa curiosidad hacia todo, yo creo que la heredé, virtud o defecto mío, de mi padre.

Pero el recuerdo de Albacete fue constante, enseguida encontramos albacetenses en Cádiz, en Granada, y teníamos con ellos reuniones frecuentes, visitas, y amigos que llegaban de Albacete, éramos sus cicerones en Cádiz y luego en Granada. Me acuerdo de que yo iba con mis padres y les enseñaba la Alhambra y el Generalife, y decía lo mismo que decían los cicerones. Lo aprenden la primera vez y ya lo repiten siempre. Cuando salimos de Albacete acababa de cumplir doce años. Recuerdo a Canalejas, que fue asesinado en 1912, como si fuera hoy; recuerdo a Tesifonte Gallego, a quien vi en la Diputación, estando mi padre con Abelardo Sánchez y otros canalejistas; recuerdo también, como si fuera hoy, la vida en Cádiz en

1917, la guerra mundial, que terminó entonces. Luego, siendo ya estudiante universitario en Granada, se ensancha mi capacidad de observación y de vitalidad espiritual notablemente. Entonces fue muy intensa mi actividad entre los estudiantes, pero ése es otro asunto.

—Sí, eso nos aparta de la búsqueda de huellas albacetenses, marcas que hayan podido tener una influencia decisiva en su vida.

—Dentro de la relatividad de unos conceptos localistas, sobre todo para quien, desde muchacho, ha admirado la universalidad, para mí fue intensa la devoción por el pensamiento kantiano, y el imperativo categórico como emanación de la conciencia ha sido una de las ideas claves en mi pensamiento. Dentro de eso, es evidente que quedan huellas positivas de la tierra propia, por dos razones, sobre todo por los padres más que por la tierra. La patria, en realidad, es la tierra de los padres. El hecho de nacer en un sitio concreto no es tan importante como el hecho de que los padres estén enraizados en esa tierra. El saber humano es un saber de tradición oral, esencialmente; escribir es una cosa accidental. Lo que sí marca una vida es el ejemplo, las ideas, el recuerdo, el sentimiento paterno, incluso uno de los grandes consuelos que uno puede encontrar es el recuerdo de los seres queridos desaparecidos que están viviendo en nuestro pensamiento, porque así viven, destacando todo lo que tienen de bondad.

Ahora bien, ¿eso se identifica con la tierra? Inevitablemente, porque sitúa el lugar como ambiente de esos valores. La influencia de mi madre fue muy intensa; la sitúo como albacetense aunque ella nació en Chinchilla de Montearagón. Mi padre vivió mucho la vida de Albacete, conoció a muchas gentes. Yo le acompañaba de niño y oía hablar a sus amigos, y todo eso marca una influencia. Hay episodios realmente curiosos; mi padre era discípulo de don Tomás Campos, que era un magnífico maestro, un hombre ahorrativo, cuidadoso, tenía alguna fortuna y una casa que daba al paseo de Alfonso XII y a la calle de Salamanca. Se entraba por una calle y se salía por otra atravesando la casa. Yo tenía que ir a veces al Banco de España, que estaba en la calle de Salamanca, porque mi abuela tenía en 1916 el estanco de la Plaza Mayor, y yo iba a hacer lo que se llamaba la saca, la compra y el pago del tabaco semanal y los efectos timbrados. Iba a través de aquella casa, y se encontraba uno a los hijos vistiéndose con bastante tranquilidad, y no se extrañaban de ver pasar a la gente por el pasillo de su casa, que nos ahorraba la incomodidad de dar un rodeo. Eso hacíamos con la casa de don

Tomás Campos, que era también poeta muy discreto, muy apegado a su tierra.

Por esos años destacó como poeta humorístico Juan Belmonte, que era empleado de Correos. El padre era un sastre vecino nuestro en la calle Zapateros; tenía otro hijo de mi edad con el que yo jugaba a la brisca. Iba mucho por su casa. Belmonte nos mandaba a Cádiz todos los periódicos en que publicaba sus versos humorísticos. Recuerdo, por ejemplo, que cuando el desastre de Marruecos, en el 21, hubo una explosión de sentimiento nacionalista y patriótico que suscitó colectas y suscripciones, y a los maestros nacionales se les ocurrió una suscripción para regalar un tanque al ejército de Marruecos, y Belmonte publicó su poesía humorística diciendo: “los maestros con patrio arranque/quieren regalar un tanque”, y terminaba más o menos ironizando sobre la educación de los moros a base de tanques. Tenía cosas verdaderamente muy ingeniosas. Ya estando en el exilio, nos mandó una curiosísima polémica que tuvo con Fernando Franco. Fernando Franco era un periodista, funcionario de Hacienda, muy discreto poeta, que hacía crítica teatral en *El Defensor de Albacete*. En unos juegos florales se puso como tema del primer premio y flor natural, siguiendo la tradición de los juegos florales que yo creo que ha desaparecido ya, el canto a la mujer manchega, y Fernando Franco hizo una composición de tipo clásico en endecasílabos libres muy solemnes. En cambio, Belmonte buscó su inspiración en la poesía tradicional manchega, y le pareció que lo mejor era hacerlo en seguidillas. Pero el jurado le dio el premio a Franco porque era más solemne. Juan Belmonte publicó un folleto muy agresivo contra Fernando Franco que se titulaba *Agitación pelirrubia o el crimen de Matapuerca*, quizá porque uno de los jurados era rubio, y el crimen de Matapuerca no recuerdo por qué, quizá porque se asesinaba a la buena poesía. Era un episodio de esa época que se ha olvidado casi. El único que conserva testimonio de ese tiempo es Alberto Mateos.

—Quizá quiera usted rescatar, si no supone demasiado esfuerzo, algún otro recuerdo de entonces.

—Recuerdo mi primer encuentro con la política nacional, en una huelga que hacen los estudiantes contra el ministro de Instrucción Pública, que era don Francisco Bergamín, padre de José Bergamín. Sí, recuerdo que hizo Mateos un cartel con una caricatura de Bergamín en el que se leía: “Muera Bergamín. ¡Abajo su proyecto! ¡Vivan los estudiantes de Albacete!”. Nosotros éramos pequeños,

íbamos como doctrinos a clase, y los mayores formaban un piquete de huelga y no nos dejaban pasar. Siempre que veo a Mateos le recuerdo lo de Bergamín. Albacete en aquella época tenía una vida cultural notable porque tenía clases de Artes y Oficios para obreros, y muchos chicos que eran alumnos de bachillerato iban por la noche para dar clases o para recibirlas. Mateos iba a las clases de Dibujo que dirigía el catedrático y secretario del Instituto, mi tío Julio Carrilero, casado con una hermana de mi padre.

Recuerdo también cuando fui a matricularme para mi ingreso en el bachillerato y me dijeron que firmara; aquello me pareció que era una cosa muy seria, que yo debería poner una rúbrica y no cambiarla en mi vida. Mi padre firmaba con una rúbrica que era una gran D acostada, y yo decidí firmar con una gran P acostada, puesto que me llamo Pepe y Prat, y todavía la uso. Como ve usted, la formación de la conciencia psicológica es temprana.

—¿Existe en realidad el orgullo de ser de un lugar u otro?

—Sí. Es un orgullo natural. Se tiene orgullo del sitio en que se nace, y eso lo tiene todo el mundo. No conocemos otra manera que la vida presente, enriquecida con el pasado, y con la ilusión del futuro, pero uno lo único que conoce positivamente es la vida. La misión de los filósofos del vitalismo, como Ortega, fue señalar eso, la vida como fenómeno fundamental. Y eso lo une a usted de una manera esencial al sitio en que nace. Eso no tiene remedio. Puede haber una influencia paterna de tal grado que, por su cariño a la tierra materna, influya en sus hijos quitando el cariño a la propia. Me refiero a los hijos de forasteros, algo que ha desaparecido. Los hijos de forasteros podían no sentirse albacetenses porque los padres estaban allí transitoriamente. Figúrese usted si ha nacido gente en Albacete que no tiene ninguna vinculación sustancial con la ciudad, hijos de magistrados, de militares, de funcionarios públicos. Y han nacido allí, pero no tienen vinculación porque sus padres no la tenían. La patria es una creación de los padres, no de la tierra, lo que pasa es que todo eso enriquece a la tierra, crea un sentido transcendente. Recuerdo con ilusión el poder evocador, la melancolía del recuerdo, —la sentíamos en Cádiz, en Granada—, la simpatía con que se acoge al paisano que llega, atendiéndole, acosándole a preguntas. En el exilio me decían: “y bueno, con los años que lleva aquí ¿cómo no se ha nacionalizado colombiano?” “Pues mire usted, —les respondía—, le diré como dice una copla aragonesa: *En Aragón he nacido/porque así lo quiso Dios/y si antes me lo preguntan/también nazco en Aragón*”.

La condición humana

El diablo que tiene uno dentro/Hablando en prosa sin saberlo/Una fe extraordinaria en la Providencia/“Gozábamos con fumar juntos de chicos, era una cosa de entusiasmo”/La utopía agresiva del totalitarismo/La identidad perenne del género humano/La condición humana de aspirar al bien/Es difícil encontrar una explicación satisfactoria de la historia/Cierta tendencia al platonismo/La teoría combinada del trabajo.

—En su juventud, ¿recuerda usted haberse distinguido especialmente en algo?

—No. Me consideraba una persona de aficiones de estudio, de cierto espíritu emprendedor; organicé en 1916 un grupo de aficionados al teatro y representamos pequeñas comedias. A veces tenía, incluso, que ir a buscar al público para que asistiera, porque no se podía actuar sin público. Mi padre era empresario de teatro y cine, y recibía propaganda de las películas que estrenaban, policiacas, *Phantomas* por ejemplo, y hacíamos una especie de representaciones basándonos en lo que nos contaban aquellos programas, adelantándonos un poco al sistema actual de improvisación aparente de los actores. Recuerdo que un día nos atrevimos a poner en escena un arreglo de *El Mercader de Venecia*, de Shakespeare, y el que hacía de mercader usaba un enorme blusón de los que empleaban en el comercio, y nos quedamos tan tranquilos. Por el año 16 tenía yo mis once años, sí, y un cierto espíritu emprendedor, de organización, pero por lo demás era estudioso, sin someterme estrictamente a las clases y a los textos. Me gustaba leer otras cosas, y a veces me interesaba algo y dejaba de atender la lección del día siguiente por leer una novela de Julio Verne, de manera que luego pasaba mis apuros en clase, y sólo descansaba cuando veía que pasaba el tiempo y no me preguntaban. En fin, no fui mal alumno, solía sacar dos matrículas de honor y algún sobresaliente, en caligrafía me daban notable, más o menos mantuve siempre esa calificación. Yo era muy tímido. El primer año, por no tener la edad necesaria, no me pude matricular, hacía falta tener diez años y yo tenía nueve, pero asistí a clase como oyente y, claro, los oyentes teníamos que examinarnos con tribunal, mientras que los alumnos oficiales, recibían una nota casi siempre sin exámenes. Al segundo año, mi padre me dijo: “vas a seguir así”, y tuve que continuar de oyente. Me estimulaba hacer una cosa distinta de los demás, el diablo que tiene uno siempre dentro, y aunque comprendía que me era mucho más incómodo y peligroso, no obstante, acepté con gusto y seguí siendo estudiante por libre,

asistiendo a clase todos los días. Esto suponía que mientras los demás recibían sus notas en mayo, yo no las podía tener hasta primeros de junio; y segundo, que era lo peor, tenía que estudiar para contestar ante el tribunal. Me trataban bien, procuraba yo salir del apuro lo mejor posible, y saqué bastantes buenas notas que conservé en Cádiz porque ya viene esa especie de inercia. Recuerdo los apuros del profesor de Preceptiva en Cádiz. La Preceptiva ha sido la signatura que más trabajo me ha costado. No podía pensar que luego tendría que dedicarme a la pluma. Me gustaban los ejemplos: “Para y óyeme, oh sol, yo te saludo” (Espronceda), o: “Ya la luz, ya la vida, ya las pompas/del mundo, sus honores y grandezas/ya del arnés el fulgurante brillo,/ya del soberbio ondular de las banderas/ya todo huye de mí,/ya todo sube en mi viejo castillo/a las almenas” (Echegaray). Los ejemplos sí me los sabía, lo que no sabía era para qué servía aquello. Me lo enseñó después mi hermano, que fue profesor de Preceptiva y me ayudaba mucho en el exilio; y él me decía: “bueno, pero si estás cometiendo asíndeton”, y entonces tuve que saber lo que era asíndeton; había estado hablando en prosa sin saberlo, como el personaje de Molière. Y ahí sí, en aquel examen en 1918 pasé unos apuros tremendos, y el profesor no se atrevió a suspenderme gracias al buen expediente que tenía. El pobre profesor pasó sus apuros, porque debió suspenderme en realidad y no se atrevió. Es la única materia en que no tengo más que aprobado. Y salí con una fe en la Providencia extraordinaria.

—Tendrá usted una clara visión de lo que eran los jóvenes de su tiempo y lo que son los jóvenes de hoy.

—Han cambiado. Primero, las relaciones padre-hijo, en el sentido de mayor liberalidad. Yo creo que en el fondo ha sido un gran progreso. El contraste entre la educación liberal y la dogmática por parte de los padres, eso ha existido siempre, lo tiene usted ya en Molière y otros autores. Que los hijos se sienten ahora más libres, eso no tiene duda, pero habría que ver hasta qué punto eso supone una desvinculación con la familia. Aquí hay dos fenómenos curiosos: en primer término, vea usted que la juventud es mucho más numerosa de lo que era entonces y, en segundo lugar, ha crecido muchísimo el número de estudiantes. Lo natural es que haya una relación de afecto, de respeto y de cariño entre hijos y padres. Y aunque haya una mayor sinceridad, no hay una mayor ruptura emocional con los familiares, lo que pasa es que tiene más exteriorización y hace más ruido. Luego, es evidente que hay

manifestaciones de carácter colectivo que yo enlazo con la idea muy sutil, que a mí no me gustó en su tiempo, de la rebelión de las masas. A mí, por ejemplo, me cuesta mucho trabajo concebir la histeria colectiva que supone una discoteca, pero ahí está. Ahora, ¿no hay otras formas más o menos reducidas de actitudes de histeria colectiva?, y lo que es peor, en los viejos más que en los jóvenes. Vea usted, si no, una histeria colectiva en muchas de las creencias políticas de los españoles. Cuando era muchacho, “Maura sí/ Maura no” era una divisa de polémica tremenda, o la división que precedió a la guerra civil. Yo la viví abrumado. Como viví la guerra, estimada por mí como legítima defensa de España.

La juventud tiene una actitud mucho más generosa hoy que la que tenía entonces. Cuando hablan de paz y amor, con todo lo que usted quiera, aunque lo digan en inglés, hay algo de verdad en eso. Yo no voy a compartir, como comprenderá, ese disparate de que tomen marihuana, pero tampoco todos los jóvenes son pop o marihuaneros. También me parecía un disparate en mi juventud que se pasaran la vida jugando al billar en los cafés, bebiendo o fumando; gozábamos con fumar juntos de chicos, era una cosa de entusiasmo. Ahora los aspectos que más se recogen son los ruidosos, los más llamativos. Si se pudiera hacer una encuesta objetiva, que se puede hacer, se vería que en realidad los valores morales de la juventud son más sólidos hoy que hace cincuenta años.

—¿Usted cree que ha variado el comportamiento del hombre a pesar de los muchos avatares y trabas de la historia?

—Yo creo que no. Lo que pasa es que hay siempre unas influencias en la manera colectiva de comportarse. Tiene usted, por ejemplo, la Europa de la guerra del 14, que es de una identidad entre todos los países, el mutuo temor, el ansia de poder. Luego, la consecuencia de la guerra es que, lejos de encontrar una paz auténtica, se mantienen los tremendos rencores y estalla la utopía agresiva del totalitarismo, en Rusia primero, luego en Italia y después en Alemania. Todo eso crea una situación pasional de la que uno de sus aspectos es la guerra de España. No es un fenómeno exclusivo de nuestra época. En otros tiempos también ha habido fenómenos dramáticos colectivos. Tiene usted las guerras religiosas en el siglo XVI; qué duda cabe de que hay también una exaltación ideológica que promueve episodios de martirio heroico como la ejecución en la hoguera. En la historia se dan momentos dramáticos de una crisis profunda. Ahora, en lo esencial, la condición humana yo creo que

varía poco. Por una razón, porque nos identificamos con los textos literarios de hace muchos siglos; coge usted *Antígona*, y *Prometeo encadenado*, y coge usted *Los Vedas* y *La Biblia* y no se siente extraño, y han pasado veinticinco siglos, treinta siglos. Luego hay una identidad perenne en el género humano. La idea del progreso, una idea que no está muy clara, nace en el siglo XVIII, sin duda como consecuencia de la fe en la razón. El XVIII es el gran siglo de la razón. Se podrán producir altibajos, pero, siguiendo la evolución de la historia del género humano, qué duda cabe de que se han producido progresos. Lo que no hay es una ley de progreso homogéneo; hay progresos en unas cosas y decadencias en otras pero, en lo esencial, la Humanidad aspira al bien siempre, porque aspirar al bien es una condición humana. Ahora, hay momentos de crisis. A mi generación le ha tocado vivir momentos y situaciones de drama implacable pero, justamente en esas situaciones de drama, los valores humanos alcanzan los contrastes más fuertes. Y se ven los valores más sublimes y los más despreciables. Hay que ver la cantidad de gente que ha dado su vida con toda generosidad por defender unas ideas. Podrá uno estar de acuerdo o no con ellas, pero es una actitud enormemente respetable. Y todo eso tiene que enriquecer a la experiencia y al ansia de perfección del hombre.

Hay un texto de Santa Teresa, unas normas para monjas, cuyo título es perfecto: *Camino de perfección*. La historia del género humano tiende a ser un camino de perfección. Depende también de que el historiador adopte posturas optimistas o pesimistas, generalmente según la época en que vive. San Agustín vive el momento de las invasiones bárbaras, de la ruina del Imperio Romano, y postula una ciudad de Dios en contraste con la ciudad humana del infortunio, del diablo, de la injusticia. En cambio, se da en el siglo XVIII la utopía de un Rousseau o del mismo Kant, porque es un momento de ilusión en el género humano. El siglo XIX, y el XX, tuvieron un comienzo lleno de esperanza, “la belle epoque” decían los franceses, y, sin embargo, se estaban gestando las grandes guerras. Yo oí a mi padre y a sus amigos decir que tenía que haber guerra, y no podía explicármelo, pero acertaban aquellas predicciones. De manera que es muy difícil encontrar una explicación satisfactoria de la historia, lo único que podemos hacer es tratar de entender los episodios históricos y buscar aquellos valores que parecen permanentes, como la aspiración a la bondad, a la belleza, a la justicia. Yo creo que éstos sí son valores permanentes.

—¿Es cierto que usted destacó en el terreno, difícil para muchos, de la conquista de mujeres?

—Dejando aparte las concesiones naturales del llamamiento de la naturaleza humana, tuve cierta tendencia al platonismo. Siempre me gustaban bellas muchachas; casi nunca les decía nada. Mi padre me advertía: “cuidado con los amores balcónicos”. Claro está que me gustaban las muchachas, y a veces leía revistas como *KDT*, algo verdes, que ustedes no conocen, porque ahora la pornografía es libérrima.

—¿Hay cosas que usted haya defendido en su juventud y que ahora considere que no tienen sentido?

—Suelo en el fondo, con una cierta vanidad íntima, rechazable como tal vanidad, presumir para mis adentros de consecuente. Por ejemplo, mis ideas sobre el regeneracionismo español, que las descubro en Costa, las he tenido constantemente, hasta ahora, con tantos avatares. Mi actitud de lealtad para la lucha contra la violencia, el pensar que es mucho más útil para la defensa de las ideas el avance progresivo, el convencer al vencer, eso lo he mantenido siempre. Pero es evidente que cuando uno repasa sus juicios, puede que haya cometido errores. Por ejemplo, yo decía humorísticamente, comparándome con un ilustre comentarista internacional: “él se equivoca el noventa y cinco por ciento de las veces, yo el noventa y cuatro, luego yo me equivoco menos que él”. Si uno repasa las cosas que ha escrito hace treinta o cuarenta años, se ve que en unas cosas ha acertado y en otras no. Yo he sido comentarista diario de la guerra mundial, y tenía que improvisar con los mapas y adivinar un poco lo que podía pasar, unas veces con acierto, otras no. Por ejemplo, yo no podía pensar que era imprescindible usar la bomba atómica, pero no rechazaba que podía usarse. Como abogado defensor he tratado de explicar la violencia pero nunca la he aceptado. Mi actitud dentro del partido socialista, cuando las pugnas interiores, fue nítidamente lo que se llamaba reformista.

—En su actividad juvenil no compartió usted las simpatías por las huelgas estudiantiles, ¿a qué se debe?

—Entonces se abusaba de las huelgas, y a mí me parecía indigno de una juventud que quería renovar España que hubiera huelgas. Las combatía con tal vivacidad que me dejaban no acatarlas porque me estimaban mucho. Recuerdo que alguna vez entré solo en clase para dar ejemplo, y cuando mis compañeros creían que a la

salida iba a huir por otra puerta, me fui hacia ellos a ver qué pasaba, y no pasaba nada porque comprendían la pureza de mi intención.

Hoy pienso igual sobre las huelgas de estudiantes y de obreros. Creo que hemos llegado ya a un estado de la sociedad que permite pensar en el arbitraje obligatorio, porque la huelga tiene el aspecto de actuación primitiva de la lucha social. Lo digo con convencimiento riguroso. Es lo mismo que ha pasado en la evolución de la defensa personal; hasta hace ciento cincuenta años la gente llevaba espada si era hidalgo y, si no, llevaba su navaja, que venía a ser la espada del pobre, como medio de defensa, porque tenían que defenderse. Yo no sé si habrá que volver a eso, es posible, pero lo cierto es que llega un momento en que el Estado toma unas facultades tremendas, crea una política de seguridad, y la gente cuando tiene problemas acude a los tribunales, al juez, o acude al arbitraje y a los buenos oficios. Yo creo que en las luchas sociales habrá que llegar al arbitraje obligatorio, ya hay algo en nuestra legislación, porque la huelga ha sido un instrumento muy importante para la defensa y el progreso social pero es, sin embargo, un instrumento de acción directa, y por tanto, primitivo. Si hubiera una jurisdicción suficientemente eficaz, independiente, la huelga en principio podría suprimirse.

— Volviendo a la juventud de hoy, su juicio no admite dudas.

—Tengo un juicio muy favorable y soy optimista convencido. Pensar que una minoría de drogadictos, muchas veces consecuencia de problemas familiares o de falta de educación pública... pensar que eso da la tónica de nuestra juventud es un error. A mí me da la impresión de que se trata de una de las juventudes más laboriosas y más entregadas a su porvenir que hemos tenido en España. En una situación difícilísima, en lo que se llama la masificación de la Universidad y porque no hemos podido conseguir facilitar el acceso del joven al trabajo. Yo defiendo tesis ingenuas, por ejemplo, la supresión o reducción enorme de la edad de jubilación para crear la jornada de cuatro horas combinada; cuatro horas para el viejo y cuatro para el joven. No cuesta más, porque entre lo que supone el salario de un obrero y lo que hay que pagar por la pensión se pueden perfectamente pagar dos salarios. Y el joven tiene así, primero, un sitio de trabajo, segundo, un sitio donde perfeccionarse, porque el trabajo además es aprendizaje. Y al viejo no se le condena a la inacción. Yo creo que hay que llegar a la jornada de cuatro horas, pero combinada.

La lealtad a las ideas

Un defecto de los españoles/ El dogmatismo reduce nuestra significación moral/ El error de no conocer bien nuestro siglo XIX/ Ver todos los días el sol/ La lealtad obliga a rectificar/ Aspirar a la verdad más humana/ La teoría de la razón cordial/ El amanecer detrás de cada noche/ El entusiasmo por Joaquín Costa/ ¿Por qué ha de ser España tremenda en desdichas?/ El krausismo como fundamento de la posición política/ La atracción por el socialismo humanista/ Discípulo de Fernando de los Ríos, maestro de nadie/ La llamada de Azaña.

—¿Qué cualidad admira usted más en un hombre? ¿ha sufrido esa admiración cambios a lo largo de su vida?

—No he cambiado mucho mis puntos de vista. La lealtad a las ideas me ha parecido siempre un mérito indudable. Ver cómo se defiende la actitud de conciencia y el respeto al derecho ajeno. La lealtad a las ideas no nos exime de una consideración respetuosa de los demás. Ese es un principio que estaba en los viejos juristas: no dañar a otro, sencillamente. Creo que lo más admirable es eso, ser leal a las ideas y tolerante con los demás.

—En ambos terrenos, ¿qué opinión tiene de nuestro país?

—El nuestro es un país en el que hay valores morales muy grandes. Lo que hay también es una pasión que a veces va más allá de la contención racional. Es decir, que teniendo un punto de arranque respetable, hay un cierto dogmatismo en nosotros que nos impide la consecuencia de la tolerancia. Yo creo que ése es un defecto nuestro, un defecto de los españoles que nace de sus virtudes, como decía un viejo arbitrista. La virtud del respeto a la conciencia está, a veces, reducida por el dogmatismo. Porque uno no piensa de buena fe que pueda equivocarse, sino que uno tiene razón y tiene por tanto que imponer su razón, como decía Unamuno, a cristazos. Y hay que defender a Cristo, pero sin dar cristazos, sin golpes de fuerza. Esa es nuestra virtud y nuestro defecto. Es un país donde los valores morales, indudablemente, tienen fuerza, pero el dogmatismo reduce nuestra significación moral.

El español, en principio, a pesar de esa situación, cuando no está movido por pasiones violentas, es extraordinariamente tolerante. Nosotros hemos cometido el error de no conocer bien nuestro siglo XIX, que tiene casi tres guerras civiles y fue, sin embargo, un siglo de gran convivencia. La guerra carlista primera termina con el pacto de Vergara; el carlista que quiere se marcha, y el que no, se queda en España. Lo mismo pasa en la guerra carlista final; se resuelve también por convenio. Yo recuerdo cómo me impresionaba,

siendo niño, en Albacete, el que hubiera un centro republicano y un centro jaimista, que era como se llamaba entonces a los carlistas. Tenían grupos artísticos, hacían teatro, y como no tenían suficientes aficionados, se prestaban mutuamente los actores y convivían perfectamente, cuando unos eran republicanos anticlericales, antimonárquicos, y los otros eran muy clericales y muy legitimistas y de la extrema derecha. Y sin embargo, allí, en las tertulias del Altozano, recuerdo cómo convivían personas de todas las ideas. Los españoles hemos sido más intolerantes como consecuencia de la última guerra civil.

—¿Qué significados halla usted desmenuzando el concepto lealtad, que reconoce como el atributo más admirable en un hombre?

—En primer término tiene un concepto puramente subjetivo, es decir, la lealtad a la propia conciencia. Creo que el primer deber individual es ser sincero con el propio sentir, con el propio pensar, y procurar exteriorizarlo dentro de lo que, humanamente, es posible. Dentro de la lealtad con la propia conciencia, he procurado la lealtad de las ideas. Claro que la lealtad de las ideas no puede significar una cristalización definitiva. Es inevitable que se produzca una evolución del pensamiento, tanto en un sentido progresivo como de rectificación. Otra cosa es una afirmación de soberbia, pensar que desde el primer momento tenemos una verdad como revelada y atenernos a ella de una manera consecuente y tenaz. Yo recuerdo que Unamuno usaba mucho una vieja frase castellana: defendella y no enmendalla. Para ese principio de los viejos hidalgos, lo importante era sostener una opinión aunque no fuera justa, sostener, sobre todo, el punto de honra aunque fuera con un exceso de afirmación, de soberbia afirmación de la personalidad. Dentro de lo que es correcto y humanamente justo, rectificar el error, he procurado mantener una actitud consecuente y, hasta donde es posible, evitar rectificaciones que no estén justificadas. Yo no puedo decir, ni creo que lo pueda decir nadie, que mi pensamiento, al cabo de cincuenta o sesenta años, no haya variado en lo más mínimo. Lo que sí puedo afirmar es que la actitud de conciencia en el orden ideológico se ha mantenido normalmente igual, es decir, mi acción procura atenerse y realizar mandatos de la propia conciencia, lo que no quiere decir que adopte posiciones dogmáticas o agresivas. Creo que es una obligada afirmación de modestia, que no es tanto de modestia como de comprensión de la relatividad de las cosas humanas que nos impide considerarnos dueños del saber absoluto, del saber dogmático, del saber que

nadie puede rectificar. En tal sentido, la lealtad obliga a rectificar lo que deba rectificarse. Debemos aspirar a la verdad y luchar por ella, lo que no podemos hacer es mantener una actitud monopolizadora de la verdad pensando que sólo nosotros la poseemos. No, al menos, en el sentido de aspiración a la defensa de lo que nos parece más justo en cada momento, y dentro de una concepción de la verdad que yo llamo humana y tolerante. Porque las ideas no pueden ser imperativos que sacrifiquen la vida de los hombres, sino orientaciones enriquecedoras de la conducta humana.

No creo que el dogmatismo justifique el sacrificio de las vidas o de los derechos. Lo único que podemos hacer es defender nuestras ideas y confiar en la persuasión más que en la imposición material. En resumen, la lealtad de la conciencia impone una actitud de modesto reconocimiento de las limitaciones humanas para poseer la verdad, y de afirmación del deber de servir aquellos principios morales generales que son los que dan el sentido a la condición del hombre. Los contenidos pueden variar, las conciencias éticas, ideológicas o científicas varían, sin embargo, lo que no puede variar es la aspiración a la verdad. En ese sentido, sí me considero un hombre leal. He aspirado siempre a la verdad, y he aspirado sobre todo a aquella realización de la verdad que resulte más humana, más tolerante, menos dogmática. He rechazado por definición todo lo que signifique dogmatismo y fanatismo. Esto puede también estimarse como reconocimiento de una propia limitación, pero yo creo que es menester reconocer la relatividad de las cosas humanas. Lo que sí es de valor perenne es la aspiración a la verdad y el deber de conciencia de servirla hasta donde humanamente es posible.

—La lealtad a la conciencia es, pues, la lealtad suprema, pero ¿cómo se mide la lealtad?

—No me parece que la lealtad pueda objetivarse en reglas muy concretas. Ante cada hecho, la conciencia moral formula un juicio, una decisión, sin prejuicio de las circunstancias que lo rodeen. Nuestra conducta debe atemperarse a ese juicio. ¿Podemos afirmar que siempre hemos cumplido con todo rigor el mandato de la conciencia?, difícilmente. Yo no puedo afirmar rotundamente, con orgullosa seguridad, que he cumplido con todo rigor los mandatos de la conciencia. Lo único que afirmo es que he procurado atenerme a ellos dentro de las posibilidades reales de cada momento y, en muchos casos, incluso con posible daño a mis intereses personales del momento. Lo que sí he procurado evitar es la confianza de que la

verdad absoluta me posee y de que mi deber consiste en imponerla sin tolerar en los demás discrepancia alguna. No creo incompatible la lealtad a la propia conciencia con el reconocimiento de la relatividad que tienen los juicios de conducta y, sobre todo, los juicios políticos.

—Salvador Espriu ha resumido su experiencia calificándola de años de aprendizaje.

—En mi opinión, tiene razón Espriu. Es ahora, al cabo de mis ochenta años, y considero que sigo en una actitud de aprendizaje. Es posible que en principios políticos, de ética individual y social, no haya rectificado de los conceptos de hace cincuenta o sesenta años, pero en cuanto a los contenidos, al saber, a las experiencias de conducta, me considero siempre un aprendiz. Creo que esto que se llama educación para adultos es una educación permanente, y debemos advertir que el hombre debe estar siempre dispuesto a aprender con los hechos. De dos maneras: recogiendo del mundo que contempla todas las sugerencias, todas las posibilidades de enriquecimiento de su saber, y haciendo cada día más sensible la propia conciencia para que pueda percibir la realidad y reaccionar sobre ella con mayor serenidad, con mayor alteza de miras.

—Otro poeta, éste francés, Jean Cayrol, dice en uno de sus versos: “Espero siempre mi vida de la vida”. ¿Compartiría usted ese verso?, es decir, ¿qué ha esperado usted de la vida?

—Aparte del hecho de ver todos los días el sol aunque esté nublado, de toda la esperanza que supone el levantarse de la cama cada día (hay siempre una especie de ánimo renovado cuando uno se levanta), aparte de eso, yo creo que la vida está marcada por una tendencia natural del hombre hacia el bien. Y cada día ofrece posibilidades de avance hacia los valores de la bondad, de la belleza, aunque creamos que se retrocede. Objetivamente puede haber retrocesos, pero el ansia del hombre es siempre progresar, y eso es lo que ofrece la vida, la posibilidad de ver reflejada esa esperanza inicial siempre para un nuevo paso.

Fui muy entusiasta de las obras de Joaquín Costa. Mis ideas políticas nacieron de la época de estudiante de bachillerato, preferentemente en Cádiz, en donde yo tenía de doce a catorce años. Fue gracias a la lectura de las obras de Costa, sobre todo de un discurso que pronunció en los juegos florales de Salamanca en 1901 y que me costó dos pesetas que le pedí a mi padre, *Crisis política de España*, un discurso admirable en el que está todo el sentido del regeneracionismo español, y que yo casi me aprendí de memoria. Pues esa

ilusión por ver cada día mejor a España y a los españoles la tenía yo desde la escuela, sobre todo desde la escuela de la feria, que ahora ha desaparecido, frente a los Jardinillos, ahí estaba, donada por don Saturnino López. En aquel colegio había un maestro alicantino admirable, don Vicente Llorca, y allí me llevó mi padre con el hijo de don Maximiliano. Y recuerdo que cantábamos un himno de las escuelas que había escrito el poeta Sinesio Delgado (precisamente yo vivo en la Castellana, esquina a la calle de Sinesio Delgado). Era éste director del *Madrid Cómico*, una revista extraordinariamente interesante, y escribió la letra del himno en endecasílabos libres, me parece. Había una litografía que parece que estoy viendo, de una dama con una corona sobre la cabeza, las señoras no eran tan estilizadas como ahora, había mayor riqueza formal, y ella simbolizaba España. Tenía un león a los pies y luego un texto. Empezaba así: “Salve, bandera de mi patria, ¡salve!/y en lo alto siempre desafía al viento./Tú eres esa España en desdichas grande”. Aquello me impresionaba mucho, ¿por qué ha de ser España tremenda en desdichas?, y entonces pensaba que podíamos los españoles salvar esas desdichas. Y esa ilusión ha estado unida a mí toda la vida, a pesar de tantos infortunios. Mire usted si es infortunio el haber vivido la guerra civil y el exilio, en el que he tenido muchas satisfacciones, pero hay una que no se puede tener, la de estar en la propia tierra, eso no tiene duda. Pues mi ilusión nace de cuando cantábamos aquello: “Tú eres, España, en desdichas grande”. Allí empecé a creer, y sigo creyendo, que las desdichas pueden ser vencidas por los hombres, a pesar de todo.

—¿A pesar, incluso, del egoísmo que muchas veces reviste a los hombres? ¿Dónde empieza el egoísmo?

—Es un hecho constante. El hombre es una mezcla de egoísmo y de altruísmo. Y empieza desde el hecho mismo del ser. Cuesta trabajo dominar el egoísmo porque es una tendencia natural, la de buscar la felicidad. El hedonismo ha sido una de las raíces del pensamiento moral de los filósofos desde Aristóteles para acá. Esa tendencia egoísta es natural, y el altruísmo nace como corrección, por los mandatos educativos, por la influencia de los padres y por el sentimiento de la moralidad que va creciendo a medida que se produce el desarrollo humano. Siempre habrá una lucha entre egoísmo y altruísmo. Hay, incluso una especie de egoísmo discreto. Yo no podía entender en mis tiempos de estudiante de Derecho la declaración de prodigalidad. ¿Cómo es posible que puedan los hijos

actuar contra el padre porque el padre malgasta la fortuna? Recuerdo un episodio de Sófocles en el que los hijos llevaron a viejo tan ilustre a los tribunales para tratar de quitarle algunos bienes, y él se limitó a leerles un pasaje de la tragedia que estaba escribiendo, *Edipo en Colona*, y era tan hermoso que los jueces lo absolvieron. Ahora, ¿tenían razón los hijos si el hombre chocheaba y los dejaba sin recursos? Yo creo que siempre habría, en esos casos, que inclinarse a favor del padre, pero la vida tiene sus exigencias. Hay que ser siempre prudente en el juicio de las conductas ajenas. Y un cierto egoísmo puede ser sano si se tiene la ventaja de evitar lo que puede llamarse la prodigalidad sin ton ni son. Por ejemplo, hoy vemos casos de hombres que tienen alguna fortuna y la gastan en las máquinas tragaperras. ¿No sería mejor prohibirles que fueran a las máquinas tragaperras e incitarles el egoísmo llevándolos a pensar que más valdría tener en el bolsillo unas pesetas que derrocharlas de esa manera? En todo hace falta una cierta prudencia. El egoísmo tiene una parte negativa muy grande, pero tiene también una parte positiva que obliga a la prudencia. No abusemos de él.

—**Usted se ha declarado kantiano y krausista.**

—Sí, Kant y el krausismo han tenido una influencia positiva en mi pensamiento. Unamuno y Ortega han tenido también influencia. En Ortega hay valores muy considerables. Ahora, Unamuno tiene una raíz española muy vigorosa. Unamuno es el último hereje español, con todo el dramatismo de lo que significa ser hereje en España, donde tendemos siempre al dogmatismo, con una buena fe ejemplar, es cierto. El que se cree en posesión de la verdad no puede admitir el error, y recurre a los “cristazos” que antes mencionábamos, a los estacazos para imponer la verdad.

—**¿Recuerda en qué momento y en qué condiciones descubre a Kant?**

—En la clase de Psicología del Instituto de Cádiz, en quinto año. El profesor era muy católico y se dedicaba a meterse con Kant. Esto hizo que empezara a verlo con cierta simpatía. Luego vino el verdadero descubrimiento de Kant a través de Fernando de los Ríos. Yo fui alumno suyo en la clase de Derecho Político de Granada. Había un grupo de estudiantes jóvenes al que nos tomó una especial estima, entre los que estaba Alfonso García Valdecasas, que fue cofundador de Falange con Primo de Rivera; Antonio Luna, que fue embajador de Franco en Colombia y en Austria; el hermano de García Lorca, Paco García Lorca, y yo. En su casa, Fernando de los

Ríos nos dio un curso especial sobre *El tema de nuestro tiempo* que acababa de publicar Ortega. Y a mí me prestó un libro excelente que había traducido don Francisco Giner, *La Filosofía alemana desde Kant*, y aquel libro sí influyó mucho en mí. Desde entonces he tenido una cierta tendencia, más sentimental que de estudio profundo porque, claro, no soy un filósofo profesional, hacia el pensamiento de Kant, sobre todo por su posición moral. Su *Crítica de la razón pura*, que es quizá su obra fundamental, es, sin embargo, una obra pesimista, la estimaba yo una obra pesimista. Presentaba unas antinomias que no tienen solución. En cambio, en la *Crítica de la razón práctica* establece la doctrina de la conciencia moral, de lo que llama el imperativo categórico de la conducta. Me pareció que ese encontrar una base fundamental para la conducta humana era una posición de una gran solidez. Se enlaza con mis aficiones a la vida política. La filosofía práctica, la filosofía de la acción, subyace siempre en las posiciones políticas. No es lo mismo dedicarse a mantener una posición conservadora que una posición revolucionaria, renovadora. Detrás siempre hay un pensamiento filosófico claro y latente. Por ejemplo, el pensamiento conservador del siglo pasado tiene su base en la escuela católica que trató de renovarse, y se renovó en parte, en los tradicionalistas, que aquí tienen a Donoso Cortés como gran figura —lo han exagerado mucho— y a Balmes. Y nosotros, las gentes liberales, encontramos en el krausismo el fundamento de la posición política. Al krausismo llegó más tarde, más que por la doctrina misma, por los ejemplos de Fernando de los Ríos y las gentes que forman, a mi juicio, la gran minoría intelectual y espiritual de la España de mediados del siglo XIX, y que ha permitido que nuestro siglo XIX tenga muchos valores positivos que la gente ignora. La historia es un río sin fin, y lo que tiene la mayor grandeza espiritual del siglo XIX en España nace con el krausismo, nace con Sanz del Río y con Giner de los Ríos, con la influencia que éste tiene en la pedagogía, el pensamiento político y el periodismo, que transciende a América. Yo no quito la importancia de la filosofía católica en España, que no ha producido, exceptuando a Balmes, figuras de primera clase y que ha sido siempre, en el siglo XIX, una consecuencia de Roma.

—¿Advierte usted en la Universidad que ha nacido para la política?

—En la Universidad mi interés era doble. Por una parte, mi ilusión por el Derecho Político; me hubiera gustado ser profesor de

Derecho Político, de Filosofía del Derecho. Y por otra, mi interés por la tradición cultural española. En ella hay una doble raíz: por un lado, krausista y, por otro, aunque no lo parezca, menendezpelayista. En el año 21 fui a Albacete. Mi padre se había quedado en Granada, y llegaba yo a la biblioteca provincial, que estaba entonces en la calle Zapateros. El director era el padre de Alberto Mateos, muy amigo de mi padre, pero no me conocía. Vi que tenía un libro encima de la mesa, *La Ciencia española*, de Menéndez Pelayo, y sin encomendarme a Dios ni al diablo, lo cogí y me puse a leerlo. El me dijo: “¿ha hecho usted la papeleta?”. “No”, le contesté. “¿No sabe usted que hay que hacer una papeleta?”. “Pues sí, —le dije— pero como estaba aquí el libro y mientras usted venía... No es éste el libro que buscaba, ahora, si usted me lo permite, esto me parece muy interesante”. Y me dijo: “Pues haga usted la papeleta”. Aquel libro me causó una gran impresión. Pensar que había ciencia española. En la escuela nacional se estimulaba el sentido nacional de los muchachos, cosa algo olvidada ahora porque se ha hecho menos expreso el sentido nacional de los españoles. El régimen de Franco ha tenido el gran defecto de herir a la escuela nacional y fomentar la escuela confesional que, por definición, tiene otras tendencias. Para mí, descubrir que había una ciencia española fue de una enorme impresión. Ya en la Universidad, como en mis ratos libres hacía Filosofía y Letras, me dediqué a ver cosas sobre los autores españoles, sobre todo del siglo XVI. Descubrí a doña Oliva Sabuco de Nantes, que resultaba luego que no era sino su padre, Miguel Sabuco, el autor del libro; descubrí en la Biblioteca Hispanonova a Pedro Simón Abril; leo literatura doctrinaria, Luis Vives..., y cuando me fui a examinar me hicieron el examen sobre la cultura del Renacimiento en España. ¡Hombre!, muy bien. Hice mi programa inspirándome en un libro del historiador Burckhardt, *La Cultura del Renacimiento en Italia*, pero me indignaba porque todo se lo atribuía a Italia, y a España le atribuía muy poco. Terminó la carrera y me toca ingresar en caja como militar, pero convocan unas oposiciones al Cuerpo Jurídico Militar, las hago, saco plaza y me destinan a Burgos. Mi padre pide el traslado a Burgos para estar conmigo, sigo mis estudios, completo el doctorado de Derecho y quiero hacer la tesis, siempre inspirado por el pensamiento krausista, con ciertas reminiscencias kantianas, y con la preocupación de encontrar un cuerpo de tradición cultural en España que trasciende a América. Y aún sigo en ello.

—Entonces, ¿en qué momento llega al socialismo?

—Mi primera posición es costista. Yo creo que hay injusticias pero que la solución está en un reparto más equitativo de la propiedad, preferentemente agraria. Tengo una idea de las cooperativas, me parece una buena solución, y poco a poco voy entrando en una posición reformista, rechazando siempre la revolución social violenta. Leo estudios sobre los socialistas utópicos, Marx y Engels, y mi actitud toma en cuenta la doctrina socialcatólica de León XIII y sigue con el reformismo social de Costa, pero me voy inclinando paulatinamente a un socialismo de Estado, de fundamento agrario y de estructuración cooperativa. Más o menos, ése fue el comienzo de mi posición doctrinal socialista. Ahora, dentro del Partido Socialista me inscribo en la actitud de Fernando de los Ríos, que tiene un sentido humanista del socialismo, porque enlaza mi concepción del Renacimiento como eje cultural del mundo moderno con un cambio social de carácter pacífico. El socialismo humanista es el que más me atrae. Ingreso en el Partido Socialista en el año 31, soy de los fundadores de la Agrupación de Abogados Socialistas. Al Partido me lleva nuestro paisano Esteban Martínez Hervás, perito agrícola, persona valiosa que se exilió en París en 1939. El estaba muy ligado a la actitud de Lucio Martínez Gil, secretario de la gran Federación de Trabajadores de la Tierra. Mi posición se inclinaba al reformismo, pero no marxista integral como la de Besteiro o Saborit o el propio Caballero. Mi posición la llamaban ya socialismo humanista, que es un socialismo evolutivo que tiende a organizar el cooperativismo en gran escala y a ir reduciendo las diferencias económicas entre las clases sociales apurando, no la lucha de clases, sino la integración.

—¿Se produce en algún momento una aproximación, siquiera de curiosidad, hacia el comunismo?

—No. Siempre he tenido una actitud de alergia al comunismo. La diferencia entre el comunismo y el socialismo está en la concepción de la dictadura del proletariado. El socialismo no lo aceptaba. La dictadura del proletariado se convierte en dictadura de un partido. En segundo lugar, rechacé lo que había de persecución de carácter sangriento dentro de la actitud revolucionaria. Para mí hay un aspecto fundamental de respeto a la vida humana, esto me aleja del comunismo revolucionario ruso. Para mí, el socialismo es una superación del liberalismo, o mejor, una restitución del liberalismo a su verdadera condición. Ser liberal quiere decir ser generoso; es una palabra que significa generosidad, dadivosidad. El liberalismo

común es todo lo contrario del liberalismo económico, que establece el egoísmo como principio. El liberalismo puro es el del sentido de amistad y solidaridad entre los hombres. El liberalismo es la evolución lógica de ese sentido liberal. Ahí está Fernando de los Ríos, que quiere convencer antes que vencer.

En cuanto a la posición ideológica, el socialismo humanista, tal y como yo lo veo, consiste en ir creciendo en el nivel de vida mediante el trabajo cooperativo hasta los límites máximos, y sustituyendo el principio del interés personal por el principio solidarista de la conciencia moral. Debemos producir más, no porque eso nos dé una mejor vida sino porque es nuestro deber, debemos ser solidarios. Esta es la parte utópica de mi pensamiento. Creo que es difícil, pero no imposible, porque los valores humanos pesan más de lo que pueda parecer en la conducta. Tal como están las cosas, el socialismo humanista sigue pensando que la salvación no está en la propiedad privada sino en la propiedad colectiva representada por el Estado y administrada por representantes libres. Ahora, esto de llegar a la desaparición total de la propiedad privada, no. Por ejemplo, es menester respetar la pequeña propiedad agraria, los oficios artesanales, el trabajo de taller y una serie de actividades tradicionales; transformar las grandes empresas nacionales sería una gran revolución socialista. Yo creo también que tenemos que pensar, en España, en una comunidad de naciones iberoamericanas como elemento de solidaridad y factor de estabilización en la pugna de las grandes potencias, ese es otro aspecto de mi pensamiento político.

—En toda esa vida de fidelidad a las ideas socialistas ¿puede hablarse de sus aportaciones personales al socialismo?

—Me considero discípulo de Fernando de los Ríos, pero no maestro de nadie, no, no. Salvo conferencias sueltas no creo haber hecho otra cosa. Si a eso se le llama magisterio, sí lo he ejercido. Ahora, en el sentido de crear escuela como la pudo crear Fernando de los Ríos, no. He defendido a Fernando de los Ríos y he defendido una vuelta al socialismo utópico del siglo XVI por una razón que enlaza con mi posición cultural histórico-renacentista, porque se aplicó en México por Vasco de Quiroga la utopía de Tomás Moro; creo que hay elementos de la tradición hispanoamericana aprovechables con una estructura más justa de la sociedad actual.

¿Cómo explicaría yo esta concepción si me dijera usted que, por arte de magia, puedo hacer lo que me dé la gana? Pues, después de saber que yo no puedo hacer milagros, aplicaría primero la

formación de un grupo de hombres de acción inspirados por las ideas reformistas, que puedan aplicar las normas en el sentido de extender los bienes comunes, facilitar la solidaridad familiar, municipal, regional, nacional e internacional, pero para eso haría falta contar con un partido muy amplio, de una formación muy sólida y sin ningún privilegio político. Hay que actuar siempre con arreglo a lo que quiere el elector, y procurar que el elector se decida con libertad y con mejor información. Hay mucho de utópico en esto, evidentemente, pero en buena parte se está haciendo así. Vea usted que muchas cosas que se están haciendo por parte del gobierno, por éste e incluso por otro gobierno anterior, tienen un matiz socialista. Por ejemplo, el Instituto Nacional de Industria lo ha tenido que hacer Franco porque no tenía otra solución, y lo que habría que hacer es procurar que no fuera el impuesto el único sistema de corrección de las desigualdades, habría que procurar un Estado cooperativo que diera rendimientos económicos suficientes, es decir, hace falta una formación de personas espiritual y técnicamente preparadas para esta transformación cooperativa y socialista.

—¿Cómo se produce la decisión firme de entrar para siempre en el bosque de la política activa?, ¿lo recuerda?

—Tan pronto como, instalado en Madrid, fui llamado por el Ministerio de la Guerra, que regentaba Azaña, para revisar la obra legislativa de la dictadura, debido a mi oficio jurídico militar que, evidentemente, me obligaba a una neutralidad política en mi actuación. Como tenía ya ganadas las oposiciones del Consejo de Estado, me encontré con una mayor posibilidad de decisión política, y pude actuar ya de manera directa en vez de hacerlo de un modo doctrinal, como había hecho desde mi época de estudiante en que empecé a dar conferencias sobre Joaquín Costa y las ideas regeneracionistas, sobre Angel Ganivet, en fin... Esta actividad se potenció en Burgos, donde di un curso sobre Política Social, en el Ateneo. En Madrid, y con la perspectiva de abandonar como supernumerario el puesto en el cuerpo jurídico-militar, decidí actuar en la política. Y es claro que todas mis aficiones me acercaban al socialismo. El vehículo, como ya he dicho, fue un magnífico amigo que había sido discípulo de mi padre en Albacete, Esteban Martínez Hervás, que presidía, hacia 1931, la Federación de Trabajadores de la Tierra. El me presentó en la Agrupación Socialista Madrileña a Lucio Martínez Gil, que era el secretario, éste me acompañó a saludar a Besteiro, que era presidente de las Cortes. Entonces le vi

por primera vez. Yo ya le profesaba una gran admiración por mi lectura de los periódicos desde muchacho, sobre todo, por su actuación en la huelga del 17, por su magnífica tarea como sucesor de Pablo Iglesias.

Luego fui directivo de la Agrupación de Abogados Socialistas, que fundamos pocos meses después, ya separado de la Agrupación de Oficios Varios, que es por donde se solía entrar en la UGT cuando no se tenía un oficio tradicional. Por ejemplo, Besteiro pertenecía a la Agrupación de Oficios Varios hasta que se creó la Federación de Trabajadores de la Enseñanza. Avanzado ya el año 31, no sé si entrados ya en el 32, fui designado abogado de la FTT, asesor jurídico y miembro del Consejo del Instituto de Reforma Agraria, que se constituyó en septiembre del 32, cuando se aprobó la ley de reforma agraria. Fui vocal con Lucio Martínez Gil y con Esteban Martínez Hervás del Consejo de Reforma Agraria. El presidente era el padre de Martín Artajo. Discutimos correctamente, pretendiendo siempre la expansión de la reforma agraria, y así actué, incluso, después de ser elegido diputado a Cortes en el año 33, con Esteban Martínez Hervás, por designación de la Federación Provincial Socialista de Albacete.

—Cuando uno toma la decisión de intervenir en la política, ¿lo hace guiado por el corazón o por la cabeza?

—Intervienen los dos factores, el sentimental y el de la reflexión. La reflexión, a su vez, en dos aspectos, el doctrinal, que naturalmente pesa siempre en la actividad política, y el aspecto de la actividad personal, que obliga a meditar los riesgos, las consecuencias. Porque la vida política no es un lecho de rosas y supone sacrificios propios y, sobre todo, sacrificios para la familia. No se medita suficientemente, pero son factores que siempre se tienen en cuenta. Mi vocación por la actividad realizadora, de acción, de posibilidad de mejora, es muy antigua, y está en la creación de asociaciones escolares, incluso ya en Albacete. Siendo muchacho organizaba grupos excursionistas ingenuos y muy complicados de estructura; no pasábamos más lejos del parque de Canalejas. En la Universidad de Granada fundamos un centro de estudiantes para el que un compañero propuso este nombre solemne, que aceptamos: “Instituto Escolar de Estudios Jurídicos”. Fui su presidente, lo constituimos con el beneplácito del decano y nos reuníamos en la Facultad de Derecho; nos dieron conferencias algunos profesores, y hacíamos lecturas comentadas de revistas jurídicas. Cuando terminé

la carrera me preocupé de asegurar su continuidad y propuse, y se aceptó, como sucesor en la presidencia a Leonardo Prieto, que es el suegro de Tamames y que ha sido decano de la Facultad de Derecho de Madrid. Después, en Burgos, emprendí otras actividades y, aparte de la profesión, seguía trabajando para preparar mi tesis de doctor, trabajé en el Ateneo de Burgos y en la creación de una oficina delegada de la Unión Iberoamericana en Madrid. En un viaje a Madrid me puse en contacto con la secretaria de la Unión, que regentaba José Antonio de Sangróniz, que luego prestó grandes servicios a los alzados en armas contra la República desde Estados Unidos, por sus conexiones con petroleros y demás. Según tengo entendido murió no hace muchos años, un poco en silencio. Entonces, hacia 1927, propuse a la Unión Iberoamericana crear en Burgos un consultorio para los emigrantes, porque vi la importancia que tenía la emigración española entonces y la necesidad que podían sentir muchos emigrantes de conocer la legislación española, sobre todo por los problemas de los prófugos, porque muchos emigraban a América muy jóvenes, llamados por parientes suyos, y no se presentaban al servicio militar; entonces, para regresar tenían dificultades porque podían incurrir en sanciones al ser considerados prófugos. Creamos ese consultorio jurídico gratuito que, hay que reconocer, no nos dio mucho qué hacer, aunque se difundió su existencia en la *Revista de las Españas*, que se publicaba en Madrid, órgano de la Unión Iberoamericana. Pero, en fin, la oficina a través del Ateneo realizó una serie de actividades, como las conmemorativas del 12 de octubre, que se llamaba “Fiesta de la Raza” entonces, a mi juicio con un fundamento espiritual indudable, mucho más amplio que la llamada “Fiesta de la Hispanidad” que después se ha impuesto. Porque la “Fiesta de la Raza” supone el concepto de las gentes todas que pueblan España y América, que son raza humana en su esencial unidad, no es una raza de prejuicio discriminatorio como era la aria, por ejemplo, en el racismo alemán.

En 1928 celebramos un acto de homenaje a Francisco de Vitoria como fundador del Derecho Internacional. Colocamos una lápida donde estuvo el convento de Burgos en el que él profesó de dominico. En 1929 hicimos un homenaje al Cid con la asistencia de un exministro mejicano exiliado en Madrid hace muchos años, don Rodolfo Reyes. Y en 1930 invitamos a Menéndez Pidal y le hicimos un homenaje porque había publicado *La España del Cid*. En aquellas reuniones surgió la creación de un Centro de Estudios Castellanos; yo redacté los estatutos, porque teníamos ya la cercanía

de la República y la anticipación de que se iban a buscar estructuras regionalistas para la República, y no convenía ni era razonable que Castilla se quedara sin preocuparse del problema. Se aprobaron los estatutos pero no llegó a funcionar. En abril yo ya me vine a Madrid llamado por el Ministerio de la Guerra, a los pocos días de proclamada la República. Años después se ha creado un Centro de Estudios Históricos Castellanos, el Instituto Fernán González, pero la idea que teníamos los promotores de aquello era que fuera un centro, no sólo de estudios históricos sino, sobre todo, de estudios políticos y económicos para impulsar un desenvolvimiento de Castilla. En relación con él hice una visita a la Confederación Hidrográfica del Duero, en Valladolid, precisamente el día de la sublevación de Jaca, y hubo actos de exposición de programas, de suerte que iniciamos débilmente un movimiento de exaltación de Castilla, que es ahora cuando empieza a madurar con la creación de la comunidad castellano-leonesa.

La guerra vino implacable

El momento más ilusionado de la República/ La Constitución más ambiciosa y generosa/ El efecto de Italia y Alemania/ Un baño de locura/ El peligro de la disuasión/ La opción ideal de un gobierno mundial/ Los esfuerzos por evitar la guerra civil/ La queja de Besteiro y su gestión en Londres/ Negrín en primera, Prieto en turista/ La desleal actitud de Inglaterra/ Mientras dure nuestra guerra no estallará la mundial/ Llegar a Colombia antes de ver periscopios de submarinos alemanes.

—Con la República fui miembro de la comisión revisora de la obra legislativa de la dictadura, en el Ministerio de la Guerra. Después fui teniente auditor en la Fiscalía jurídico-militar de Madrid y, luego, letrado del Consejo de Estado hasta que, en 1933, fui elegido diputado a Cortes por Albacete. Entonces quedé excedente en el Consejo de Estado. Fui miembro de la Comisión de Actas y de las de Justicia, Guerra, y Estatutos. Mi primera intervención en los debates de la Comisión de Actas fue contra Juan March, para oponerme a que se le aceptara como diputado a Cortes por Mallorca, entre otras razones porque, habiendo sido detenido por orden de un juez, compró al director de la prisión de Alcalá de Henares y a otro funcionario y se marchó con ellos a Francia. Yo propuse allí que era incompatible con la dignidad de ser diputado a Cortes haber cometido ese hecho. El señor March me oyó estóicamente, no dijo una palabra, pero tenía seguros los votos de la mayoría. Por votación secreta, mediante bolas blancas y negras, fue aceptado. Su fuerte no era el Parlamento, su fuerte era la acción de los negocios. Luego, a los pocos meses, tuve que ir a Mallorca por encargo de la directiva del grupo socialista para ayudar a unos concejales socialistas y me encontré con que la Casa del Pueblo de Mallorca había sido donada por Juan March, un edificio magnífico, y allí había una lápida recordando el agradecimiento del pueblo, cosa que tampoco me extrañaba porque, en su imprenta, me parece que de la calle Libertad, se publicaban periódicos de ultraderecha, republicanos y sindicalistas. Yo no quiero pensar mal, es decir, que los tres periódicos estuvieran subvencionados por él; lo que sí sospecho es que no siempre tenían para pagarle.

Luego, según parece, él ayudó mucho al alzamiento de Franco. Yo no tengo pruebas pero es una afirmación que he escuchado y que no me extraña porque, al fin y al cabo, la República chocó con él. Y llegó a decir un ministro, no sé si el abuelo de nuestro ex-embajador en París, Reventós, que o la República acababa con March o March acababa con la República. No puedo asegurar que la

frase fuera en esos términos, pero el espíritu era ése. Hubo, desde luego, personajes mallorquines de una gran respetabilidad, Bastos, por ejemplo, que no ocultabañ sus censuras a la conducta de March como financiero. Se publicó un libro de censura violenta que se titulaba: *El último pirata del Mediterráneo*, que era una especie de biografía de March, y que yo leí. Creo recordar que lo escribió un redactor de *El Socialista*.

—Desde el Ministerio de la Guerra, ¿cómo se ven los sucesos de la República?

—Yo cogí el momento más ilusionado y esperanzador de la República. Sin embargo, no he de ocultar la tristeza que me causó la quema de conventos en Madrid en mayo del año 31. Fue una pequeña conspiración. Unamuno me dijo que se sabía quiénes eran los que la organizaron; una conspiración que hoy se llamaría de desestabilización. Yo recuerdo que por la mañana había estado en el Retiro, había un concierto de la banda del maestro Villa, que era muy amigo de mi padre, y paseaba con unos amigos cuando nos contaron que había un centro monárquico en la calle de Alcalá, entre la Plaza de la Independencia y la de Cibeles, y allí, a todo volumen, pusieron un disco con la marcha real. Aquello exaltó un poco los ánimos. Los jóvenes monárquicos llevaban un emblema de color verde; la palabra VERDE forma las siglas de “Viva el Rey de España”. De manera que hubo ya algunos rozamientos sin mayor importancia. Lo cierto es que Miguel Maura, que era el ministro de Gobernación, mandó un escuadrón de la Guardia Civil a proteger el *ABC*. Ese acto de los monárquicos había suscitado una cierta y nerviosa protesta de los jóvenes republicanos. Los socialistas estuvieron mucho más tranquilos. Yo fui por la tarde al Ateneo, donde había un concierto de un cuarteto belga y, mediado el concierto, unos jóvenes ateneístas bastante insensatos lo interrumpieron; uno de ellos gritó: “No vamos a estar oyendo música mientras en la calle se asesina a los buenos republicanos; hay que salir a la calle; desde los conventos se asesina”. Yo, que estaba en la parte alta, les pedí serenidad y quietud y que tuvieran confianza en el gobierno. Alguno dijo refiriéndose a mí: “Echadlo al suelo”. Entonces les dije muy filosóficamente: “A la posteridad la ardua sentencia”, una frase de Dante. Los belgas cogieron sus instrumentos y se fueron tranquilamente. Yo, unas horas después, con mi amigo Martínez Hervás, fui a ver qué pasaba, y vimos arder el convento de la calle de la Flor. Me causó una grave impresión, incluso le dije a algún amigo: “Aquí hemos perdido la

República". Fue el único momento realmente pesimista que tuve, porque el 14 de julio fue la apertura de las Cortes, vi desfilar las tropas, había mucho entusiasmo, y las constituyentes, con Besteiro de presidente, alcanzaron unos grandes momentos en la historia parlamentaria española. La Constitución se preparó muy cuidadosamente, con la preocupación teórica de los juristas; entonces estaba de moda un famoso jurista alemán, Hans Kelsen, había mucha influencia de Kelsen y de la Constitución de Weimar de la República alemana, y estaban en la comisión jurídica asesora amigos míos como Alfonso García Valdecasas, que hoy es académico de la Lengua, y como Antonio Luna, que fue después catedrático de Derecho Internacional en Madrid. Se redactó un anteproyecto que, luego, la comisión especial del Congreso, dirigida por Jiménez de Asúa, modificó mucho, pero se aprobó la Constitución con tal rapidez y tal intensidad de trabajo que, el 8 de diciembre, Besteiro, como presidente de las Cortes, promulgaba la Constitución de la República. Es decir, que del 14 de julio al 8 de diciembre se hizo la Constitución más ambiciosa, más generosa y, sin duda, más penetrada de concepciones doctrinarias de toda nuestra historia, con tener algunas tan importantes como la de Cádiz.

A la Constitución se la acusó de intolerante, de dura con la Iglesia Católica. En primer término hay que reconocer que lo único que se hizo contra la Iglesia fue la disolución de la Compañía de Jesús y la implantación de la escuela única, laica, obligatoria y gratuita, de acuerdo con las concepciones dominantes de todo el liberalismo político en casi todos los países. De manera que la Constitución fue, naturalmente, de tendencia izquierdista pero, claro, respondía al movimiento pendular inevitable después de los siete años de dictadura del general Primo de Rivera, de una influencia excesiva del clericalismo español que se puso de relieve con la visita del Rey al Papa, hacia mil novecientos veintitantos, con un discurso redactado, al parecer, por un jesuita de Madrid, que parecía un discurso del siglo XV.

Aquellos dos primeros años estaban llenos de ilusión y de esperanza, y se hizo una labor muy considerable en la reforma de las instituciones; por ejemplo, en el orden de la organización de los tribunales, la reforma del Tribunal Supremo que hizo Fernando de los Ríos fue extraordinariamente valiosa. Fernando de los Ríos hizo luego una gran labor en el Ministerio de Instrucción Pública, completó la que había hecho Marcelino Domingo en favor de la enseñanza primaria; se crearon miles de escuelas, como no se habían

creado nunca, en toda España; se dio rango universitario a las escuelas normales; se pasó a la Universidad de Madrid la Escuela Superior de Magisterio; se organizaron los centros de estudios árabes de Madrid y de Granada; se preparó la edición de las fuentes de la historia de España, *Monumenta Hispaniae Historiae*, no sé si se llegó a realizar algún volumen; y luego, Fernando de los Ríos, como ministro de Estado, también realizó una labor muy valiosa. La labor que hizo Largo Caballero en el Ministerio de Trabajo, ayudado preferentemente por Antonio Fabra Rivas, que era diputado por Albacete y un gran especialista en cooperativas y en Derecho Obrero —cofundador con Alberto Thomas de la Oficina Internacional de Trabajo—, fue una labor legislativa de enorme importancia. Lo que hizo Prieto en el Ministerio de Hacienda y en el de Obras Públicas es memorable: puso orden en una Hacienda que la dictadura había dejado en una situación difícil, con una política de grandeza imposible de sostener; abordó el problema de los ferrocarriles; hizo el Plan Nacional de Obras Hidráulicas y los accesos a Madrid y a Barcelona; en suma, en año y medio hizo él en Obras Públicas algo que no se ha hecho en veinte años después; y quiso convertir a Madrid en estación de paso, que todavía no se ha llevado a cabo, mediante el ferrocarril subterráneo que ahora empiezan a utilizar. Es absurdo que para ir del norte al sur de España haya que cambiar de estación y de ferrocarril, y que a veces haya que hacer noche en Madrid como en los tiempos del Marqués de Salamanca. En fin, los ministros republicanos trabajaron con entusiasmo. Qué duda cabe que don Niceto era un gran jurista y presidió con enorme eficacia el gobierno provisional. Fue un presidente de la República que hoy empieza a valorarse mejor que en nuestro tiempo. El mismo Alvaro de Albornoz fue un buen ministro de Justicia.

—**Usted era ya entonces un republicano.**

—Como el Partido Socialista, que era republicano desde su creación.

—**¿Y cómo recoge usted, de pronto, la tragedia de la guerra civil?**

—Mi preocupación fue grande, sobre todo, a partir del segundo bienio de la República. Me preocupaba sobremanera la aparición de las imitaciones del fascismo, incluso del comunismo ruso, las formaciones paramilitares. Yo recuerdo que el primero de mayo de 1936, que estuve en Cádiz y San Fernando, vi desfilar a un grupo de muchachos socialistas con sus camisas rojas, y me echaba

las manos a la cabeza porque veía que íbamos a un camino de inevitable choque entre grupos armados. Me parecían un dislate los asesinatos que cometieron gentes de Falange, y algún asesinato político que cometieron gentes jóvenes que se decían socialistas. Recuerdo la muerte de un patrono en Toledo, a donde Largo Caballero me pidió, a través de unos amigos, que me desplazara para encargarme de la defensa; hice una defensa con Andrés Manso, que al pobre, luego, le hicieron objeto de una muerte inicua en Salamanca. Y me llenaba de tristeza la apelación a la violencia que además, no digo yo que no tuviéramos los españoles la culpa, era el efecto de lo que había ocurrido en Alemania y en Italia; la apelación a los movimientos de carácter totalitario, y lo que había ocurrido en Rusia, donde el sistema del partido único es el mismo que se practicó luego en Italia y en la Alemania nazi.

De manera que yo tuve siempre la preocupación ante un ambiente de discordia interna fuerte. Lo que no creí yo fácil es que pudiera triunfar una rebelión militar al modo antiguo, con un simple pronunciamiento. Y los hechos, en ese aspecto, me dieron la razón, porque no hubo pronunciamiento; lo que hubo fue una guerra civil. El pronunciamiento supone una caída inmediata del poder civil, fue lo que ocurrió en el año 23 y lo que ocurrió con el Pronunciamiento de Sagunto; lo que ocurrió, incluso, con la revolución de 1868, salvo la batalla de Alcolea, que no tuvo mayor importancia. Pero esto ya era de un tremendo riesgo. Mi ilusión fue cuando se constituyó el gobierno de Martínez Barrio en la noche del 18 de julio, me parece, o del 19, cuando cayó el gobierno de Casares Quiroga. Martínez Barrio se dedicó a negociar, y llamó a los capitanes generales. Pero cuando vi que no pudo lograr su empeño, que renunció y se formó a toda prisa el gabinete Giral, me embargó una tremenda preocupación que no me abandonó durante toda la guerra, incluso en los momentos que podían parecer más optimistas, como fue, por ejemplo, el fracaso de la ocupación de Albacete hacia el día de Santiago de 1936. Recuerden ustedes que fue cuando, con pocas tropas, el coronel de la zona se sublevó, tomó el mando allí con escasas fuerzas, llegaron milicianos de Cartagena y Levante y hubo pequeñas atrocidades. Me avisó el director de Seguridad para que fuera a procurar la tranquilidad allí, y estaba dispuesto a salir cuando me dijo que la situación se había restablecido. Cuando mataron al hermano de Matías Gotor, una cosa tremenda y absurda, y aquel baño de locura que se extendió en toda España, en cualquiera de las zonas, fueron para mí momentos de una honda tristeza. Lo único

que podía hacer era procurar humanidad y ley, ver en lo que podía influir. Recuerdo que traté de conseguir el indulto de Alfaro, que era diputado por Albacete, y creo que fue condenado a muerte por un tribunal popular. Hice una gestión con el ministro de Justicia, pero me dijo que no le obedecían. Y procuré atenuar en lo posible, en las pocas cosas que podía hacer, la crueldad de la guerra, pero la guerra vino implacable y había que estar defendiendo los principios hasta donde se pudiera.

—¿Tenía usted información diaria de cómo transcurría la guerra en su tierra, en Albacete?

—No tenía información diaria, me informaban los compañeros que llegaban, a veces, a pedirme gestiones. A los pocos días del levantamiento estuve en Albacete, y regresé en un correo que pasaba a las dos de la mañana. Y recuerdo que ya me había sentado para esperar la salida cuando llegaron unos ferroviarios para advertirme que unos milicianos habían detenido a otro ferroviario y lo querían matar. Bajé apresuradamente con un amigo. Un ferroviario, inyectados los ojos, con aspecto de locura, que antes era incapaz de matar a una mosca, ahora quería matar a su compañero porque, al parecer, era de derechas. Yo les convencí de que le dejaran tranquilo y avisaran, en todo caso, al gobierno civil si creían que podía ser peligroso. Pero esto indica hasta qué punto fue una de las grandes irresponsabilidades de los alzados en armas, a mi modo de ver, el no prever que desataban unas violencias sin ejemplo. En aquel ambiente, al desatar una guerra civil desataban las mayores locuras colectivas. ¿Qué pasó después, en la guerra mundial, que no fue más que la edición ampliada de nuestros desastres? En nuestra guerra se ensayan todas las crueldades de la guerra actual. La población civil, que con arreglo al Derecho Internacional estaba exenta de todo peligro, fue masacrada. Era fundamental el respeto a los inocentes, el respeto y la protección a la Cruz Roja, a normas del Derecho de la guerra que estaban en nuestros reglamentos de campaña desde el siglo pasado, pero todo eso se fue al traste y, en mayor escala, pasó luego en la guerra mundial.

—En la guerra parece difícil que exista control, del tipo que sea.

—Pues no siempre. Cuidado que nosotros hemos tenido, desdichadamente, guerras civiles, y guerras civiles en las que ha habido excesos, pero la vida de la retaguardia era bastante normal. La plaza sitiada era ya otra cosa. Los recuerdos de Unamuno cuando

era muchacho en el cerco de Bilbao significaban hasta qué punto la vida continuaba a pesar de todo, con estar sitiada la ciudad, tanto en la época en que la libertó Espartero como en la última guerra carlista. Se había avanzado mucho en el Derecho Internacional hasta 1914 incluso, pero, por ejemplo, el uso de los gases asfixiantes significó gran retroceso en el Derecho de la guerra, así como la actuación de los submarinos con torpedeamientos de los buques mercantes, convirtiendo el bloqueo en hundimientos. El antiguo bloqueo significaba la presa de los barcos que no resistían, se entregaban. Y ahora no. Se impuso la técnica alemana. Como ellos no tenían superioridad en el mar apelaban a la guerra submarina, y caían los buques mercantes. Así hubo gran cantidad de víctimas inocentes, entre otros, nuestro compositor Enrique Granados, que hacía un viaje a Estados Unidos cuando murió en uno de los barcos torpedeados por los alemanes. El torpedeamiento del *Lusitania* fue tremendo, influyó mucho en la entrada de Estados Unidos en la guerra. De manera que el salto atrás que dio el Derecho Internacional fue grande, pero inferior al que se ha dado después, porque los bombardeos a la población civil, prácticamente, fueron desconocidos; a lo más que se llegó fue a los bombardeos indiscriminados de París por parte de un famoso cañón que se llamaba el cañón *Berta*. El desembarco aliado en Grecia, que era neutral, fue también una agresión, pero Alemania se había anticipado con la invasión de Bélgica, un país neutral que se defendió heroicamente en las plazas fuertes: Amberes, Lieja. Luego, después de 1939, del Derecho de la guerra no ha quedado nada. Lo de Pearl Harbour es significativo porque, por lo menos, se había llegado a la costumbre de declaraciones de guerra formales. Se perdió ya esa costumbre. Y a la Cruz Roja se la ha respetado un poco por interés común, pero en lo demás ha sido un paso atrás terrible.

—**La carrera imaginativa de la guerra no parece tener freno.**

—Para mí eso es muy peligroso. Pero yo encuentro que también es muy peligroso el viejo precepto, que incluso se formula en latín y todo: “Si quieres la paz, prepara la guerra”. Ciertamente que no tuvo fortuna la Sociedad de las Naciones, que llegó a establecer este triple principio: arbitraje, seguridad y desarme. Consistía, primero, en el arbitraje obligatorio; los países se comprometían a solventar sus diferencias ante un tribunal de arbitraje que casi estaba ya constituido, el Tribunal de La Haya. Luego, había que obtener seguridad mediante las garantías mutuas de respeto a la soberanía. Y, por último, el desarme: una vez conseguidos estos dos principios,

había que disminuir progresivamente los armamentos. Y se llegó, en el convenio de Washington de 1919, a disminuir los tonelajes de la Armada, se acabó con los acorazados y se establecieron buques de guerra que no pasaran de diez mil toneladas. Me pareció una cierta limitación. En Ginebra se trabajó mucho, siendo justamente Salvador de Madariaga el secretario general de la Sección de Desarme de la Sociedad de las Naciones. Y se lograron avances positivos con una reunión en Locarno de los ministros de Asuntos Exteriores de Inglaterra, Francia y Alemania. La Sociedad de Naciones no tuvo posibilidades prácticas de evitar el conflicto de Etiopía; ante el conflicto de España tampoco llegó a tomar posiciones eficaces, y carecía de poder efectivo. Por fin, desapareció con la guerra mundial. La ONU tampoco ha conseguido la eficacia deseada. Ahora hemos llegado a la doctrina de la disuasión. ¡Hombre! llevamos cuarenta años de paz física, paz que no deja de tener zonas de durísima realidad bélica, por ejemplo, Centroamérica, Vietnam, Corea, Indochina, Irán, Irak. Pero desde la rendición japonesa hay una paz generalizada, dentro de los trastornos interiores y de los choques de las potencias en casi todas partes. Ahora bien, la doctrina de la disuasión es muy peligrosa, porque se está amenazado de una ocasión en que uno de los bandos crea que debe anticiparse ante el temor de un ataque exterior fuerte. Por ahora está resultando; hay también pequeñas garantías como el teléfono directo de Moscú con Washington. No hemos podido vencer la teoría del equilibrio de poderes que se crea en el siglo XVI. Estamos en esos equilibrios inestables que se rompen con cierta periodicidad.

—En su opinión, ¿nos encontramos en el camino de ver convertida a Europa en un tercer bloque en discordia o, tal vez, armonizador?

—Yo creo que sí. Por su situación y sus recursos, por su historia, y porque puede interesar a las dos superpotencias, a las que al fin y al cabo, en el fondo, también les interesa la paz. Europa puede jugar un gran papel. Por el momento, tal y como están las cosas, la tendencia europea es procurar la limitación de armamentos en esas interminables conferencias como la de Madrid y la de Estocolmo, pero mientras se discute hay alguna esperanza. A mi juicio hay un gran temor a la guerra en cualquier país, en cualquier estadista que no sea un insensato, pero hay también un temor positivo a quedar en inferioridad de poder. De manera que estamos en una situación contradictoria en sí misma. La opción ideal es la que ha proclamado

Peces Barba, la idea del gobierno mundial. Pero me parece muy difícil, creo que sería más razonable volver a la tesis de arbitraje, seguridad y desarme, que si fracasó en 1930 puede no fracasar ahora, porque tampoco hay ahora, al parecer, movimientos desestabilizadores como fueron el fascismo y el nazismo.

—¿Cómo se las arregló para salvar la piel en la guerra civil?

—En primer término, yo no tuve puestos de trinchera. Recuerdo que visité las trincheras en Parla, donde conocí a Líster, que entonces era capitán o comandante, y me pidió el jefe del sector, que era el coronel Puigdollas, que llamara a Prieto para que mandara unos aviones porque los rebeldes se habían hecho fuertes en el campanario de Parla. Hablé con Prieto y me dijo que ya a esa hora —era el atardecer— no podía mandar los aviones. En aquellas dos o tres horas que yo estuve en el frente no hubo actividad. Al día siguiente mataron al coronel, que trató de contener una huida colectiva de milicianos aterrorizados por un contraataque inesperado.

Luego fui a un congreso que se celebró en Albacete, en agosto. Martínez Barrio se había instalado en Albacete para organizar algunas fuerzas cuando ya empezaban a llegar voluntarios de las Brigadas Internacionales. Estando yo allí celebramos un congreso socialista. Discutíamos la conducta seguida en las elecciones anteriores. Suspendimos la sesión a la hora de cenar y nos fuimos al Gran Hotel. Estábamos comiendo cuando vino la alarma aérea. Nos hicieron bajar al sótano, que es un semisótano; saltaba la tierra por las ventanas y cayó una bomba en la Audiencia, relativamente cerca; un guardia de asalto enloqueció. Hubo que sujetarle entre varios porque llevaba un fusil y era peligroso que pudiera empezar a disparar a diestro y siniestro.

Más tarde, en Barcelona, me cogieron los grandes bombardeos de marzo del 38; parecía que se hubiera abierto una calle nueva frente a la Universidad. En Valencia, en 1937, viví la alarma que dio Prieto a toda la costa ante la amenaza de bombardeo por un buque alemán, que cañoneó Almería. Pero nunca estuve tan próximo a los bombardeos como en Albacete. En los viajes que hice no sufrí novedad de guerra.

—Es evidente que se hicieron esfuerzos diplomáticos por evitar la guerra, algunos son conocidos, otros, seguramente no. Por su posición privilegiada durante el comienzo de la contienda, ¿sabe

usted de alguno de estos esfuerzos que haya podido quedar oculto a los historiadores?

—Sí, claro que se hicieron esfuerzos. Hay un momento de enorme interés que no se ha esclarecido. Un poco antes de la crisis de Largo Caballero, que debió ser hacia mayo del 37, fue la coronación del Rey Jorge de Inglaterra, sucesor del Príncipe de Gales. Azaña, Presidente de la República, le pide a Besteiro que vaya a representar a España en la ceremonia de coronación. Es evidente que tenía que saberlo Largo Caballero, que era Presidente del Gobierno. Poco antes se había hablado en Valencia de un nuevo pacto que se rechazó en los medios oficiales. Preside Largo Caballero, todavía no se ha producido su choque con los rusos pero no tardó mucho en producirse, y Besteiro va a Inglaterra. Al volver ha caído Largo Caballero y ha formado gobierno Negrín. Pasa el tiempo. Veo a Besteiro a su regreso a Valencia y él no me dice nada especial. En diciembre del año 38 llega Besteiro a Barcelona, citado por la Ejecutiva Socialista, y me llama para que le consiga una entrevista con Negrín; le consigo la entrevista y él me dice entonces: “Usted comprenderá que yo no fui a Londres para actos de corte ni tenía por qué cumplir con ese ceremonial tan complicado. Yo fui a Londres para gestionar la posibilidad de una mediación que pusiera término a esta tremenda carnicería. Al volver informé a Azaña y no he tenido ninguna noticia de las consecuencias de mi gestión”. El no me dijo en qué había consistido la gestión, pero sí me dijo que para eso había ido a Londres. Luego hubo una tentativa orientada por Azaña y autorizada por Largo Caballero entonces. ¿Por qué no la siguió Negrín, o no pudo hacerlo? No lo sé. ¿Por qué no la sigue Azaña?, porque es evidente que con su cargo de Presidente de la República podía influir. Fue imposible, eso es evidente. Esa queja sí la tenía Besteiro.

Hay otro momento, ya en los últimos tiempos de Negrín. En Barcelona, Negrín se decide a ir a un congreso de fisiología. Yo le digo: “pero es absurdo que se vaya usted a un congreso, por científico que sea, en estos momentos”. “No, no, ya verá usted —me responde— es que voy por otras cosas”. Y se fue. Yo estaba de subsecretario de la Presidencia con él desde mayo hasta mientras estuvimos en Barcelona. Después me dijo: “Yo he ido para entrevistarme, incluso, con el embajador alemán Von Neurat —me parece que se llamaba— porque estoy dispuesto a negociar con Hitler con tal de que dejen de apoyar a Franco”. Es decir, él fue a hacer unas negociaciones cuyas posibilidades y contenido concreto desco-

nozco, pero si él fue al congreso de fisiólogos es porque era un pretexto para hacer gestiones internacionales y terminar la guerra.

Hay más. Cae del gobierno Prieto, al parecer por presión de Rusia. Negrín, que es muy amigo de Prieto, tiene que optar por hacer lo que le sugieren los rusos, que son los únicos que nos facilitan material y nos apoyan internacionalmente en Europa, o por Prieto. Y opta por la posición de apoyarse en los rusos. Prieto está muy lejos de poner dificultades; en eso era muy sensible, cualquier cosa le hacía dimitir. Y Prieto acepta también ir a otra misión protocolaria, la toma de posesión, en Chile, del Presidente Aguirre Cerda, amigo de la República española. Va a Chile, pasa por varios países y su propósito es promover una mediación de los países hispanoamericanos, que no pudo acontecer. Prieto, ya cuando vuelve, ha acentuado su posición con Negrín, y ya estamos en París. Se ha celebrado la reunión de la Diputación Permanente o, mejor, dos reuniones: una en que aceptamos la dimisión de Azaña, que dimitió estando alojado en la embajada de España en París, y encargamos a Martínez Barrio, como presidente de las Cortes, que se haga cargo de la Presidencia de la República, y una nueva reunión a la que yo ya no asisto, que es posterior al 8 de agosto del año 39, en la que se discute la posición de Negrín y de Prieto ante la llegada del barco *Vita* a México. El *Vita* llegó a México con unos carabineros mandados por Negrín con algunos fondos y valores que habían sido incautados por el Gobierno de la República y enviados a México a disposición del Gobierno de la República en el exilio, consignados a su representante en México, que era el doctor Puche. Pero cuando llegan a México en el barco se encuentran con que los aduaneros quieren intervenir; es natural: no saben nada. Ellos se aterran y se ponen a hablar con Prieto. Prieto entonces va a ver al presidente mexicano, Lázaro Cárdenas, y éste le dice: “Yo hago lo que usted quiera, pero sólo le concedo mi confianza a usted; yo doy las órdenes que usted me diga y usted se hace responsable de esos recursos”. Entonces quedan a la disposición de Prieto y éste emprende viaje a París para reunir a la Diputación Permanente. Va en el mismo barco con Negrín, que ha ido a Estados Unidos para sondear al Departamento de Estado a ver qué cabía hacer. Lo cierto es que van en el mismo buque. Prieto en clase turista, Negrín en primera clase; no se ven. Negrín le manda unas tarjetas, Prieto no le contesta, y se convoca la Diputación Permanente de las Cortes. Yo soy vicepresidente y, además, presido el grupo de diputados socialistas que forman parte de la comisión. Nos reunimos en la federación del Sena, con Negrín y con Prieto, y

allí se produce una tremenda discusión, muy fuerte, entre Prieto y Negrín. Yo hago una propuesta por escrito, cuyo texto debo conservar, un poco lírica al principio pero, luego, con propuestas muy concretas para evitar la pugna entre Prieto y Negrín. Esencialmente consistía en declarar la prioridad de la atención a los exiliados, que eran miles y miles, para lo cual era menester que todos los fondos disponibles de la República en el exterior sirvieran para protegerlos. En segundo lugar, esto exigía la organización del exilio, formando asociaciones por países, y había que nombrar un delegado para Europa y un delegado para América partiendo el mundo en dos mitades. Para Europa podía ser Negrín, puesto que pensaba quedarse allí y seguir los acontecimientos europeos, y Prieto, que volvía a México, se encargaría de los asuntos de América. Mi tesis no prospera. La tesis de Negrín es que el gobierno existe, él es el último presidente nombrado en España y a él le corresponde la autoridad y la responsabilidad. La tesis de Prieto es que, dada la crisis auténtica y la inexistencia de territorio, la única autoridad que se puede reconocer es la de las Cortes y, como las Cortes no pueden reunirse, la Diputación Permanente, que es la delegación de las Cortes, es la que tiene la autoridad. Entonces, esos fondos los pone a disposición de la Diputación Permanente. Los fondos que tenía situados en Europa Negrín quedan bajo la disposición de los ministros republicanos que siguen con él. Al fracasar yo en la negociación decido con mi voto de calidad, porque son tres votos contra tres, y decido a favor de Negrín. Prieto se enoja un poco conmigo y entonces renuncio y decido marchar de Europa a un sitio donde no esté viva la pugna Negrín-Prieto.

Como tenía la coyuntura de poder ir a Colombia, visité al embajador ministro de Colombia en París. Era además amigo mío el último ministro de España en Colombia —entonces se les llamaba ministros— y me consiguió el visado y salimos mi padre, mi hermano Ignacio y yo el 10 de agosto de 1939 de Amberes. A mi paso por esta ciudad, saludo al alcalde, que estuvo muy atento conmigo; era un socialista viejo que luego fue primer ministro. Me hace enseñar el Museo de pinturas, allí me espera el director con chaqué y todo. Yo quedé impresionado. Embarcamos en un barco sueco que toca en Puerto Colombia, en Barranquilla. A bordo me entero del pacto germano-soviético, el 22 de agosto más o menos, en los partes que daban en sueco y en alemán. Entendía muy poco, pero lo de pacto germano-soviético era clarísimo. Con un humor trágico le dije a mi padre: “Vamos a ver si llegamos a Puerto

Colombia antes de ver periscopios de submarinos alemanes”. No vimos periscopios, pero llegamos el día 27, y el primero de septiembre estalló la guerra mundial. Para mí era indudable que el pacto germano-soviético la desencadenaba. Entonces mis conexiones fueron más fáciles con México, ya tengo correspondencia con Prieto y a Negrín lo vuelvo a ver en el 45, cuando se reúnen las Cortes Republicanas en México. Se ha constituido, presidido por José Giral, el nuevo gobierno, Negrín ha renunciado, las Cortes Republicanas se reúnen en México en noviembre de 1945 para presentación del nuevo gobierno y obtener el voto de confianza. Prieto propone que yo lleve la voz de la minoría. Yo dije que debía llevarla él porque no me entusiasmaba, me parecía que era un obstáculo la creación del gobierno porque establecía una rigidez constitucional que impedía negociar. Pensar que podíamos conservar las condiciones del 31 era imposible. En cambio, la Junta Española de Liberación que había presidido Martínez Barrio, de la que era secretario Prieto y de la que yo había sido delegado en Colombia, tenía mucha flexibilidad, podía negociar con todos sin ninguna limitación legal, pero se disolvió al actuar Martínez Barrio de Presidente de la República en el exilio y constituirse el gobierno Giral. Entonces es la última vez que veo a Negrín, que murió no muchos años después. Tenía relación frecuente con Prieto, que me mandaba sus artículos para el periódico *El Tiempo*, de Bogotá. Yo le revisaba los textos que venían en copias mecanografiadas en papel de calco ya de muy difícil lectura; a veces teníamos que ponerlos en limpio. El último artículo que me llegó fue el día antes de su muerte y se publicó ya como artículo póstumo en *El Tiempo*. Prieto estuvo trabajando como periodista hasta última hora. No volví a verlo desde aquella reunión de las Cortes en México, en noviembre de 1945.

—¿Quedan, a su juicio, otros aspectos de la guerra civil por esclarecer convenientemente?

—Quedaría por esclarecer, además de esa gestión que hemos comentado de Besteiro en Londres, un poco más la política de Inglaterra, país en que, por ejemplo, se fleta un avión que lleva a Franco de Canarias a Marruecos. Es muy difícil aceptar que en Inglaterra se pueda lícitamente contratar un avión con tal alcance internacional sin que se entere Scotland Yard o el Foreign Office o el Servicio Secreto. Yo creo que las ayudas que pudo prestar Inglaterra al alzamiento en España son indudables, y habría, quizá, que conocer mejor toda la actividad de los agentes diplomáticos

oficiosos de la rebelión en Francia y en otros países de Europa. En Inglaterra, el Duque de Alba representó oficiosamente y luego oficialmente a Franco. En Francia se movía mucho Quiñones de León, ex-embajador en París. Creo que el Duque de Alba entonces vivía en Inglaterra y tenía influencias por su doble condición nobiliaria hispano-inglesa, y además sus apellidos eran ingleses, como descendiente de Jacobo de Inglaterra. Yo creo que esta parte diplomática estaría por esclarecer. Quizá faltaría también esclarecer la política de los agentes en algunos países suramericanos, por ejemplo Guatemala, que se apresuró a reconocer a Franco. Habría que ver también las actitudes combatientes de gobiernos franceses, que algunas veces cierran la frontera y otras dejan pasar ayuda. Estudiar con detalle todos los aspectos internacionales de la guerra de España. Creo que valdría la pena conocerlos mejor. Luego, claro, hay investigaciones ya de mucho detalle, por ejemplo, la aparición de la palabra “quinta columna”, que es de origen español y que se extendió a todo el mundo. Cuando parecía Madrid a punto de caer, en noviembre de 1936, no sé quién declaró, tal vez Queipo de Llano, que cuatro columnas avanzaban sobre Madrid, pero que dentro había una quinta columna que sería decisiva para conquistar la ciudad y poner término a la guerra. El ministro de Gobernación, Angel Galarza, habló de esto a la prensa. Entonces se generalizó la palabra “quinta columna” para todos los agentes y personas que se disfrazaban de leales al régimen imperante en la zona pero que eran, de corazón, enemigos.

Hay un servicio de espionaje y contraespionaje muy activo en el que, sobre todo, los comunistas tienen mucha intervención porque están bien dirigidos y ayudados. Los comunistas forman el Quinto Regimiento, que recoge mucha gente. Se presentan entonces como colaboradores muy leales de la defensa de la República. Antes habían estado atacando considerándola una república burguesa, etc. La política rusa con España no es fácil de investigar, pero valdría la pena. ¿Qué pasó con los embajadores que había mandado Rusia a España, que, según noticias que yo tuve, algunos fueron víctimas de las depuraciones de Stalin? Yo creo que los aspectos internacionales de la guerra de España aún podrían ser objeto de mayor esclarecimiento. Los trabajos de Huhg Thomas son interesantes, pero tienen siempre un prejuicio inglés, inevitablemente. Consciente o inconscientemente exaltan la posición de Inglaterra o la procuran justificar. Me parecen más objetivos los historiadores norteamericanos. Hay otro aspecto que sería curioso y es muy difícil investigar:

las colectivizaciones, un ensayo de lo que después se ha llamado la autogestión. Surgió espontáneamente, sobre todo en Valencia, una especie de socializaciones de grupos que se adueñaron de tierras y las cultivaron como si fueran suyas, en forma colectiva, y que prestaron un gran servicio para el aprovisionamiento del ejército y de los mercados racionados. Fue un ensayo sobre la marcha de actividades socialistas, improvisadas, difíciles de perdurar, y sobre todo con el triunfo del franquismo, pero que podían servir de experiencia sobre explotaciones de carácter colectivo. Eso yo creo que se ha estudiado poco. La situación financiera, la tremenda inflación que se produjo en la zona republicana, son episodios que pueden ser objeto de nuevo estudio. La política de Negrín, que fue muy inteligente en el orden financiero, la creación de los carabineros, que fue el contrapeso militar a la influencia creciente del comunismo en el ejército y sirvió de apoyo a la reorganización del Estado republicano. Siempre hay aspectos que merecen ser estudiados, y eso que la bibliografía de la guerra es abundantísima.

—¿Usted cree que esa bibliografía contiene errores de peso? ¿Tiene usted opiniones contrarias a las de algún historiador en algún punto?

—Claro está que ha habido juicios muy diversos. No creo que se haya conseguido unanimidad, ni mucho menos, en la estimación de nuestra política de guerra. Por ejemplo, una cosa en la que yo disiento es la afirmación que se hizo luego lugar común: el pesimismo de Prieto. Fue un arma utilizada por los comunistas. Y se ve claramente en ese libro cínico que es el de Jesús Hernández, un ministro comunista, que se titula *Yo fui ministro de Stalin*. Publicaba Hernández en los periódicos al servicio del gobierno, con seudónimo, artículos feroces contra Prieto, ministro compañero suyo en el gobierno de Negrín. Recuerdo una discusión muy fuerte en que Zugazagoitia, ministro de Gobernación, acusaba a Hernández de deslealtad y falta de sentido del compañerismo con los miembros del gobierno.

Pues bien, yo no he creído nunca en el pesimismo de Prieto. Hay que decir la verdad, no se puede engañar a la opinión pública, no se pueden dar unos partes triunfales cuando no hay motivo para ello. El decía la verdad, y decir la verdad, a mi juicio, no es pesimismo. Claro, si fuera pesimista, él no hubiera trabajado como trabajó, hasta última hora con una enorme eficacia. Porque el pesimista, o se marcha o no trabaja, pero, ¿podemos considerar pesimista a un

hombre que al dimitir ha dejado preparado todo el dispositivo defensivo de Cataluña con el cual puede Negrín hacer la ofensiva del Ebro? Lo cual, por otra parte, probablemente fue un disparate estratégico, porque hacer una ofensiva con un río en la espalda, sin tener las reservas suficientes para ensanchar la brecha abierta en las líneas enemigas, ocasionó muchísimas bajas y fue una operación contraindicada. Prieto había dejado el dispositivo preparado porque él concentró muchas tropas en Cataluña como bastión defensivo último de la República. De manera que creo que es un mito lo del pesimismo de Prieto, que se ha extendido de tal modo que todavía se habla de ese pesimismo.

Yo creo que de esto no se ha hablado con franqueza. Me parece indudable que Caballero se equivocó al estimar que la guerra no iba a ser larga y se podría terminar con la victoria republicana. El, al principio, se vistió de miliciano, hizo unas incursiones por la sierra, animó a todos; está bien. Pero cuando llega al gobierno, la responsabilidad ya es distinta, y empieza a poner orden porque él tenía un gran sentido de la disciplina. Pone orden en el despacho del Ministerio, va a sus horas, tiene colaboradores valiosos, naturalmente, está muy en relación con los rusos. ¿Qué es lo que pasa para la ruptura entre Caballero y los rusos? ¿Qué pasa para la ruptura entre Araquistáin, que sigue con Caballero, y Alvarez del Vayo, que se pone frente a Caballero después de haber sido incondicional? Yo creo que de eso algo se ha de escribir. Están las memorias de Caballero, algunas cosas de Prieto, en fin, valdría la pena estudiar eso detenidamente. Es muy importante estudiar la situación de Azaña en episodios como el de la posible negociación con Inglaterra. Me parece que la acusación de comunismo de Negrín es arbitraria; es que él juega la única carta que le queda en las manos, él tiene fe en la victoria. Yo creo que él confía en que nuestra guerra se unirá a la guerra general y, entonces, tendremos la misma suerte que los países que luchan contra el nazismo; se equivocó por muy pocos meses. Yo le presenté mi dimisión al producirse el acuerdo de Munich y le dije que, en el fondo, dimitía por la tristeza que me causó la dimisión de Prieto, y además porque no veía sentido a continuar la guerra. Le dije: "Mire usted, a mi juicio, el pacto de Munich significa que los aliados occidentales cederán siempre mientras la guerra de España no termine, porque mientras dure la guerra de España tienen tiempo para ir preparándose y alinear las fuerzas posibles. Es evidente que ahora han sacrificado los Balcanes, que eran los aliados tradicionales de Francia, con tal de prolongar la guerra. Entonces, nuestras

posibilidades de seguir la suerte de las potencias democráticas se desvanecen. Creo, además, que hasta que no termine nuestra guerra no empezará la mundial, que la creo inevitable”. “¿Y usted cómo lo sabe?”, me dijo. “Hombre, lo sé por intuición, y naturalmente la Historia lo dirá”. “Pues nada —insistió— usted no dimite, usted continúa igual”. Y seguí como subsecretario de la Presidencia, pero claro, ya no me hacía muchas ilusiones. Todavía en Figueras, Negrín hace un discurso que no tuvo repercusión porque la radio apenas alcanzaba, pero que tenía un valor épico impresionante, con ecos de *La Iliada*. Yo recuerdo las arengas de Héctor en *La Iliada*: “Troyanos, sed hombres”, eso venía a decir él a los pocos que escuchábamos su discurso. Tenía cierto aire quijotesco porque no le oía casi nadie, y lleno de un entusiasmo épico impresionante. El creía sinceramente en la victoria resistiendo. La consigna era: “resistir es vencer”, y él la practicó con toda lealtad. Estaba, como Prieto o Caballero, enormemente enamorado de España.

Yo creí que a partir de Munich no teníamos posibilidades de triunfo. Nunca esperé que fuera tan desleal la actitud de Inglaterra. ¿Por qué jugó habilidosamente Anthony Eden? Parecía ser amigo nuestro. Consiguíó limitaciones a la guerra de submarinos contra nosotros pero, en realidad, visto ya con perspectiva, Franco no hubiera triunfado si Inglaterra no le deja que triunfe, porque ¿de dónde saca Franco el petróleo? No es que a Inglaterra le interesara prolongar la guerra, pero sí le interesaba que no estallara la guerra mundial. Y la guerra de España era un descanso. Mientras durara no estallaba la mundial por una porción de razones. Podía significar el conflicto en el Mediterráneo porque no estaban suficientemente preparados y porque había una última esperanza de que la guerra no estallara. Yo recuerdo una discusión muy violenta, en el exilio, en París, de Julián Zugazagoitia y Luis Jiménez de Asúa, en la que yo, como siempre, traté de conciliarlos inútilmente. Discutían con vivacidad la tesis de Jiménez de Asúa, que había tenido un buen servicio de información como embajador en Praga, de que la guerra estallaba inevitablemente y estaba todo dispuesto. La tesis de Zugazagoitia era que no estallaba porque se le daba todo a Hitler y ¿para qué hacer la guerra si, sin guerra, conquistaba Hitler lo que quería? Era insensato desencadenar la guerra, sin ella Hitler había conseguido la ocupación del Rin, la ruptura del tratado de Versalles, el rearme alemán, Austria, el territorio de los sudetes, todo lo que había querido sin más que unas protestas platónicas; no tenía sentido. Lo natural era que se detuviera y esperara la ocasión para

seguir insistiendo. Dije: “Lo razonable es lo que tú dices, pero que la guerra no la detiene nadie, eso es una fatalidad histórica y tiene razón Asúa”. Bueno, pues Zugazagoitia, que se quedó en París, escribió su preciosa *Historia de la guerra de España*, lo mejor que sobre ésta se ha escrito. Lo publicó como folletón en un periódico socialista de Buenos Aires, *La Vanguardia*. Y Jiménez de Asúa se fue a Argentina. Cuando cae el frente francés, él confiaba en la línea *Maginot*, de famosas fortificaciones. El me decía: “Francia tiene el ejército más poderoso del mundo, la línea *Maginot* es infranqueable”. Le contestaba yo: “Bueno, eso no lo sabe nadie. Lo que sí sabemos es que tenemos derecho a no intervenir en una guerra en la que somos ajenos, porque no se nos ha ayudado a nosotros; al contrario, se ha permitido el triunfo de Franco. Contra lo que creen los amigos, no nos van a dar el triunfo aunque triunfen sobre Hitler, y sobre todo, que vayamos a América, y ya volveremos en el momento oportuno”. Por entonces me dice un socialista, Amador Fernández, de los más antiguos socialistas asturianos: “Pero hombre, cómo te vas a América si yo estoy en relación con el servicio secreto francés y cuentan con nosotros para caso de guerra. Entonces nuestra causa se hará solidaria con Francia y, como Francia va a ganar, nosotros, cueste lo que cueste, acabaremos por triunfar”. Le dije: “Mira, si esto es muy sencillo, me mandáis un telegrama y el pasaje y yo vengo enseguida que haga falta. Tampoco está tan lejos un viaje de doce días (entonces no había avión), pero verás como no”.

Llego a Colombia y tenía una carta en la lista de correos con esta dirección curiosísima: “Sr. don José Prat, ex-subsecretario de la Presidencia de Gobierno Español, Bogotá”. Alguien la vio y me avisó. En la carta, Amador me decía: “Aquí han corrido noticias de que el barco en el que tú ibas hizo escala en La Coruña, te detuvieron y te habían fusilado, pero por si acaso no es verdad, como espero, te envío esta carta. Ya te avisaré si hay alguna novedad”. No, claro, el pobre qué me iba a avisar. Me lo encontré después en México. Vivía en la baja California, en 1945.

Entonces, es evidente que nuestra causa no recibió la solidaridad que se podía esperar, al contrario, la manera de mantener el *status quo* peninsular, sometido a los intereses, sobre todo, de Inglaterra, era consentir el triunfo de Franco, que dependía de la ayuda portuguesa e inglesa.

El exilio como proyecto de vida

Roosevelt, el pionero del turismo en España/ Un lugar donde enterarse de la realidad del país/ Ganarse la vida con el periodismo y el profesorado/ No había ilusiones sobre un rápido regreso/ El cansancio y el sufrimiento del pueblo español/ El traslado del periodismo a América/ Dictadura por dictadura, aguantar la propia/ El caso de Eduardo Zamacois/ “Hemos sido muy pocos los que hemos podido unirnos después a la vida política española”/ El tiempo va serenando la cosas/ “El exilio nos había aviejado a todos, pero muchísimo”/ “Me corresponde cumplir la ilusión de regresar”.

—En general uno se iba a Suramérica pensando en volver pronto, a pesar de que no me hacía ilusiones sobre el resultado de la guerra. Me acuerdo de que el primer contrato de arriendo que hice en una modestísima vivienda de Barranquilla fue por seis meses, aunque claro que influyó el no encontrar trabajo en Barranquilla y tener que irme a Bogotá. Pero nunca creí que iba a ser el exilio tan largo; eso no lo creíamos ninguno. Tampoco creí que el triunfo de las Naciones Unidas significara automáticamente la caída de Franco, como se creyó por muchos españoles. Hay una cosa curiosa que es una carta de Roosevelt a Franco, cuando el desembarco en Africa del Norte, en que le da seguridad de que no se tocará a los intereses de España en Marruecos, y le aconseja que procure no ayudar a las potencias del Eje porque España tiene unas posibilidades de paz muy notables y, entre otras posibilidades, el turismo. El primero que habla sobre el turismo en España es Roosevelt en su carta. Yo lo tomé a broma, pero era una premonición histórica, sí.

—¿Cómo se organiza la salida de Europa?

—Hay dos organizaciones: una, que dependía de Negrín, la llevaba en París Zugazagoitia, era el S.E.R.E., Servicio para los Refugiados Españoles; y otra, que dependía de la Diputación Permanente, se llamaba el J.A.R.E, Junta de Ayuda a los Republicanos Españoles. La primera que funcionó fue el S.E.R.E., porque el J.A.R.E se constituyó cuando la Diputación Permanente desconocía la autoridad de Negrín y concedió poderes a una junta especial para que administrara los fondos de que se disponía en México y diera cuentas a la Diputación Permanente. En esa junta se nombran varios representantes, entre ellos, Josep Andreu Abelló, senador por Barcelona, que fue muy amigo de Prieto. Prieto cuidó mucho la parte de la contabilidad, dejar todos los justificantes. Negrín también, a través del ministro de Hacienda, Menéndez Aspe, que siguió con él en Londres.

El exilio tuvo esa doble organización. El S.E.R.E. daba ayudas, y fletó algún barco, y lo mismo el J.A.R.E. El S.E.R.E., por

lo que se refiere a mí y a mi familia, nos dio unas ayudas. Había ya mucha demanda de pasajes para la corriente de emigración a América, porque se trataba de gente perseguida, judíos, italianos, alemanes, etc. Pero había unos barquitos suecos de carga que admitían un número de pasajeros limitado, bastante económicos, en la línea Johnson. Y en uno de esos barcos había que salir de Amberes. Conseguimos el pasaje e hicimos el viaje. Hubo una gran simpatía en la tripulación porque, según era costumbre, los estudiantes suecos en vacaciones se colocaban en los barcos. Y nos atendían unos estudiantes suecos simpatizantes con la República Española. De manera que había un ambiente de simpatía. Y allí viajaron otros amigos jóvenes. Mi padre era de los más viejos. Y luego, la acogida en Colombia fue realmente cordial y amable. Colombia era un país, entonces, de pocos recursos, y las posibilidades de trabajo para mí eran únicamente de tipo intelectual.

—La elección de Colombia por su parte ¿se debe a un deseo concreto?

—Elegí Colombia por alejarme tanto de Negrín como de Prieto. Porque en México tenía el problema de las pugnas entre socialistas, en Chile lo mismo, y eran los únicos países que habían abierto camino. Podía haber ido a Santo Domingo pero no me seducía ir a una dictadura, aunque a Trujillo le interesaban los españoles para compensar la penetración negra de Haití. Hizo una gestión con Giner de los Ríos, que había sido ministro de Negrín, y consiguió la autorización para llevar un barco de españoles. Llevó a muchos intelectuales y los recibieron muy bien en Santo Domingo, pero, claro, había pocas posibilidades de trabajo y se fueron marchando, a México preferentemente, otros a Estados Unidos. Entonces, Colombia, con un gobierno liberal, con un presidente amigo de la República Española, el doctor Eduardo Santos, con el que yo tenía conexiones a través del ministro encargado de negocios, me permitió alejarme de la pugna, mantener una posición independiente y procurar trabajar para ir rehaciendo la vida. Y allí me encontré con el Ateneo republicano, me nombraron de la directiva y nos dedicamos a hacer una labor de difusión española, publicamos una revista, *España 1940*, se creó la Junta de Liberación, creamos el Ateneo español bajo la influencia comunista, no aceptó la Junta de Liberación, nos separamos y fundamos la Casa de España, republicana también, que seguía las orientaciones de la Junta de Liberación, de la que nombraron delegado a un antiguo miembro del

gobierno de la Generalidad, pero que se había hecho colombiano, y hubo una protesta de los republicanos. En México, la Junta aceptó la dimisión y me nombró a mí delegado. Estuve hasta que se disolvió en el año 45. Procuré relacionarme y entrevistarme con los embajadores de los países que no habían reconocido a Franco, mantener en los periódicos la defensa de la posición de la República, traté de ver al ministro de Relaciones Exteriores, a quien di a conocer por una carta atenta y respetuosa que habíamos constituido la Junta de Liberación, pero no se atrevió a recibirme porque ya tenían relaciones diplomáticas con Franco. Estuvimos haciendo lo que se podía. Nos pusimos en relación con México y cotizamos, primero en México y luego en Francia. Al producirse la liberación de Francia mandamos paquetes de comida a los amigos de Toulouse, y ya entramos en relación con el partido en Francia, con Llopis en la secretaría general. En fin, nuestro afán era hacer todo lo posible. A Colombia va Ruiz Jiménez como presidente del Instituto de Cultura Hispánica, haciendo propaganda de Franco. Yo asisto a su conferencia y hago una crónica resaltando los valores positivos que encuentro en esa conferencia, y trato con mucha suavidad los valores que me parecen negativos, cuando él parece justificar el sistema de Franco por el hecho de que ha triunfado. Y es verdad que ha triunfado, es verdad que en la historia política los regímenes son de hecho antes que de derecho, en fin, yo hago alguna salvedad. Pero sí me importa que en Colombia no crean que se ha acabado España porque hay una tiranía, me importa que se aprecien unos valores españoles. Y cuando va, por ejemplo, el actual director de la Academia Española, Laín Entralgo, pues yo también hago unas crónicas viendo con simpatía los valores que había positivos para favorecer la difusión de España entre las gentes de Colombia.

—¿Es posible planificar una vida en el exilio?

—Se improvisa casi todo, porque la gran diferencia entre el emigrante y el emigrado es que el emigrado va contra su voluntad y el emigrante ya se ha formado un espíritu adecuado para emprender las dificultades de abrirse camino en país desconocido. Muchos iban a buscar a sus parientes o convecinos, y encontraban con mayor facilidad un camino de trabajo; en cambio, no era ese el caso de los exiliados. Las vinculaciones anteriores a la emigración eran escasas o singulares. Yo, por ejemplo, tenía alguna vinculación con diplomáticos colombianos pero que no estaban en Bogotá, y en

aquellas condiciones, empezada ya la guerra, no era fácil ponerse en relación con ellos.

No hay más planificación que la iniciativa personal, y el punto de apoyo son las colonias españolas, sobre todo las de ideas republicanas. En Barranquilla, el centro español que existía, la Unión Española, era de mayoría republicana; allí encuentro un lugar donde conversar, donde enterarme de la realidad del país, un lugar en el que saber dónde hay españoles a los que recurrir; allí conozco a un venezolano exiliado que me presenta en los periódicos. Intento trabajar en la prensa y veo que no tengo posibilidades; intento trabajar en un colegio que habían abierto unos emigrados españoles que habían ido durante la guerra, el colegio Colón, de Barranquilla, pero tenían que valerse de muy escasos recursos, y entonces mi hermano se coloca como empleado de un comercio donde exigen conocimientos del inglés para venta de pinturas y artículos de importación; él se queda con mi padre y yo voy a Bogotá en busca de posibilidades más amplias. Vive allí, en Bogotá, nuestro antiguo ministro plenipotenciario, don Rafael de Ureña, de quien tengo el apoyo, y se encuentra también don Luis de Zulueta, intelectual prestigioso, que había sido ministro de la República y embajador en Berlín y en El Vaticano con el gobierno Azaña. Encontré en ellos muy buena acogida. Ellos me orientaron para mi iniciación en actividades diversas. Y además me encontré a unos españoles que habían fundado unas revistas, los primeros que llevaron el huecograbado a Colombia, inspirados en una revista madrileña que había tenido mucho éxito, la revista *Estampa*, de la editorial Rivadeneira, que publicaba también un periódico diario que se llamaba *Ahora* en el cual colaboraba Unamuno, por cierto. Eran los primeros periódicos de España que habían usado el huecograbado, con el *ABC*. Este señor había fundado una editorial, publicaba una revista semanal, *Estampa*, y otro periódico, inspirado en la prensa semanal francesa, que se llamaba *La Esfera*. Y yo encontré allí trabajo como corrector de pruebas de imprenta y como colaborador. De suerte que escribía para *Estampa* una serie de artículos, casi siempre crónicas de temas históricos o literarios, y para *La Esfera*, que se fundó con el fin de intentar ofrecer información sobre la guerra mundial. Allí encontramos trabajo el general de estado mayor, Leopoldo Menéndez, que había sido subsecretario del Ministerio de la Guerra en los primeros tiempos de la guerra civil, y yo. En *La Esfera* hacía yo comentarios de política internacional y, en *Estampa*, colaboraciones literarias. Recuerdo, por ejemplo, que casi siempre aprovechaba

motivos de historia literaria o cultural, o de política española. De cuando en cuando hacía algún comentario sobre figuras españolas del exilio, incluso de la guerra de España, pero no que afectaran a la política interior colombiana.

Dejé la colaboración porque me pidió el gerente un artículo de censura contra el nuevo presidente de la República, Alfonso López, padre del que después lo ha sido también, y me pareció que no debía escribirlo, aunque fuera bajo la responsabilidad del director, que era colombiano. Primero, porque tenía el deber de no intervenir en la política local y, segundo, porque el presidente López había sido simpatizante de los republicanos españoles. Dejé este trabajo y tuve durante unos meses trabajo de circunstancias; por ejemplo, escribí unos estudios que me encargó el director del jardín zoológico de Buenos Aires sobre temas de historia cultural, enlazados con una expedición botánica del siglo XVIII, de Mutis. Por otra parte, me encargó un diplomático peruano la transcripción de un curiosísimo manuscrito que se guardaba en la Biblioteca Nacional de Bogotá y que era una de las copias que corrieron de un libelo del siglo XVII o XVIII para demostrar cómo, a pesar de las famosas declaraciones sobre limpieza de sangre que se practicaban desde el siglo XVI para ocupar puestos de significación nobiliaria —como las órdenes militares y ciertos empleos de Corte—, casi todas las familias aristocráticas españolas ya tenían sangre de conversos judíos o islámicos. Se llama ese folleto tan curioso *Tizón de la nobleza española*. Yo no lo conocía, estaba escrito en letra bastante clara del siglo XVIII. Era una copia muy significativa de cómo circulaban clandestinamente, en la época de los Austrias y Borbones, folletos y escritos, libelos, en que se traslucían las luchas por el poder que han existido siempre, y que entonces fueron más vivaces que comparadas con las del siglo XVI, aunque también hay episodios del siglo XVI que explican esas pugnas que casi siempre ocurrían dentro del seno de la nobleza, que era la que tenía los cargos políticos importantes, los virreinos, los gobiernos de los territorios de la Corona española, aunque de hecho, desde los Reyes Católicos, empiezan a tener influencia los legistas, los jurisconsultos, los letrados laicos o eclesiásticos. Pero con todo, los cargos de más significación y brillantez suele tenerlos siempre gente de la nobleza, el Duque de Osuna, por ejemplo, el de Medinaceli, el conde de Lemos, que tuvo altos cargos y fue protector de Cervantes.

Este *Tizón* que yo le transcribí a Abril de Vivero me ilustró mucho sobre aspectos poco conocidos de la vida política española

en el régimen anterior al siglo de las luces. También por entonces me encargaron la Biblioteca Histórica con motivo del centenario primero de la muerte de un personaje muy importante en la historia de Colombia, el general Santander. Me la encargó el Instituto Panamericano de Geografía e Historia. De manera que con eso cubrí unos meses. Hacía algunas colaboraciones en *El Tiempo*, donde me pagaban por artículo. Así hasta que, a comienzos del año 41, se fundó el Colegio Nacional de San Bartolomé, que había sido colegio a cargo de los jesuitas y pasó al Estado. Entonces me nombraron profesor de Historia. Pero los haberes eran muy modestos y tenía que completarlos con trabajos periodísticos o con otras cátedras, porque yo fui lo que llamaban allí catedrático, en realidad, profesor por horas. Fui solicitado para otros colegios, y prácticamente tuve pluriempleo con tareas de profesor de Historia y Literatura y como comentarista de *El Tiempo*, donde ingreso, ya con carácter permanente, en junio de 1941, con motivo de la visita a Colombia de don Fernando de los Ríos y gracias a las indicaciones del redactor jefe que, por un tiempo, fue otro exiliado español, el profesor José de Benito. Entro como columnista, hago artículos sin firma como editorialista, de los que, claro, el responsable es el director. Hago, unas veces, editoriales propiamente dichos y, todos los días, unos comentarios breves que en *El Sol* de Madrid se llamaban fondillos y que allí se llaman “cosas del día”, escritos que le dan mucha agilidad al comentario periodístico ya que recogen la actualidad más inmediata y son cortos. Algo de esto hace ahora en el *ABC* “Ovidio” (Ansón). Son todavía más cortos éstos de *ABC*. El estilo procedía un poco de *El Sol* de Madrid, que tuvo influencia en la estructura formal del diario *El Tiempo*, periódico que se debe a un gran intelectual y político colombiano, don Eduardo Santos, muy vinculado con el movimiento cultural español de la generación del 98 y que tomó como causa propia la de la República española. Recuerdo como cosa muy significativa que él conoce la proclamación de la República por un telegrama que desde Barcelona le envía su madre, llena de entusiasmo. Casi venía a decir: “Hemos proclamado la República en España”, como si fuera una cosa de la propia Colombia. Todo eso nos sirvió para un pasar modesto pero, sobre todo, para encontrar un camino de trabajo.

Paralelamente, yo entro en el Ateneo Español Republicano, donde fui designado de inmediato vicepresidente. Allí manteníamos una actividad de ayuda a los exiliados republicanos que llegaban, de

ponerlos en relación con la sección de extranjeros del Ministerio de Asuntos Exteriores, buscarles conexiones para encontrar trabajo y orientarlos sobre sus deseos y sus posibilidades. Me ganaba la vida, como decía, con el periodismo y el profesorado. Era lógica mi actividad de solidaridad española y en defensa de las ideas de la República, de fuertes campañas para tratar de evitar las ejecuciones y penas de muerte en España. Siempre que teníamos noticia de alguna condena a muerte lográbamos gestiones en favor del indulto, incluso del presidente de la República, y llegamos a publicar una revista, *España 1940*, que iba cambiando según el año, 1941, 1942. Al fundarse la Junta Española de Liberación en 1942, el Ateneo Republicano no la aceptó y prefirió mantenerse al margen. Los socialistas y otros republicanos sí la aceptamos y nos separamos del Ateneo, fundando la Casa de España como centro republicano, y ahí continuamos la misma labor, que se extendió para acciones de difusión de propaganda cultural. Por ejemplo, en 1945 organizamos una celebración, brillante en lo posible, del centenario de Quevedo; una serie de conferencias de los intelectuales más significativos de Bogotá, y la creación de un premio muy modesto que me costó mucho trabajo reunir, no sé si era de 50 pesos de entonces, es decir, 50 dólares casi, para un concurso iberoamericano de estudios sobre Quevedo. Después aprovechamos la visita de intelectuales españoles, como Jiménez de Asúa, para organizar conferencias poniéndonos en relación con las universidades. Yo tuve enseguida muy buenas relaciones con los intelectuales colombianos, hasta el punto de que, a los pocos meses de llegar, me nombraron miembro del jurado de admisión de la primera exposición anual nacional de pintura que se organizó. Fue en 1940; incluso por indicación mía se aceptó un cuadro que querían rechazar mis compañeros de jurado, en el que yo advertí valores de notable colorista, que se confirmaron con el tiempo, de quien es hoy uno de los pintores más conocidos de Colombia, Grau. Era una obra un poco ingenua pero revelaba un gran temperamento artístico. Obregón también presentó cuadros en esa exposición. Me pidieron una serie de ideas para posibilidades de acción intelectual. También me pidieron notas sobre la estructura del viejo Senado español a través del director de la Biblioteca Nacional, que se portó muy afectuosamente conmigo, y con quien tuve luego gran amistad y fue mi primer director cuando me nombraron profesor de Historia Universal en el Colegio Nacional de San Bartolomé, que él regía. De manera que me orienté en esos caminos.

—Cuando se tiene constancia de que el régimen de Franco va consolidándose, ¿cambia la idea del exilio, se altera?

—No, porque no me hacía ilusiones sobre el regreso rápido, aunque no creía que fuera a durar tanto. No podía sospechar que la represión iba a ser tan fuerte. Aunque era explicable que al cabo de la tremenda entrega de todos a la causa de la guerra siguiera un período de caída, de fatiga, de verdadera falta de pulso. Había precedido un inmenso despliegue de actividad, abundancia de entrega al ideal, sacrificio de sangre vertida, el esfuerzo hecho, todo, contrasta con el proceso siguiente: represión sistemática, muy fría, implacable, más implacable si cabe porque está fuera de los horrores de la guerra. En ese mundo no puede uno hacerse ilusiones sobre un regreso pronto a España y, además, por la apatía, el cansancio y el sufrimiento que había experimentado el pueblo español, era muy difícil pensar que se iba a poder crear una resistencia auténticamente fuerte contra un régimen que tenía todos los resortes materiales del poder en su mano y el apoyo de Estados Unidos y de Inglaterra.

Hubo una tentativa, de influencia preferentemente comunista, de entrada de guerrilleros por el sur de Francia al terminarse la guerra, en la cual habían intervenido *maquisards* españoles, pero aquella tentativa hecha desde Francia tuvo también alguna colaboración en otro ambiente, o en otro plano, del gobierno francés de la primera época de la liberación, que fue tratar de formar un gabinete presidido por don Miguel Maura que pusiera fin a la dictadura de Franco. Esa tentativa no llegó a cuajar; Miguel Maura siguió en el exilio por de pronto y los guerrilleros encontraban resistencia. Franco mandó enseguida fuerzas a la zona del Pirineo y fueron rechazados. Quedaron algunas guerrillas y surgieron otras, por ejemplo, las que hubo en Asturias, que duraron bastante tiempo; en las Alpujarras... Pero, razonablemente hablando, no se podía pensar entonces en una rápida caída del régimen de Franco.

—¿Cree usted que quedan por esclarecer detalles del exilio?

—Los aspectos políticos. Está muy descuidado el estudio detenido de la evolución de las actividades políticas del exilio. ¿Quién sabe ya, por ejemplo, lo que intentó la Junta Española de Liberación, o las actividades de Negrín hasta que, sintiéndose sin duda próximo a morir, encarga a su hijo Rómulo que entregue toda la documentación sobre el envío del oro del Banco de España a Rusia? La entrega al gobierno de Franco, puesto que es el gobierno de hecho existente en la nación, y Negrín considera que esta documentación

pertenece a España, por lo que es entregada en el Consulado español en París. La actividad de Negrín es poco conocida, aunque se publican periódicos que siguen sus orientaciones; justamente *El Socialista*, de México, tenía esa orientación, por lo que el periódico, que obedece a la mayoría del partido, toma el nombre de *Adelante*, y lo dirige Manuel Alvar, que había sido una de las figuras de *El Socialista* en Madrid. La actividad de Negrín es poco conocida, sí. Se ha publicado un libro sobre él que está hecho a base de testimonios, y quiero ver qué es lo que dice de sus actividades en el exilio. Hay, luego, las actividades del gobierno republicano cuando se reconstituye en el 45, hay negociaciones, se sondean las cancillerías, se nombran embajadores en México, en Guatemala, Polonia, Checoslovaquia, en Yugoslavia. Está toda la prensa del exilio, pero no creo que haya un trabajo histórico sólido sobre ese tema. Está también lo relativo a la actitud del Partido Comunista, que tiene una sólida base en Moscú, la desaparición de José Díaz, el influjo creciente de Carrillo, las actividades de los comunistas en la clandestinidad, el consejo de Stalin, al parecer indudable, de que se ingrese en los sindicatos verticales para hacer labor desde dentro, para minar la organización falangista desde dentro. Yo creo que eso se ha estudiado pero no sé si con el suficiente pormenor y con una obra de conjunto ya sobre bases sólidas. Está también la actitud del gobierno de Giral; el gobierno breve, muy breve, de Llopi; el gobierno de Claudio Sánchez Albornoz; la sucesión de Diego Martínez Barrio como presidente de la República; las actividades, casi todas de propaganda. Por ejemplo, se aprueba la condecoración de la República en grado de Gran Cruz y Caballero, que me parece que se otorgó a algunas personalidades amigas de la República. Es anterior y olvidada la actividad de la Junta de Liberación, sobre todo por Prieto en San Francisco, California, donde, es muy curioso, le sirvió de mecanógrafo el hijo del político conservador más adverso a la República española, que es el actual embajador de Colombia en Washington y ha sido candidato a presidente de la República y, sin embargo, por su simpatía personal hacia España y hacia Prieto, con el mayor gusto le sirvió de mecanógrafo, y él le dictaba artículos y notas para conseguir, como consiguieron, la condena del régimen de Franco.

—¿Y en el terreno intelectual, que fue de una gran efervescencia, quedan, a su juicio, datos de interés que no hayan trascendido debidamente?

—Hay muchas cosas. En México, donde se ha estudiado más, incluso algunas cosas no se conocen bien. Pero sobre todo no se conocen bien en España, y empieza poco a poco a hacerse algo pero, claro, el tiempo transcurrido es un gran obstáculo. ¿Qué se sabe en España, por ejemplo, de toda la enorme labor científica hecha por los españoles en la Universidad, en el Colegio Nacional de México y en las editoriales? La industria editorial mexicana da un salto gigantesco: Fondo de Cultura Económica, la Editorial Séneca y otras. Y en Buenos Aires: Editorial Sudamericana, Espasa Calpe, que pone allí también su centro editorial, Losada... En ellas trabajan exiliados españoles, gentes que han llegado de España y crean una industria editorial nueva en la que está el eco de lo que han hecho en España Calpe y la *Revista de Occidente*. Tiene usted el periodismo, donde hay figuras de la importancia de Fabián Vidal, cronista de la primera guerra mundial, que fue fundador de *La Voz*, de Madrid. Después se suicida en México, muy enfermo, y quizá un poco en situación económica difícil, no lo sé. Tiene usted a don Luis Zulueta, que hizo una gran labor de escritor en el periódico *El Tiempo*, de Bogotá, y en las revistas; está Alvarez del Vayo, que incluso residió en Estados Unidos y llegó a ser director del semanario *The Nation*; Luis Araquistáin, otro gran periodista. Está el grupo de periodistas que se van a Buenos Aires, como Fontdevila, Pedro Massa, que todavía figura como corresponsal de *ABC* y vive en Buenos Aires, Alardo Prats Beltrán, Juan Guixé. De manera que el mundo periodístico, en una parte muy considerable, se ha trasladado a América. Zugazagoitia publica su *Historia de la guerra de España*, la escribe en su exilio de París y la publica en Buenos Aires. Al poco tiempo lo apresan, lo trasladan a España, lo condenan a muerte y lo ejecutan; y ahí da prueba de una serenidad y un valor cívico ejemplar. Es detenido por la Gestapo y agentes españoles; el oficial nazi le pregunta sobre su profesión y él dice: “periodista”. Se sonríe el interrogador porque cree que quiere eximirse de cualquier responsabilidad, y Zugazagoitia añade: “Mi oficio es el periodismo; la política para mí no es un oficio. Y yo no me avergüenzo de mi oficio como el señor Hitler se avergüenza de haber sido pintor de brocha gorda”. El traductor lo vierte literalmente y, desde ese momento, lo trataron con más respeto, pero no le sirvió para evitar que lo trajeran a España y lo condenaran a muerte. De los cinco que condenaron, presos esos días, ilegalmente extraídos, ejecutaron a dos: a él y a Cruz Salido, otro gran periodista. Indultaron a Teodomiro Menéndez, a Amós Salvador, tío-abuelo de Boyer, y a Cipriano

Rivas Cherif, el cuñado de Azaña y notable director de teatro. También actores eminentes van al exilio: Margarita Xirgu, Josefina Díaz Artigas, López Lagar, Palacios...

—Con la evolución de los acontecimientos, quizá empieza a barajarse la posibilidad de regresar.

—Pasados los años, sí. Ya cerca de los años sesenta hay algunos que regresan. Yo recuerdo el caso de Antonio Fabra Rivas, una de las figuras importantes del viejo socialismo, muy amigo de Iglesias. Había sido corresponsal de *El Socialista* en París y redactor de *L'Humanité* cuando era un periódico socialista. Fue de los que escucharon los tiros del atentado contra Jaurés, prólogo de la primera guerra mundial, y fue de los que acudieron a ayudar a Jaurés, mortalmente herido. Pues Fabra Rivas era ministro de España en Suiza, y se exilió en Colombia, donde yo lo encontré. El hizo una gran labor como economista y cooperativista. Fue profesor de Economía en la Universidad del Cauca, en Papayán, y organizó una cooperativa de casas, una de ellas donde yo viví en la visita que hice en el 45 a Papayán. Organizó el Instituto de Estudios Cooperativos, relacionó las cooperativas de Colombia con las de Estados Unidos y cuando, avanzada la guerra, los suecos invitan a una misión de periodistas colombianos, del único que hablan es de Fabra Rivas, que era el que conocían por sus conexiones con las cooperativas.

Algunos censuraron a Fabra Rivas por haber vuelto a España, cerca de 1960. Me escribió casi en plan de consulta, supongo que lo haría con otros amigos, y me decía: "Ahora hay dictadura en Venezuela; dictadura por dictadura, aguantaré la propia". Y yo le dije: "Me parece que usted debe ser el juez de sus propios actos y, además, es posible que pueda hacer más labor en España que fuera". Llegó aquí lleno de entusiasmo; era muy amigo de don Cecilio Rodríguez, el famoso jefe de jardines de Madrid. Estuvo unos días en Madrid alojado en casa de don Cecilio (ahora se explicará usted por qué se encontró en los jardines de Cecilio Rodríguez el busto de Pablo Iglesias: porque era simpatizante nuestro, y allí tenía su casa como jardinero mayor de Madrid). Y ahí estuvo alojado Fabra Rivas unos días y se marchó, y visitó a los cooperativistas que eran amigos suyos. Fabra se encontró de pronto con que había un proceso contra él por haber sido masón; le pedían treinta años de prisión. Me escribió con nombre supuesto y yo aproveché que estaba aquí de embajador Guillermo León Valencia, que era de Papayán, donde había vivido Fabra, y publiqué una nota en *El Tiempo* que hice

mandar al embajador. Intervino pidiendo el indulto de Fabra y le conmutaron la pena por tres años de confinamiento donde él eligiera; eligió Tortosa. Luego pidió el pasaporte para salir de España y se lo negaron. Algunos años después, no muchos, recibí de un sobrino suyo la noticia de que había muerto. No fue caso único. Tiene usted, por ejemplo, el caso de Antonio Espina, que estuvo exiliado en México y volvió a España; excelente escritor, uno de los mejores prosistas de la generación del 27. También sucedía que vinieran y se volvieran a marchar, como es el caso de Ramón Gómez de la Serna, que no estaba comprometido políticamente. Lo cierto es que, siendo tan madrileño como él, que casi toda su producción es de tema madrileño, sin embargo prefirió volver a Buenos Aires, y allí murió.

El caso de Eduardo Zamacois, con quien me ocurrió un episodio muy curioso durante la guerra: Zamacois publica en 1938 una novela sobre la guerra (estaba en relación con los anarquistas) y, en algunas páginas, encuentra el Tribunal de Alta Traición y de Espionaje (Tribunal de excepción que surgió para sanción rápida de gentes que se pronunciaran contra las instituciones) agresión o insulto contra la República, dando orden de detención contra el autor. Yo entonces lo leo en el periódico y le digo a Negrín: “¿Pero es posible que hagan esto porque ha publicado una novela? Probablemente tiene influencia anarquista, pero es absurdo pensar que delinque o traiciona. Es un hombre muy conocido y un novelista muy estimado, sobre todo en América”. Y me dice Negrín: “Esto lo arreglo yo”. “¿Cómo? —le digo— Yo no veo más arreglo que procurar el indulto”. “No, no, —me respondió— verá usted cómo lo arreglo yo”. Y llama al jefe de su escolta y le dice: “Vayan ustedes a buscar a Zamacois y me lo traen aquí, de huésped mío en mi residencia”. A Zamacois, cuando cree que van a detenerlo, le dicen muy cortésmente: “está usted invitado por el Presidente del Gobierno”. Y todos los días comía con Negrín. Yo venía a comer muchas veces con ellos, pero aquello era irregular, y se le tramitó el indulto. Hablé yo al fiscal de la República y le dije: “Mire usted, es interesante que lo indulten porque éste es un delito de opinión y, además, es un hombre que, habiendo podido marcharse, está aquí. Está en relación con los anarquistas, pero qué vamos a hacerle”. Se le indulta, y no tenía ninguna gana de marcharse, porque de estar invitado por el Presidente del Gobierno y no tener que ocuparse de alimentación y demás, a tener que ir a pelear con las dificultades de vivir en guerra iba

mucha diferencia. Y ya me dijo Negrín: “Oiga usted, a ver si se va, porque ya está bien”.

Luego, muchos años después, el caso de Duperier es significativo. Era el físico más famoso sobre rayos cósmicos. Vuelve de Inglaterra y no le dejan sacar de la aduana los aparatos de su laboratorio.

—Desde su experiencia personal, ¿el exilio fortalece o debilita?

—Toda experiencia enseña con adversa o con feliz fortuna. En el exilio hay una pérdida tremenda que es, no sólo la de no vivir sobre la propia tierra, sino la pérdida de todas las posibilidades de acción que uno había entrevisto y pensado como camino del vivir. Era natural que yo tuviera ilusiones ideológicas o políticas. Y todo eso se había cortado rigurosamente. Porque, además, el trabajo político no se puede hacer, esencialmente, más que dentro del país. Un novelista, un dramaturgo, un ingeniero, un médico, pueden actuar en cualquier sitio; un político no, a no ser que cambie de nacionalidad.

Afecta a todos los exiliados. Ya ve usted lo que hubiera podido ser Indalecio Prieto como jefe de gobierno en una época normal, con toda su experiencia de parlamentario y gobernante; lo que hubiera podido ser Negrín en una época normal; lo que hubiera podido hacer en una época normal la presidencia de Azaña. Todo eso lo corta el exilio. De manera que, desde la perspectiva de la vida política, la pérdida es completa e irreparable. Hemos sido muy pocos los que hemos podido unirnos después a la vida política española. Y siempre tenemos ese enorme vacío de cuarenta y tantos años de ausencia que no se puede llenar. ¿Cómo voy a conocer yo a los escritores españoles que han surgido estos últimos treinta años como conocía a la generación de 1927? ¿Cómo voy a comparar la manera de comportarse de los expertos, de los técnicos de 1935, con la manera de hacer de hoy, con avances inmensos en la técnica? En ese aspecto, lo más que podemos hacer es procurar seguir en todo lo posible la evolución española. Desde el primer momento, en Colombia, alcanzaba las emisoras de la radio de España, y me encontraba con sorpresas tan curiosas como ver el entusiasmo, que me parecía perfectamente falso, de algunas personas por el régimen imperante, censores de sus antiguos correligionarios. Me explicaba ese dolor. Un día me entero por causalidad que el que se consideraba heredero doctrinario y político de don Francisco Pi y Margall, don Manuel Hilario Ayuso, había muerto reconciliado con

el catolicismo y poco menos que en olor de santidad. Y en un boletín del Ministerio del Estado, que curiosamente dirigía no un diplomático ni un periodista sino un religioso dominico, el padre García Figar, aparecieron unos legados que había hecho en su testamento don Manuel Hilario Ayuso de premio a estudiantes destacados por su piedad religiosa, si no recuerdo mal. Hilario Ayuso era un laicista, un agnóstico, un hombre de una gran simpatía personal y un federalista integral que había popularizado el saludo “Salud y República federal”. Un día, el general Primo de Rivera lo llamó a su despacho y cuando él iba a saludar diciendo: “Salud...”, le corta Primo de Rivera: “...y República federal, ya lo sé, siéntese usted, que tenemos que hablar”. De manera que tuve la natural sorpresa. Y en muchos, uno se explica que, no ya por el deseo de salvar la vida, sino por no desarraigarse de España, prefieran adaptarse, pero hay grados de adaptación distintos; hay una actitud decorosa, discreta, y hay una actitud como la de Ramón Pérez de Ayala, uno de los mejores prosistas castellanos, que mientras la República lo nombra embajador en Londres, una de las tres grandes embajadas de España, con París y Washington, Franco lo nombra modestamente agregado cultural de la embajada de España en Buenos Aires, y acepta, pasando a esa posición secundaria un antiguo embajador de la República, tomando esa limosna del enemigo de la República que le ha hecho a él embajador. Son cosas humanas que hay que perdonar, o no perdonar; después de todo yo no tengo derecho a juzgar a Pérez de Ayala, pero políticamente no me gustó su actitud. Hay casos de una gran consecuencia. López Oliván era uno de los mejores diplomáticos españoles, un gran profesional, era secretario del Tribunal de La Haya y permaneció fiel a la República. Y el padre del actual embajador de España en Colombia, García Miranda, era un diplomático profesional, casado con una hija de Natalio Rivas, un político importante, liberal, que aceptó a Franco y le dio coba ya viejo. Quizá lo trataron mal en Granada. Bueno, pues García Miranda fue leal a la República. Y hubo, en cambio, colaboradores cercanos a los ministros republicanos que se adaptaron con cierta flexibilidad, quizá excesiva, al régimen nuevo. Como el caso del diplomático Agramonte. Escribió un libro que se titulaba más o menos *A veces el frac aprieta*, quizá para indicar lo incómoda que es a veces la gestión diplomática. El habló con elogio de Lerroux, que depositó en él su confianza como subsecretario, pero luego aceptó, como el propio Lerroux aceptó también, el régimen de Franco, aunque de hecho tuvo que vivir en el exilio.

Y no aprovechó Franco a ninguno de aquéllos que habían estado enfrente de la izquierda, de la República. Por ejemplo, acabó por chocar con Gil Robles, y no le guardaba amistad aunque Gil Robles lo hizo a él Jefe del Estado Mayor, o Subsecretario de Guerra, siendo él ministro de la Guerra. Volviendo a la incorporación al sistema, cabía la honesta distancia, por ejemplo, en el caso de Dámaso Alonso, que había luchado en el Ejército de la República. No era un político. Permaneció fiel a sus ideas. Siguió en la Academia Española y ha salvado una gran tradición literaria. Evidentemente, desde el punto de vista de la continuidad intelectual y cultural de España, la guerra y la postguerra han sido un golpe tremendo. Lo que pasa es que el tiempo va serenando las cosas. De la actitud inicial de los escritores del régimen a la actitud de cuarenta años después hay un mundo. Por ejemplo, Herrera Oria, un jesuita hermano, creo, de Angel Herrera Oria, publicó una historia de la pedagogía española en el año 40, donde hablaba horrorosamente de la Institución Libre de Enseñanza, y venía a decir que don Luis de Zulueta, director del Instituto-Escuela que ha sido el modelo de la reforma que se debió intentar en la segunda enseñanza, era el anticristo, cuando era un espíritu profundamente religioso aunque no dogmático. Pues así se escribía. La misma historia del señor Pérez Bustamante, historiador de prestigio, en la parte relativa a la época reciente es de una parcialidad tremenda. En cambio, se olvidó al mejor historiador español de la época, don Rafael Altamira, que escribió en México un precioso manual de la historia de España que aquí se desconoce.

De manera que hubo un enorme empobrecimiento en España para lo que era el proyecto de vida de los españoles en el exilio, pero que se compensa en muchos porque sus actividades profesionales son nuevas y les permiten realizar una labor importante. Algunos no lo hubieran podido hacer en España. Ferrater Mora, que ha hecho una gran labor en el exilio, ¿la hubiera podido hacer en España? No lo sé. Su fundamental *Diccionario de Filosofía* lo ha hecho en América. La obra de Francisco Ayala o la mayor parte de la obra de Casona como dramaturgo está hecha en América. ¿Qué hubieran sido en España? Eso no se sabe, lo natural es que se hubieran encontrado mejor aquí que allí, pero a todo hay que adaptarse, y eso no es tan fácil. En cambio, hay dramaturgos que trabajan y sufren y no tienen fortuna cuando no están en su país, como es el caso de Max Aub, que ha dejado una obra que apenas se ha estrenado en México y aquí es casi desconocida, aunque se ha publicado. El caso

de Jacinto Grau, un dramaturgo de una gran originalidad que tuvo algún puesto republicano como diplomático. Murió en el exilio y sus obras apenas las interpretaba alguna compañía en la América española; la de Meliá-Cebrián representaba *El señor de Pigmalion*, de Grau. El destierro siempre tiene un tremendo problema que es el desarraigo de la propia tierra y el cambiar el proyecto de vida personal.

—¿Cómo se percibe desde el exilio la contestación interior que empieza a surgir en España con cierta eficacia en los años setenta?

—Se vive con atención y con esperanza, pero claro, ha pasado demasiado tiempo y se ha producido un alejamiento tal de conocimiento y de comprensión que quizá no apreciamos todos sus valores. A mí personalmente me parecían un poco artificiales estas fórmulas de la Platajunta, con elementos políticos nuevos, cuya fuerza yo no podía conocer, y que muchos de ellos, en la práctica, han demostrado que no tenían verdadero asidero en la opinión pública nacional. Lo seguí con atención pero con cierto escepticismo. Por ejemplo, toda la actividad de Calvo Serer. Qué duda cabe de que se movió mucho. Estuvo en Colombia y yo le invité a comer, quería ir a México y me pidió una carta de presentación para Prieto. Yo se la ofrecí y, al día siguiente, me llamó para que no se la hiciera porque la embajada en México le había negado la visa. Después fue y probablemente se entrevistó con él pero, detrás, ¿había posibilidades? Si incluso yo no sabía lo que había detrás del Partido Socialista que llamábamos renovado, porque no conocía a ninguna de las figuras. Eran enteramente nuevas para mí. Yo conocía a Llopis, a nuestro paisano Ovidio Salcedo, a Víctor Salazar, a Anastasio de Gracia, pero claro, yo no podía tener la misma confianza en gente nueva desconocida para mí. Y cuando recibo una carta de ellos con una firma que desconozco, tengo que estar con los compañeros que conozco y que han mantenido una secuencia desde 1939. Cuando regreso me pongo inmediatamente en relación con ellos, con Ovidio Salcedo, con Miguel Muíño sobre todo, que pertenecía a la tendencia besteirista, con Víctor Salazar, que había sido secretario de Prieto.

—¿Hasta qué punto el asesinato de Carrero Blanco se recibió entre los exiliados como una señal de posibles cambios?

—No. Yo la valoración que hago es que Carrero significaba una adhesión más o menos incondicional a Franco. Pero Carrero

significaba también un poder vigoroso del Opus Dei, y el Opus Dei tenía matices menos implacables porque en el Opus Dei estaba Carrero, pero estaba también Calvo Serer, adversario del régimen. Ahora, con respecto al asesinato, yo soy enemigo del atentado personal. No le di demasiada importancia política. Más importancia le di al hecho de que, en vez de nombrar a Fernández Miranda sucesor de Carrero, que lo fue inmediatamente como presidente interino, nombraran a Arias Navarro, que me parecía menos abierto, menos flexible que Fernández Miranda. Y en esa visión acerté, porque Fernández Miranda fue el autor del harakiri de la Asamblea franquista. Creo que es una figura interesante y respetable, una de las figuras que han jugado decisivamente en la transición y en la personalidad de Juan Carlos como eje de la transición, que es un método que históricamente tiene singular valor, porque el concepto primario que existía en todo el mundo de que en España habría una “segunda vuelta” lo tenían también algunos de mis compañeros de exilio. Yo no creí nunca en la segunda vuelta de los vencidos convertidos en vencedores. Ni la temía si las potencias aliadas hubieran sido consecuentes con sus programas en 1945. No vi utilidad alguna en la entrada de los guerrilleros. El gobierno de transición con Miguel Maura no pasaba de ser una ingenua esperanza, dada la actitud sajona. Si en el fondo hubieran sido leales a lo que declararon en la carta del Atlántico Norte, el derecho de los pueblos a la autodeterminación, España tendría que haber sido sometida a un plebiscito. Y lejos de eso, lo que hacen es dar petróleo a España, adoptar unas sanciones inocuas e inmediatamente venir con las bases, que significan un contrato leonino, porque Franco no tiene opción, tiene que darles todo lo que pidan, y llega hasta a la vergüenza de aceptar el sistema de capitulaciones que se había conservado en Tánger hasta 1921, según el cual los delitos cometidos por extranjeros no los juzgan las autoridades locales, sino las de su país. De manera que un delito que cometía un marino estadounidense en España pasaba a las autoridades norteamericanas. Eso estaba en las cláusulas de las bases, pero Franco lo cede todo porque significa su conservación.

—Durante el exilio hay otro acontecimiento clave: el Congreso de Suresnes. ¿Qué recuerda usted de aquel congreso tan decisivo para el futuro del socialismo?

—El primer aspecto que advierto en Suresnes, ya con cierta perspectiva, es la inevitable separación entre el socialismo del exilio, que se ha quedado en 1939, y el socialismo del interior, que ha evolu-

cionado con el país, por mucho esfuerzo que haya hecho el socialismo en el exilio. Yo, por mi parte, procuré estar atento a todas las realidades españolas. Vivir fuera de la propia tierra produce una falta de sincronismo inevitable. Luego estaba la sustitución generacional. El exilio nos había aviejado a todos, pero muchísimo, porque el destierro ha sido muy prolongado. Si en los pequeños exilios del siglo XIX se notaba cómo se producía un tremendo alejamiento de generaciones, por ejemplo en los doceañistas en 1833 cuando muere Fernando VII y se reinicia la vida constitucional, que estaban ya envejecidos, imagínese en nosotros.

Eso, por una parte. Por otra, las diferencias ideológicas no eran tan marcadas porque unos y otros habíamos tenido tiempo para la lectura de autores clásicos socialistas. Yo creo que la doctrina marxista se acentuó en el exilio y en España, entre otras cosas porque la imposibilidad material de actuar en la política directamente nos dejaba tiempo para las lecturas. Y se ve en los periódicos del exilio español, y en las primeras manifestaciones de los congresos del partido que llamábamos renovado. Hay una clara afirmación marxista que va atenuándose ante el ir aterrizando del ideal a la realidad.

De manera que esas fueron mis dos primeras observaciones sobre la separación del partido histórico y el renovado, pero yo creo que la fundamental es la primera: el inevitable desfase que produce el destierro y que no se advirtió por Llopis y por todos nosotros, aunque yo siempre pensé que la dirección del Partido había que dejarla aquí, a la España del interior.

—¿Cómo es el final del exilio?

—El acontecimiento clave es la muerte de Franco. Las noticias llegaban por los periódicos cotidianamente sobre su enfermedad, no con el detalle que podían tener en España. Hacía mucho tiempo que había rumores de que la salud de Franco era muy endeble, de que casi era ya una figura fantasmagórica. Unos exageraban, otros no. Pero es evidente que los quebrantos de salud fueron notables y que la última aparición de Franco fue poco menos que la de un espectro.

Es muy curiosa la ocasión que Colombia produce para esa última aparición de Franco en la Plaza de Oriente el 12 de octubre de 1975. El embajador de España en Bogotá, hombre hábil y simpático, había conseguido del presidente de la República colombiana, el joven Alfonso López, que su vicepresidente, Indalecio Liévano

Aguirre, gran amigo mío, historiador muy brillante, viniera aquí representando a Colombia para celebrar el día 12 de octubre, que todavía se llamaba aquí la Fiesta de la Hispanidad, mientras nosotros la llamábamos Fiesta de la Raza. Pero se produce el Proceso de Burgos, las penas de muerte. Y el gobierno insiste en ejecutar algunas. Y se produce tal reacción que el presidente de la República de Colombia dice: “No se puede ir a España”. Y suspende el viaje del vicepresidente Indalecio Liévano. En Madrid se hace aparecer a Franco en la Plaza de Oriente. Franco, o quien influyera en él, decidió limitar el número de fusilamientos pero fusilar. A mi juicio, es evidente que en la selección de unas penas de muerte que no debieron aplicarse a nadie late la tradición terrorista del poder público que se instaura en 1939. Franco pretende demostrar que es intangible, que su autocracia personal es intangible y que no tolera la menor grieta en su sistema. El cree en su sistema. Hasta dónde lo cree, sinceramente, no lo sé, pero hace todo lo posible para procurar que su sistema perdure, desde luego, hasta su muerte. Dada la técnica política que él había mantenido y que lo había apoyado, no tiene duda que no estaba solo. Para el terrorismo no encontraban otra fórmula que las ejecuciones, pero ya comprendían que no se podía abusar de la pena de muerte. Entonces, limitaron el número de ejecuciones. No conozco con detalle los cargos comparativos ni qué razones sirvieron para tan siniestra selección, pero es evidente también que, en esos años, hay una discriminación racial en las víctimas. Los etarras no olvidan el criterio racial en su fría y siniestra selección de víctimas. Para un vasco muerto, hay cuántos no nacidos en el País Vasco que están asesinando los etarras. Vea usted los apellidos de las víctimas de los etarras en algunos meses como el de mayo de 1985, que fue un mes excepcionalmente cruel.

—Todas estas reflexiones ¿a qué conclusión le llevan?

—Eso me conduce a pensar que Franco comprendía la debilidad de su política en el País Vasco, pero comprendía que no podía mostrarse débil. El se mostraba débil con quien era fuerte. La Iglesia era fuerte y él se muestra débil con la Iglesia, así ocurrió con el episodio de Añoveros. Añoveros vence a Franco. Franco ha deshecho el liberalismo y el socialismo en el País Vasco, que eran las fuerzas que equilibraban el influjo nacionalista vasco, cuyo origen es derechista, carlista, con Sabino Arana. Al perseguir Franco a los liberales, socialistas y republicanos deja como

única fuerza que puede manifestarse a la fuerza nacionalista, más o menos expresada pero virtual en manifestaciones eclesiásticas. Y así como en Cataluña los adversarios al régimen buscan el apoyo de Montserrat, y hay una pugna política, que no sé si ya acaban por llegar a Roma, lo cierto es que Montserrat sirvió de amparo a los adversarios de Franco. Pero eso fue más en el País Vasco. Nunca había habido, que yo sepa, misas en vasco en las ciudades, hasta la época de Franco. Y es evidente que tiene que transigir con los nacionalistas. Sin embargo, ellos son los que mantienen y ayudan, y no sólo ellos; la izquierda también ayuda porque está contra Franco. Ahí se produce, junto a ETA, una unión circunstancial de grupos políticos distintos. No hay antipatía hacia la ETA porque están combatiendo a Franco. Probablemente el atentado contra Carrero Blanco no debió indignar mucho a la gente de izquierdas, pero era evidente que este método, como tal, era tan peligroso que después se ha convertido en instrumento contra la propia democracia, y ya no sabemos a quién sirve, si al nacionalismo a ultranza o a la regresión autocrática, que es lo que yo me temo. Yo creo que hay agentes dobles en los de ETA y en los anteriores grupos terroristas.

—El terrorismo parece, hoy por hoy, difícil de controlar.

—Eso puede conducir a la debilidad del régimen democrático, si no se logra, con mayor o menor paciencia, acabar con él. Hoy es muy difícil. Un país que tiene el genio de la política y del pragmatismo, como es Inglaterra, no ha podido con el terrorismo irlandés, y lleva muchos años. Pero claro, el terrorismo irlandés tiene detrás de sí toda una historia de persecuciones y de división maquiavélica del país por Cronwell. Sin embargo, el nacionalismo vasco es una cosa nueva. Por mucho que digan, es una evolución del carlismo que se inicia a finales del siglo XIX, y que es compatible con los privilegios que supone la existencia del concierto económico, que Franco admite para Alava y Navarra y lo rechaza para Vizcaya y Guipúzcoa. Y asegura un sistema que ya tiene arraigo, pero que implica una desigualdad tributaria indudable.

—Retomando el hilo en el que se divisaba el final del exilio, ¿cuándo y cómo se produce la decisión de regresar a España?

—Veo que el régimen de Franco tiene que terminar. Creo que va a terminar con su muerte, no antes. Y cuando veo las primeras leyes del decreto de indulto general y demás, me decido a venir a España. Incluso, por uno de aquellos decretos, me permiten solicitar mi retiro, la jubilación en los puestos ganados por oposición, y acudo

a ello. En la propia embajada presento una instancia para reconocimiento de mi derecho, que sería la base económica de mi residencia en España, como lo fue, en efecto. Y por otra parte, me parecía que los exiliados teníamos el deber, y desde luego el derecho, de contribuir a la reconstrucción democrática del país. No porque el país nos exigiera nada, sino porque teníamos el deber de ofrecernos. No habíamos perdido nuestro derecho a la estimación y a la libertad en España por estar en el exilio. Coincide, además, que yo me jubilo como profesor. Tengo ya en 1975 setenta años. De manera que ya está bien para jubilarse. Hubiera podido seguir de profesor en Colombia, sin embargo, decido que mi tarea allí se ha cumplido. He defendido mis ideas, he procurado trabajar para el conocimiento de España, por el nombre de los valores españoles, y ahora me corresponde cumplir la ilusión de regresar. Salgo con esa ilusión en 1939, no tengo entonces más que treinta y cuatro años, y calculo que podré vivir lo suficiente para regresar. No creí yo que el exilio iba a durar tanto tiempo. Con la misma ilusión, aumentada si cabe, regreso.





*Sobre estas líneas, Daniel Prat,
padre de José Prat.
A la derecha, en compañía del
Doctor Eduardo Santos,
ex presidente de Colombia (1951).
Abajo, grupo de abogados de
Bogotá en un homenaje ofrecido
a Luis Jiménez de Asúa.*



Abajo, grupo de republicanos en el exilio. De izquierda a derecha, José María España, ex consejero de la Generalidad; Rafael Oreña, ex embajador de España en Colombia; señora de España; Carlos Fernández Shaw, hijo del autor de "La Revoltosa"; Félix Gordón Ordás, presidente de la República en el exilio; y José Prat. A la derecha, campeonato de ajedrez celebrado en el Círculo de Periodistas de Bogotá, en el que José Prat obtuvo el premio a la partida ganada en menos tiempo.





Orta universitaria realizada siendo José Prat catedrático en Colombia (tercero por la izquierda de la segunda fila).



Arriba, mesa presidencial de un 14 de abril en el exilio, con asistencia de Jiménez de Asúa. Bajo estas líneas, José Prat, junto a su hermano Ignacio y Genaro Sanz, secretario de Julián Zugazagoitia.





Sobre estas líneas, Prat (primero por la derecha), con la Delegación de la ONU en la Conferencia Panamericana (Bogotá, 1948). A la izquierda, junto a su hermano Ignacio (Colombia, 1961). En la foto superior de la página siguiente, conversando con una actriz durante su época de crítico teatral en Colombia. En la inferior comida de parlamentarios socialistas asistentes a la reunión de las Cortes Republicanas en el exilio (1945). Preside Indalecio Prieto; están presentes, entre otros, Trifón Gómez, Fernando de los Ríos y José Prat.





A la izquierda, dando clase en Bogotá. Abajo, comiendo en compañía de los albacetenses exiliados en México (15 de noviembre de 1945); entre otros comensales, se encuentran Eleazar Huerta, Adolfo Pérez Mota, Manuel Arcos, Maximiliano Martínez, Juan Valero, Alejandro Carrillo y José Prat.





Retrato tras llegar a Bogotá (1931).



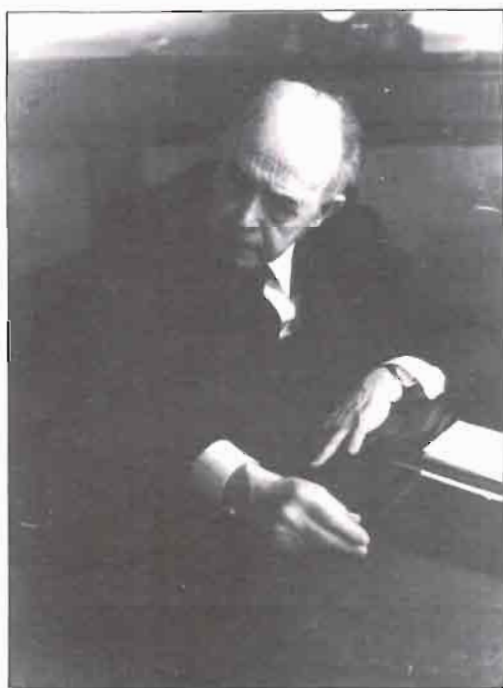
Junto a Andrés Segovia, el periodista español Retama y Gil Tovar, en un concierto celebrado el 13 de abril de 1953 en el Teatro Colón de Bogotá.



Con Carlos Lemos en el camerino, tras una representación de "Los intereses creados" a cargo de la Compañía Lope de Vega (Colombia, 1950).



En Albacete, el 31 de marzo de 1979, durante la campaña de las elecciones municipales, acompañado de su esposa Ramona y de los compañeros socialistas José Esparcia, Serapio Valiente y Francisco Delgado. A la derecha, en una sala del Senado.





A la puerta del despacho del Grupo Socialista, en el Senado (1985)





En la página anterior, arriba, José Prat junto a Andrés Gómez Flores, autor de este libro, durante su primera conferencia de prensa tras regresar del exilio. (Albacete, octubre de 1976). Abajo, en el despacho de su casa en Madrid. Foto superior, tras recibir la Medalla de Oro de Honor y Gratitud de la Provincia que le concedió la Diputación de Albacete. (diciembre de 1984).



En el Paseo de la Libertad de Albacete, junto a su nieta Pilar, José Jerez y José Esparcia.



En el Senado, ante el retrato de Romanones.



En la madrileña Plaza de Oriente, subiendo al autobús que suele conducirlo desde el Senado hasta su casa.



José Prat en el Ayuntamiento de Albacete.

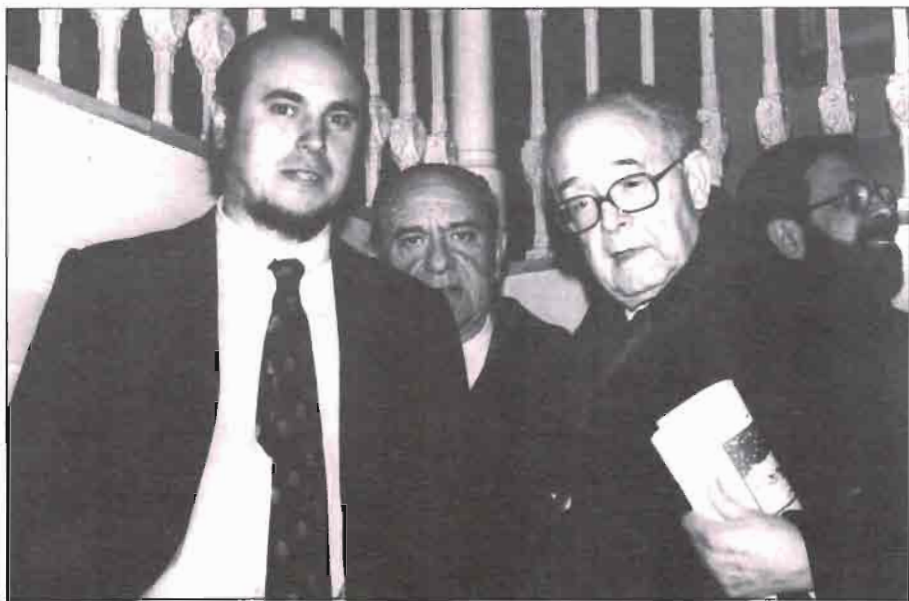


A la izquierda, en una visita al Ayuntamiento de Albacete. Abajo, con el alcalde de Albacete, José Jerez, y Francisco Sanmiguel, un viejo compañero socialista.





En el despacho del Grupo Socialista del Senado, revisando la correspondencia.



En la foto de arriba de la página anterior, en el Senado, durante el transcurso de las conversaciones que se recogen en este libro. Abajo, junto a Andrés Gómez Flores y el presidente de la Diputación de Albacete, Juan Francisco Fernández, en una visita al Palacio Provincial (diciembre de 1984). En esta página, a la derecha, ante la puerta del Senado. Abajo, junto a José Jerez en el Ayuntamiento de Albacete.





Arriba, José Prat, primero por la derecha, en el entierro del general Lukasc. El primero por la izquierda es Alvarez del Vayo; en el centro, Negrín, con traje blanco; a su izquierda, Indalecio Prieto, Hernández y el coronel Rojo. Bajo estas líneas, Juan Francisco Fernández, Presidente de la Diputación de Albacete; Juan Gómez Tomás, diputado regional, y José Prat en el Centro Cultural "La Asunción".



El rapto de Iberoamérica

*Los teatros de choque, las esferas de influencia/
El proyecto de Unión Iberoamericana/Si no se
puede pagar, no se paga/ El capital moral/ Medio
milenio de una creación con aspectos espléndidos
y durísimos/ Colón en su propio ambiente/ El
paranóico Bartolomé de las Casas/ Los restos de
la tiranía española/ La insensatez, incapacidad y
deslealtad de Fernando VII/ La descuidada
diplomacia con Suramérica/ La gran proyección
histórica de España.*

—Iberoamérica, que tan amablemente le ha acogido a usted durante treinta y siete años, es hoy una de sus grandes pasiones. Quizá Iberoamérica es también hoy, por razones políticas y económicas, uno de esos ejemplos de lo que la prensa denomina a veces “un polvorín”. ¿Cree usted que Iberoamérica corre riesgo de ser “dinamitada”?

—Bueno, vamos un poco por partes. Iberoamérica vive un momento de indudable crisis e inestabilidad, pero nótese que no es un fenómeno privativo de Hispanoamérica. Tenemos todo un continente como el africano en ebullición. Tenemos problemas en inmensos países como la India, que es el segundo país en población del mundo y que tiene enormes problemas políticos, sociales, económicos. Tenemos los problemas de los sistemas políticos de una gran parte del mundo, el mundo comunista, en los que hay una organización de Estado extraordinariamente férrea que ha mantenido y mantiene una estabilidad indudable pero que no resuelve muchas de las aspiraciones naturales a la libertad individual, que prevalecen en otras culturas.

Dentro de la relatividad de los juicios, es evidente que hay, sobre todo a lo largo de los Andes, en Colombia, Ecuador, Perú, Chile, una situación de inquietud que está caracterizada por la existencia de guerrillas más o menos organizadas y desarrolladas. Los problemas de América son problemas hondos y difíciles. Primero porque la estructura social e ideológica de los países hispanoamericanos es distinta de la de los países sajones. En los países sajones hay una estabilidad que es compatible con concepciones aceptadas. Por ejemplo, es sabido que hay veinte o treinta millones de pordioseros en Estados Unidos sin que esto cree ningún problema: es un país de una población inmensa, de una gran estabilidad y de unas instituciones en las que se reconoce un amplio margen a la libertad individual, pero que no está exento de injusticia ni de desigualdades. En cambio, en los países iberoamericanos hay

problemas de carácter social indudable, dados sobre todo por el ansia de reformas por razones económicas, sociales y culturales. Y también por la pugna, una pugna de dos superpotencias que tienen sus teatros de choque en muchos sitios, por ejemplo en Afganistán. Pero está también en Nicaragua, en El Salvador y, hasta cierto punto, está en algunos movimientos guerrilleros de Colombia, y en el Sendero Luminoso, del Perú.

Esto no quiere decir que hayamos de señalar como causa fundamental de esta inquietud político-social la pugna de estas dos grandes potencias; lo que no tiene duda es que, por ejemplo, el fenómeno de la revolución cubana, que tiene su explicación interna, tiene su complemento en el apoyo ruso. Pensar que sin el apoyo ruso hubiera podido sostenerse Fidel Castro es un imposible político e histórico. Quiero decir que debemos estimar los factores para juzgar la situación de estos países. Son naciones de una riqueza natural grande, pero no han tenido el desarrollo industrial y técnico que han tenido los países sajones. Esto se paga, en el sentido de que son productores de primeras materias pero no se benefician de las ventajas de los países industrializados y, por consiguiente, tienen un nivel de vida infinitamente inferior. Contra esta situación se ha luchado a lo largo de los siglos XIX y XX, pero se han seguido otros métodos, tales como el proteccionismo industrial para favorecer la entrada de industrias mediante algunos modestos ensayos de reforma agraria, o la aceptación del capital extranjero para la explotación de las primeras materias. Pero el hecho es, y en esto existe bastante analogía con nosotros, que la gran parte del capital que ha puesto en marcha esta riqueza es de origen extranjero. Ante la situación de lamentable desigualdad cabían dos caminos para la transformación. Yo he vivido los dos caminos. Un camino consistía en la movilización de los recursos propios con el apoyo de una política que llamó Roosevelt la política del buen vecino y que llamó Kennedy la política de la alianza para el progreso. Estas políticas tenían, de buena fe, el propósito de desarrollar la economía de los países hispanoamericanos, naturalmente sin perder la influencia económica de Estados Unidos en ellos. Por lo que sea, esta política se interrumpió, sobre todo a partir de la aparición del fenómeno cubano, y a partir de entonces la lucha social alcanzó unos momentos dramáticos en forma de guerrillas. De suerte que hay dos realidades: una, la realidad interior que reclama cambios sociales; y la otra segunda, la realidad exterior, que es una pugna mundial entre el capitalismo y el comunismo.

¿Qué podían hacer estos países? Podían hacer lo que ha hecho Costa Rica, por ejemplo, lo que en parte están haciendo Colombia y Venezuela, lo que hace México: una política progresista dentro de las posibilidades reales, con contención rigurosa de la influencia comunista y una aceptación, pero amistosa y pactada, de la influencia norteamericana.

¿Qué es lo que más conviene a los países suramericanos? A mi modo de ver, la política más inteligente es la que yo observé en los liberales progresistas de Colombia representados por el presidente Eduardo Santos, que fue un gran amigo mío y que nos recibió muy cordialmente en Colombia, de donde fue presidente del año 38 al 42. Su política se puede definir así: primero, actitud de amistad decorosa con EE.UU., segundo, afirmación política democrática, y tercero, desarrollo de las fuentes de riqueza interiores mediante el fomento de aquellas bases más caras. Por ejemplo, el café. A él se debe el pacto internacional del café, que sostuvo los precios, el fomento de la Federación Nacional de Cafeteros, una especie de gran cooperativa que permite un desarrollo y una comercialización ejemplares del café, con una flota mercante propia y almacenajes propios, con una política capitalista reformista que ha permitido también a México un evidente desarrollo en estos años. Sin que yo diga que el sistema administrativo de ninguno de estos países es perfecto, tampoco lo es el sistema norteamericano. Lo que sí me parece peligroso y contra-productivo es la tentativa comunista de llevar la revolución a los países suramericanos. El hecho de que se haya consolidado la revolución cubana demuestra que los principios internacionales de la no intervención y el respeto a la voluntad de cada país se incumplen, porque no es la política que ha seguido Rusia, por ejemplo, en Checoslovaquia.

Ahora, ¿vale lo que cuesta?, ¿vale el coste de una revolución como la cubana, con las privaciones de libertad, el descenso del nivel de vida, el enorme desgaste que supone el exilio?, ¿es preferible ese sistema al sistema de la evolución progresista que defendió, por ejemplo, Eduardo Santos y que puede contar con la simpatía de una potencia como los Estados Unidos? Yo creo que el progreso de estos países, aparentemente más lento, es más seguro mediante una política de reforma social continuada, es decir, una política social democrática que se está apuntando, dentro de sus peculiaridades, en Colombia o en Venezuela y que tiene en México bastante desarrollo. En suma, es un error llevar la revolución comunista a Suramérica. Es

deseable una posición como la de la política representada por los partidos liberales reformistas.

—Quizá entonces el caso de Nicaragua merezca una opinión aparte.

—El caso de Nicaragua es evidente que puede correr el riesgo cubano. Nicaragua está bajo la influencia comunista y buscando también cierto equilibrio en los países democráticos. De consolidarse, podría significar un avance de la posición comunista en América. Por lo demás, es evidente que desde Postdam para acá hay una división de esferas de influencia en el mundo. Y, en general, EE.UU. debe considerar como su esfera de influencia a toda América, lo mismo que hace Rusia en la parte de Europa oriental. Ahora bien, hay pugnas de frontera. Así como EE.UU. está estimulando el movimiento de Polonia, los rusos tienen como punta de lanza contra EE.UU. el régimen cubano. El sistema de las esferas de influencia es peligroso, pero es un sistema que está vigente y que no es tan fácil de romper. Yo, personalmente, creo que si se unieran los países iberoamericanos podrían conseguir entre sí una mayor autonomía, afirmando su personalidad y discutiendo con una cierta seguridad a Rusia y a EE.UU. Esa es una de las razones de mi concepción de la Unión Iberoamericana. Pero mientras no logremos la unión de estos países, que puede incluir a Portugal y a España junto a todas las repúblicas suramericanas, estaremos siempre bajo esta constante presión de las dos potencias.

—La solución ofrecida por Fidel Castro para la deuda exterior ¿le parece a usted aceptable?

—Yo creo que debe pactarse. Me parece más inteligente la posición del Perú o de Argentina, que están negociando. Hay un hecho evidente: si no pueden pagarla no la van a pagar. Y desde hace muchos años no se puede apelar a una acción coercitiva para el cobro, por lo menos, directa. Es evidente que no se puede prescindir de la aportación del capitalismo norteamericano. Sus poderes son grandes, y el remedio puede ser peor que la enfermedad. No he estudiado a fondo el problema de la deuda exterior ni soy economista, pero creo, primero: si no se puede pagar, no hay quien pague; segundo: es mejor encontrar fórmulas de arreglo; y tercero: hay que saber si el prescindir del capital norteamericano dificultará mucho la reconstrucción de estos países. Porque, ¿de dónde lo van a traer? Rusia no puede darles capital, lo único que puede dar son soluciones de tipo comunista, pero no se resuelve con ello más que un nivel

medio-bajo y no el progreso económico. Para aumentar el nivel de vida es menester un capital que haga poner en marcha nuevas fuentes de riqueza, y el capital no lo tienen más que los norteamericanos. Ahora, si las soluciones del Fondo Monetario Internacional son incomprensivas, no se podrán cumplir. Y la negociación tendrá que partir de ese hecho; no podrán nunca los acreedores exigir lo que no se puede cobrar. Es que el Plan Marshall, que nadie se acuerda de él, aparentemente era asombroso: ¿cómo los vencedores tienen que regalar dinero a los vencidos? Y eso hizo EE.UU. Y la reconstrucción alemana, la francesa y la japonesa ocurren gracias a la aportación del Plan Marshall. Y los vencedores, en vez de cobrar como habían cobrado siempre, en indemnizaciones de guerra, tienen que pagar la reconstrucción industrial de aquellos países porque, si no, la crisis internacional se extiende y alcanza a todos. El resultado es que, ahora, Japón, protegido por EE.UU., es un gran competidor, aunque, claro, hay mucho capital americano metido allí que también se beneficia. Hay un hecho evidente, y en eso Marx tenía razón: la internacionalización del capital, las multinacionales, que confirman un poco, o un mucho, las tesis de Marx sobre el carácter internacional del capitalismo. Pero lo cierto es que, si no hubiera sido por las aportaciones del Plan Marshall, la miseria de Europa y sus consecuencias hubieran sido terribles.

Ahora estamos en la otra fase, en la contrapartida. Los Estados Unidos tendrán que hacer una política más prudente en los países suramericanos porque, en definitiva, los países vivirán pobres pero, con las primeras materias que producen, se vive. La situación es débil y puede llevar a la quiebra. Si un banco ha prestado tanto a deudores que no le pagan, el banco quiebra y eso puede ocurrirles, en teoría, a los grandes bancos norteamericanos. No pueden apretar los tornillos de tal manera que no haya con qué pagarles. De manera que yo creo que tiene solución. Ahora, la solución que recaban los Estados Unidos es a base del sacrificio de los trabajadores, y ahí es donde tendrán que negociar soluciones más humanas.

—De manera que, ante el quinto centenario del descubrimiento, Iberoamérica se encuentra en un delicado momento. ¿En qué condiciones cree usted que estarán esos países cuando llegue el año 1992?

—No me atrevo a hacer profecías y no niego las dificultades que hay para la realización de un plan ambicioso, porque nosotros

tenemos la dificultad de que somos un país sin reservas de capital pero, en cambio, sí podemos llegar a soluciones de cooperación inteligentes y oportunas. Comprendo las dificultades, la primera es que no tenemos los recursos de capital que serían deseables. Nuestro capital, en cierto modo, es un capital moral, pero también pesa mucho eso en la opinión pública internacional y en las realidades de los países. Por ejemplo, México, con todas sus dificultades económicas, agravadas por el desastre del seísmo, puede sin embargo nacionalizar sus petróleos y hacerse respetar por EE.UU. y por la propia Inglaterra, que rompió relaciones diplomáticas. No es menester llegar a esas soluciones pero, si se consiguen medidas discutidas internamente para asegurar una actitud más comprensiva del Banco Interamericano, se logra el suministro de nuevos préstamos en condiciones tolerables y acentuamos la cooperación económica interior en la parte complementaria; yo creo que se puede avanzar bastante en estos años.

El hecho no es de ahora. En las Naciones Unidas se constituyó la C.E.P.A.L., Comisión Económica para América Latina, en la que se vieron las posibilidades de cooperación mutua. Si eso se podía hacer hace veinticinco años, por los años 46, 47, 50, con más razón se puede hacer ahora cuando, además, a la CEE le interesa el acceso a las primeras materias suramericanas y el acceso a sus mercados. Se abren unas posibilidades muy grandes de la comunidad europea con la iberoamericana. Si nosotros fuéramos un país capitalista, sería el momento de apoyo al surgimiento de la solidez económica de esos países. Yo creo que uno de los aspectos positivos que puede tener el ingreso de España en la Comunidad Económica Europea es favorecer esta corriente, que ya existía, de colaboración económica entre Iberoamérica y Europa.

Por ejemplo, Europa es consumidora de café y necesita importar; nosotros tenemos una balanza deficitaria con Colombia... España podía servir de base para líneas de navegación internacionales. Existe la flota Gran Colombiana, formada por Colombia y Ecuador, que le permite exportar su café en sus propios barcos; podíamos pensar en la formación de compañías aéreas, fomento de la industria del libro, que ya está en marcha, concesiones de obras públicas, donde ahora estamos en actitud competitiva con Alemania, con Italia, con Francia; podía hacerse algo más coordinado entre Europa e Iberoamérica, de lo que nosotros podíamos ser promotores. A la Comunidad Europea le interesa no dejar el mercado de Iberoamérica sólo en manos de EE.UU.

—En otro asunto, también relacionado con Iberoamérica, ¿cómo asiste usted a esa pugna entre España e Italia por protagonizar los actos del V Centenario?

—Lo sorprendente es que ahora nos demos cuenta de eso. Eso pasa desde que Estados Unidos e Iberoamérica tienen importancia política. Y, sobre todo, pasó en el IV Centenario que se celebró, claro, en 1892. Siempre Italia ha aprovechado el hecho de que Colón fuera genovés, según todos los indicios. Y le ha favorecido también en su posición la simpatía que despertó siempre Italia como país de tradiciones artísticas. Por ejemplo, en el siglo XIX Italia es el país del arte. Y se escribe el famoso libro *Cicerone*, que es un estudio del gran Burckhardt de las ciudades y del arte italiano. Y Castelar se entusiasma con Italia, escribe sus crónicas sobre Italia y funda la Escuela Española de Roma. Italia, además, justamente porque era un país débil, tuvo una enorme riqueza intelectual y artística en el siglo XV y en el XVI, eso no tiene duda. Italia ha tenido fuera de Italia una gran simpatía.

Y por otra parte, España suscitó siempre, por la consecuencia de la pugna entre católicos y protestantes, una tremenda resistencia, un tremendo prejuicio no sólo en los países protestantes sino en países católicos como Francia, que disputaron con España la hegemonía europea. Piense usted que, para los católicos, Felipe II era el campeón del catolicismo, y para los protestantes era el Demonio del Mediodía, y que incluso un autor como Ghelderode, el famoso dramaturgo belga, presenta en *Escorial* un Felipe II perfectamente feroz, arbitrario, inquisitorial, esperpéntico. Ha habido siempre un prejuicio contra España como potencia católica que, por lo demás, ratificaba la actitud muy dogmática de lo que llamábamos antiguamente los neos o ultramontanos, es decir, los católicos a ultranza, que presumían de neo-católicos. Consecuencia de esto es que el hecho importante para la gente culta de Europa y mucha gente de América no es que Colón trabajara con España y el descubrimiento lo hiciera solamente con y por España, sino que fuera italiano. Por eso mi tesis es que el centenario próximo no es el centenario de un descubrimiento, sino el medio milenio de una creación de cinco siglos que tiene aspectos espléndidos y durísimos, pero que ha creado una cultura propia que es la cultura iberoamericana.

Es natural que Italia haya reivindicado el aspecto, positivo para ella, de que Colón fuera genovés. Por lo demás, Génova era una aliada de España y era la ciudad más españolista que había en Italia.

Pero hay otro factor local, a saber: la importancia de la minoría inmigrante de italianos en Estados Unidos, cuyos votos le convenía recoger particularmente al partido demócrata y aun al republicano que, con McKindley, acaba con los últimos restos de los dominios españoles en América, no porque quiera liberar a los cubanos, sino porque han pasado a ocupar un papel importante en el imperalismo mundial y necesitan el dominio de Cuba y Filipinas y el canal de Panamá, que lo construyen a los pocos meses para poder pasar sus flotas del Atlántico al Pacífico.

De manera que tenemos, de una parte, el prejuicio del protestantismo contra el catolicismo y, de otra, la influencia de los italianos como electores en EE.UU. y la poca simpatía que despierta lo católico en el dominio protestante de EE.UU., donde no ha habido más que un presidente católico y lo asesinaron. Eso indica hasta qué punto pesan, por lo que sea, los factores ideológicos, políticos y religiosos. Por ejemplo, mucho más que Francia con Lafayette, España ayuda a las colonias norteamericanas para emanciparse de Inglaterra, entre otras cosas porque no tenía más que mandar sus fuerzas desde La Florida y desde Cuba. Y así lo hizo. Y, sin embargo, los norteamericanos han estado siempre agradecidos a Francia y callan, o apenas recuerdan, la intervención española en la emancipación de las antiguas colonias inglesas. Pero, por otra parte, el mito del rapto de Europa se ha convertido, en la edad moderna, en el rapto de América; todos han tratado de raptar a Iberoamérica. Los franceses, a través de la influencia francesa, que se suponía clave en el siglo XIX; los italianos, a través de Colón; los sajones, por la tradición adquirida en pugna con España. Todo eso justifica el que apenas se sepa en muchos países del área cultural española lo que significa España en la historia del Nuevo Mundo.

Y claro, Colón se convirtió así en una figura que no tiene nada que ver con España; es más, la leyenda romántica hace de Colón una víctima de los Reyes y de España. Se dice que muere en la miseria en Valladolid y que prescinde de él, en absoluto, Fernando el Católico. No es exacto. En eso somos culpables también nosotros en parte. Considerábamos que todo se debía a Isabel la Católica porque eso va muy bien con el romanticismo, lo de las joyas de Isabel la Católica va magnífico. Lo que pasa es que, a mi juicio, ella ya no tenía joyas que empeñar, entre otras cosas, entre otras razones. Y la figura de Fernando el Católico es clave. Primero, no hacía nada la Reina sin contar con la aprobación del Rey, y segundo, era el Rey el que llevaba la política española, y eso desde Europa se nota bien.

Maquiavelo lo advierte, no habla de Isabel, habla de Fernando, que es el que ve las posibilidades prácticas del descubrimiento, lo que no niega el talento político de Isabel y su genialidad, entre otras cosas porque fue hija de una loca y madre de una loca, y entre la locura y el genio hay poca distancia. Todo esto contribuye a que los italianos hayan procurado sacar todo el partido posible. Y son tan inteligentes que, hace poco, vino un senador italiano al que le han traducido un gran libro sobre Colón y me lo hizo mandar en la traducción hecha en Barcelona, a todo lujo. Con una enorme discreción, termina su libro justamente cuando hace el primer viaje Colón. No quiere más complicaciones. Pero claro, hasta ese momento, qué duda cabe de que es un genovés. Y con todo lo genovés que sea, es claro que su obra no tiene sentido si no es por la acción de España. Asombra, además, que una reina que está cerca del genio y un hombre de una intuición política tremenda puedan autorizar la firma de las capitulaciones de Santa Fe, que son unas capitulaciones para un insensato.

Hablan también los italianos de reconstruir las carabelas. La reconstrucción de las carabelas ya se hizo en 1892, y con motivo de la exposición en Sevilla en 1929, por Guillén. A mí me gustaría, por qué no, que los italianos reconstruyeran las carabelas, y que los ingleses reconstruyeran las naves de los piratas y bucaneros y, por qué no, llegar a los normandos, ¿por qué no viajar con sus remos hacia Groenlandia?

Basta leer las crónicas de don Cesáreo Fernández Duro sobre los italianos que publicó en una revista, *La España Moderna*, en 1892, para ver que ya entonces ocurrió lo mismo que ahora. Yo hice fotocopiar esas crónicas, que están aquí en el Senado, para un historiador magnífico, de los pocos que saben de verdad cosas de América y que no hay manera de que lo traigan aquí; está de agregado cultural en la embajada de España en Washington, Javier Malagón.

Y para Estados Unidos, la fiesta del 12 de octubre era una fiesta italiana porque, además, en Nueva York había mucha más influencia de la colonia italiana. Fíjese usted lo que ha significado Marlon Brando, que es de origen italiano, y Rodolfo Valentino, italiano también. Pesan mucho en Suramérica. En Argentina también ha sido muy importante la presencia italiana. Desde el punto de vista intelectual, es claro que la presencia española es más considerable, pero cuando hay influencia francesa en España la hay también en Hispanoamérica y, cuando hay influencia alemana en

España, empieza a haberla en Hispanoamérica. Y ahora, en estos últimos cuarenta o cincuenta años, ha habido una gran influencia norteamericana en Suramérica. ¿Es que no la hay en España? Cojan ustedes la radio, la televisión: si se oye cantar en español se queda uno sorprendido. Hay una tendencia que tiene sus aspectos positivos, tales como la apertura al mundo, muy característica de la tradición española, pero tiene también el riesgo de perder el sentido de la propia personalidad. Piense usted que, en la expedición de Magallanes, el cronista es un italiano. Iban de todas las nacionalidades, y el primero que era un castellano nacionalizado era Magallanes. Y Bacon, el famoso canciller, explica la hegemonía española en el siglo XVI por la facilidad que había en España de aceptar y adaptar a gentes de todos los países. Eso significa que Colón encontró aquí su propio ambiente. Por lo demás, Colón no escribió en italiano jamás, no hay una sola obra, y se ha dudado de que fuera de Génova. Desde luego, si dice que es de España hubiera tenido menos éxito. Contaba con el apoyo de los banqueros genoveses, que tenían mucha importancia, sobre todo en Sevilla, desde el siglo XIV. Había una gran apertura en España al exterior. Por ejemplo, la entrada en Castilla del arte flamenco: mucho antes de Carlos V vienen de Flandes maestros que construyen parte de la catedral de Burgos. Los Siloe son alemanes. España es un país enormemente receptor, por una razón entre otras, por ser el país del Camino de Santiago, porque la Vía de Santiago fue la gran vía internacional de la Edad Media, y se conserva esa tradición. Todavía el sentir de la palabra “franco” equivale a ser libre, a tener privilegios de libertad. Equivalía a ser procedente de Francia por los privilegios que tenían los franceses que se establecían en España al socaire del camino de Santiago. Un país enormemente abierto, tanto en la España cristiana como en la musulmana, entre otras cosas porque aquí fue donde se produjo el choque de estas dos civilizaciones.

—¿Usted cree que el reciente descubrimiento de la peste como causante de la mayoría de las muertes de los indígenas arrojará un poco de serenidad sobre la leyenda negra?

—Pues es uno de los factores que restablecen la verdad. Se sabía que la viruela causó muchísimas muertes. La viruela la llevaron los conquistadores, evidentemente. Y esto es muy posible porque, desde luego, ni la población era tan numerosa como suele decirse ni las matanzas fueron de esa manera, ni muchísimo menos. Hay un

libro al que no se ha querido dar la importancia que tiene, el último libro de Menéndez Pidal, donde hace una crítica implacable de Bartolomé de las Casas y va demostrando hasta qué punto era un paranoico.

—Sus muchos años de residencia en Iberoamérica y su capacidad de observación avalan todas sus opiniones. Por lo tanto, me gustaría oírle decir cómo reciben, desde su punto de vista, los suramericanos todas estas voces diferentes, lejanas y contradictorias.

—Están formados en la educación nacionalista derivada de la independencia. La razón política de ser de estos países es el haberse emancipado de la tiranía española. Entonces, la necesidad de cultivar el sentido nacionalista les hace mantener una tradición de censura contra la colonización. Se da esta contradicción aparente: hablan de la madre patria, son ellos los que hablan de eso y, sin embargo, en muchísimos signos nacionales se habla de la tiranía española. Pero es natural, por ejemplo, nosotros no podemos hablar bien de las fuerzas napoleónicas que invadieron España, sin embargo lo nuestro es más razonable porque la invasión fue inmediata. Lo de América es distinto, porque los que hacen la independencia no son los indígenas sino los criollos, es decir, los descendientes de españoles y mestizos, preferentemente los descendientes casi puros de españoles, porque eran los que tenían el patriciado local, y la independencia fue una lucha oligárquica, fue la lucha de los que mandaban, de la oligarquía interior, frente a la oligarquía burocrática que iba de España. Y hacen lo mismo que aquí con la invasión de Napoleón. Aquí se funda la Junta de Asturias, la de Valencia, la de Sevilla, y ellos crean la Junta de Bogotá, la de Quito, la de Buenos Aires, y todos aceptan la soberanía de Fernando VII, pero recaban el ejercicio propio del poder, como habían hecho las Juntas españolas. Ellos lo que hacen es aplicar en América la misma rebelión que se ha hecho en España, sólo que aquí vienen las Cortes de Cádiz, que tratan de establecer democráticamente el mantenimiento de la monarquía española en ambos mundos, y no ven, prefieren ser cabeza de ratón antes que cola de león. Entonces se dividen y continúan dividiéndose mientras los Estados Unidos, desde modestas colonias inglesas, empiezan a extenderse y se llevan la mitad del territorio de México. Más de la mitad del territorio norteamericano está arrebatado a México después de la independencia. Y los portugueses hacen lo mismo, más hábilmente todavía, con Colombia, con

Venezuela, con Perú, gracias a que tienen una monarquía de ochenta años. Mientras los nuestros se dividen, Colombia se divide en tres países y, luego, un cuarto se separa, Panamá; Guatemala se divide en cinco países; México se deja robar la mitad; todo porque ni allí ni aquí hubo comprensión de lo que hubiera podido ser la Constitución de Cádiz; hubiera podido ser una monarquía enormemente poderosa, capaz de imponer, por lo menos, el respeto a los sajones.

En resumen, no hubo sentido político ni por parte de España ni de América. Los únicos que lo vieron fueron cuatro o seis oradores de las Cortes de Cádiz, que tuvieron que irse al exilio. En cambio, el conde de Aranda, en la época de Carlos III, propone la creación de reinos en América para formar una confederación de reinos independientes. Y Godoy se da cuenta y hace un segundo proyecto un poco más atenuado. Godoy, yo creo que, cuando ve la invasión francesa, imita a los portugueses. Los portugueses se marchan a Brasil, como don Pedro I de Portugal, que allí se queda, y cuando lo llaman, vencido Napoleón, dice: no señor, yo me quedo aquí. Y se queda de emperador de Brasil, y su hijo le sucede y hace un Brasil que, sin guerras, se convierte en la potencia más extensa y poderosa de Suramérica. En cambio, nosotros nos dedicamos a pelear con la insensatez de la incapacidad y la deslealtad de Fernando VII y la incapacidad de sus ministros y sus políticos.

Luego, los grandes independentistas americanos no vieron el peligro. Bolívar se da cuenta cuando ya es tarde, y promueve el Congreso de Panamá en 1826, al que no acuden más que Colombia y México, y a todo lo que aspiraba era a formar una alianza porque temía la reacción de Fernando VII apoyado por las potencias europeas de la Santa Alianza. Inglaterra le dice a la Santa Alianza: aquí no se entra, que hagan lo que quieran en América, no se interviene. Es decir, Inglaterra, que está aliada con España frente a Napoleón, se pone frente a España para impedir la reconquista de América. La consecuencia es que España pierde su categoría de primera potencia en beneficio de Inglaterra y de Francia y, más tarde, de Estados Unidos. La incapacidad política de los hombres de comienzos del XIX es imponente, allí y aquí, a pesar de toda la exaltación de Bolívar, de San Martín, de Sucre, que no es más que patriotismo pequeño.

—¿Cómo ha sido, a lo largo de la historia, la política exterior de España con Iberoamérica, a su juicio?

—Ha sido una política poco sistemática y poco cuidada por el servicio diplomático. Por ejemplo, se tardan muchos años en

regularizar, en algunos casos, las relaciones internacionales después de la independencia. La política seguida por Fernando VII y sus ministros fue extraordinariamente torpe, se negaba a reconocer el hecho de la independencia, y su primera derrota fue en Roma. La diplomacia española trató de evitar el reconocimiento de El Vaticano a las iglesias nacionales y no lo logró. Bien pronto tuvieron que mandar nuncios y reconocer la existencia de países independientes. De manera que, a pesar de todo, se mantuvo una gran influencia de la Iglesia española en las iglesias de América que probablemente aún existe, y ello por varias razones, entre ellas, la tradición misionera —ha habido siempre muchos misioneros españoles en América— y la presencia de frailes y curas españoles allí. Incluso se formó en las iglesias la tendencia prorromana directa, que era de eclesiásticos distinguidos que se formaban en Roma, y la tendencia proespañola, constituida por los eclesiásticos que llegaban de España, casi siempre como monjes, algunos como frailes o como obispos de misiones. De suerte que la independencia no significó una separación eclesiástica. Incluso en algunas órdenes religiosas, las provincias de América siguen formando parte de provincias españolas.

Pero la diplomacia española no sacó beneficio directo de este hecho tan importante, eso era una cosa que hacía la Iglesia por su cuenta. La diplomacia no aprovechó la presencia de eclesiásticos españoles. Sobre todo a partir de mediado el siglo XIX, otro de los factores de influencia española fue la emigración, que formó enseguida centros. La insensata guerra de Chile hace que se llame Callao a tantas poblaciones, tantas calles y plazas de España por el heroísmo de Méndez Núñez, que combatió a cañonazos el fuerte de El Callao al negarse éste a rendir honores a la bandera española; el combate quedó en tablas porque se apagaron sus fuegos, pero no pudo ocuparse El Callao por parte de los barcos de Méndez Núñez. Perfectamente absurdo y quijotesco. La Paz se hace porque la ciudad española de beneficencia de El Callao da los primeros pasos para hacer la paz entre unos y otros. Luego, disminuye la emigración española hacia América y se traslada a Europa. Esa política se ha hecho de forma espontánea, claro que había embajadores que la cuidaban, pero si uno se lee *Tirano Banderas*, verá qué retrato hace Valle del embajador español y de la colonia española de los gachupines: está exagerado, es feroz, pero indica hasta qué punto en algunos casos no se prestaba atención a la diplomacia española allí. Incluso se mandaba en los cargos a primerizos, cuyo ideal era venirse a Europa. Valera va de ministro a Venezuela pero luego lo

mandan a Rusia. En general, eran cargos de diplomáticos poco brillantes. En suma, hubo poca atención hasta que, ya en tiempos de Cánovas, se hace una política más inteligente, más coherente con Suramérica. El problema de Cuba fue uno de los factores que políticamente nos distanciaron, porque, claro, las simpatías estaban en favor de los independentistas cubanos, no en favor del gobierno español, aunque aquello significó el comienzo del imperialismo norteamericano. Para Colombia significó la pérdida de Panamá, que se emancipó con apoyo norteamericano para apoderarse del canal que necesitaba para comunicar la flota del Pacífico con la del Atlántico, y que se hizo indispensable después de poseer Filipinas.

Cuando empieza una política más cuidadosa es a fines del siglo pasado con Cánovas, y luego ya va afinándose más. Por ejemplo, Romanones, siendo presidente del Congreso, organizó en 1912 el centenario de las Cortes de Cádiz con una gran asistencia de países iberoamericanos. Ya Santiago Alba hizo que España entrara en la Unión Postal de las Américas en el año 1922 o 1923. Primo de Rivera también prestó alguna atención, mandó a Ramiro de Maeztu de embajador a Buenos Aires. La República hizo más, mandando embajadores de calidad: a Díaz Canedo a Uruguay, a Rodrigo Soriano, a Osorio Gallardo. En fin, en general la política hispanoamericana es ya en este siglo cuando toma mayor consistencia. Se fundó la Unión Iberoamericana por iniciativa de los canovistas, sobre todo del conde Rodríguez Sampedro, pero con intervención de gentes de todas las ideas, y ése fue ya un centro modestamente avivado por el gobierno, que sí se ocupó de la amistad hispanoamericana. Se puede decir que hay una serie de reacciones espontáneas muy considerables, hasta que a fines del siglo ya la diplomacia empieza a actuar de manera más intencionada y consciente.

Otro factor de influencia española fueron los actores, que se van por América a representar obras y mantienen la vigencia del teatro español, el romántico y el post-romántico. El teatro español se sostiene con todo lo que significa la influencia de un teatro esencialmente literario. Algunos fueron actores de una gran calidad, como María Guerrero y Fernando Díaz de Mendoza o Margarita Xirgu, que muere en el exilio, en Buenos Aires. De manera que hay relaciones espontáneas muy considerables y valiosas, más lo que significa la aportación humana de la emigración española.

En estos momentos yo creo que el gobierno hace lo que puede, lo que pasa es que, claro, su mayor preocupación está en el Mercado

Común y en los problemas de la OTAN forzosamente. Hay que atenderlo todo pero, desde antes de ser presidente, Felipe González ha estado viajando por Suramérica y ha mandado a gente de calidad. Yo creo que se está trabajando bastante bien en el orden de la cooperación iberoamericana, incluso en el terreno económico: se procuran concesiones de empresas, se acude a los concursos y, en general, ha habido inversiones muy considerables.

—Fidel Castro, por una parte, y el poeta soviético Evtuchenko, por otra, han venido recientemente a atizar la polémica del descubrimiento actualizándolo con graves acusaciones. ¿Esto le merece alguna reflexión final?

—Fidel Castro ha hecho esto en un momento en el que contesta al gobierno español, al que él ha estado, por ejemplo, mandándole “cohibas” generosamente, y cree que son sus amigos. Cuando ve que aceptan la OTAN tiene que reaccionar de alguna manera.

Lo de Evtuchenko obedece a una fórmula muy característica de la tradición propagandística del comunismo, que es: hasta ahora todo ha sido injusto, somos nosotros los primeros que hacemos una revolución justa en el mundo. Yo he visto la película *Don Quijote*, que está muy bien hecha por Rusia. Es, sin embargo, una adaptación comunista del *Quijote*. Los duques están presentados ahí con el menosprecio y la ironía burda de quien está combatiendo a los príncipes rusos. Presentan a los duques en algunas escenas como si fueran arbitrarios y borrachos príncipes rusos. Pero es natural que ellos hagan una propaganda popularista de carácter bolchevique. Es la tradición del arte al servicio de una idea revolucionaria. Y lo de Evtuchenko obedece, de una parte, a esa tradición y, de otra, a la tradición muy extendida por Europa de la leyenda negra, eso no tiene duda.

—¿Qué significación tiene Iberoamérica para usted, que tanto la ha estudiado y querido? ¿Hay una frase dispuesta siempre en su corazón, quizá?

Para mí, América es la gran proyección histórica de España, y es, sobre todo, el centro de mi descubrimiento de España. Es la presencia de España en la historia universal, la creación conjunta hecha por cinco siglos de uno de los capítulos más considerables de la cultura moderna, sobre todo en los aspectos literario y artístico.

Representa también la posibilidad de afirmación de una personalidad cultural y económica para el futuro. Qué duda cabe de

que una de las grandes literaturas universales es la literatura en castellano. En el orden de la comunidad artística y lingüística, y en el orden político, significa un mutuo apoyo en las relaciones internacionales. Por ejemplo, en la Oficina Internacional de Trabajo, que se fundó en 1919, desde el primer momento se creó un bloque hispanoamericano suscitado, entre otros, por Fabra Rivas, que fue funcionario de la Oficina y diputado a Cortes por Albacete; fue colaborador de Largo Caballero y solía asistir siempre como asesor de los ministros a las reuniones. Desde aquella oficina se seguía una política relativamente común en la aprobación de convenios, en la defensa de los trabajadores del campo, en las jornadas de trabajo, en la formación profesional... toda una ingente actividad, porque ha sido una de las instituciones internacionales más eficaces.

Volver a tierra firme

Recobrar la integridad del sentimiento/ Las tentativas de unidad socialista/ Los ojos de socialistas que miran desde México/ La unión con decoro y sin privilegios/ Las primeras elecciones demuestran que nadie quería nada con los viejos/ Prieto en el centro, Caballero en la izquierda, Besteiro a la derecha/ La recuperación de Gómez Llorente/ Somos menos singulares de lo que nos creemos/ El país tiene bastante de poco previsor.

—Emocionalmente, el regreso supone recobrar la propia continuidad vital, la integridad del sentimiento y del pensamiento; sentirse en tierra firme. Mi primera acción consiste en ponerme en relación con los compañeros del Partido y estimular los trabajos que están haciendo. A los pocos días intervengo en un acto conmemorativo de Julián Besteiro, y todavía la policía está vigilando, nos está oyendo por micrófonos en un automóvil desde fuera. Veo los trabajos que se están haciendo para la reconstrucción del Partido y de UGT, pero los recursos son muy pocos. Me designan presidente del partido “histórico”, emprendo las tentativas de unidad, decidimos presentarnos a las elecciones. Me colocan de cabeza de lista del Congreso como socialista histórico por Madrid. Se había roto la coalición con Cantarero del Castillo, que tenía también un partido con ideas socialistas. Llopis va por Alicante, de senador. Yo creí que Llopis salía y que por lo menos tendríamos un representante, no me hacía ilusiones sobre los demás sitios. Los socialistas de Vitoria, muy optimistas, aseguran que Murillo, nuestro secretario general, va a tener allí suficiente número de votos, y va por Alava. Presentamos candidaturas en algunos otros sitios con muchas dificultades. Se nos limita el número de minutos en la televisión, se nos ponen dificultades en la Junta del Censo para algunos trámites. Pero, de todas maneras, las elecciones se celebran y los electores nos dan un porcentaje de votos muy bajo. Entonces insisto en mi campaña anterior de unificación del Partido Socialista.

— Esa campaña consta exactamente de cinco intentos, ¿cómo fueron?

—Tan pronto como acepté la presidencia del partido “histórico”, propuse a la ejecutiva, y se me aceptó con reticencias, hacer un llamamiento a la unidad de todos los grupos que se llamaban Socialistas, al socialismo renovado, a Convergencia socialista, a los socialdemócratas de Ordóñez y Lasúen. Era 1976 y visitamos los periódicos para dar a conocer esta situación. Algunos publicaron

extractos de la carta, pero nadie llegó a hacerlo íntegramente. En ella sostengo la tesis de que es el gran momento en el ideal socialista, que la gran responsabilidad política de España va a recaer en el Partido Socialista porque es el único partido que tiene tradición histórica, y es el único que mantiene netamente la posición democrática frente a las demás fuerzas del país, y porque la opinión pública, razonablemente, va a bascular hacia un partido que le ofrezca garantías de libertad y de prudencia. Envío la carta y no tengo respuesta de ninguno pero, en fin, es el primer paso.

La segunda tentativa la realizo a través de Manuel Muíño, con el que tengo una gran amistad. Muíño había sido concejal durante la República y diputado a Cortes. El me pone en relación con Ramón Rubial. Me entrevisto con Rubial en un café cerca de donde estaba el Partido, en la calle Santa Engracia, y le hablo de la unidad. El me dice que es mejor esperar el resultado de las elecciones. Le digo que no, porque es preferible aprovechar las elecciones para conseguir con la unidad socialista el efecto, ante la opinión pública, de un partido unido ante esta abundancia de partidos que han surgido y, además, nos beneficiaríamos del prestigio moral del socialismo y podríamos dar la imagen de un partido unido y fuerte. Las cosas no van más allá. La resistencia dentro de la ejecutiva socialista que yo presido es grande. En ella ejercía gran influencia un viejo amigo almanseño, Ovidio Salcedo. Ellos veían con ojos de socialistas que miran desde México y no han comprendido lo que está pasando en España. Entonces, en vista de que no es posible la unidad antes de las elecciones, propongo que se hagan uniones provinciales, y sugiero Ciudad Real, Badajoz...

Estamos ya en el 77 y alguien me consigue una entrevista con Alfonso Guerra; le sugiero la conveniencia de la unidad. El me dice que no tiene inconveniente (dos meses antes se habían convocado las elecciones). Descubro la capacidad de organización de Guerra en un minuto. El me pide datos: ¿cuántos militantes tienen ustedes? ¿en qué provincias les parece que podríamos ir juntos?, etc. Yo le respondo que había pensado en Asturias, Vizcaya, Ciudad Real y Badajoz porque había supervivientes de mi época. Pero no encuentro acogida en mi ejecutiva, y las elecciones se celebran con los resultados que usted conoce. Aprovecho entonces la declaración que hace el Partido convocando a la unión en torno a él y vuelvo a proponer a mi ejecutiva realizar gestiones. Consigo que me autoricen a sondear a la ejecutiva creada en el congreso de diciembre, es decir, a Felipe González y sus compañeros. Voy allí y me encuentro con la sorpresa

de que está la televisión. ¿Qué hago yo? ¿Irme y suspender la conferencia o aguantar la televisión pase lo que pase? Opté por lo segundo porque, aun con aquel medio de publicidad presente, no se podía desaprovechar la coyuntura. Se celebra la entrevista y me sugieren dadas las circunstancias reales, el reconocimiento de la antigüedad en el Partido y plenitud de derechos como socialistas, pero ningún cargo directivo en el Partido. Me parece lógico, porque ellos habían sido elegidos democráticamente. De todas maneras, ofrecían algunos cargos honorarios. Informo de ello a mi ejecutiva y me encuentro con la sorpresa de que, sin decirme nada, han acordado y han publicado una desautorización de mi actitud. Llamo a *Efe* y contesto con toda dureza. Tuve que convocar una reunión y hablarles de la deslealtad que supone, después de haberme autorizado a negociar, desautorizarme públicamente. Su argumento era que no querían la unión con Felipe, querían una unión de poder a poder. Pero no abandono todavía; no estaba solo en el intento de unión, me ayudaban otros dos o tres directivos más, uno de ellos residía en Menorca, que ha muerto hace poco, y otro, que residía en Madrid, era un muchacho joven que no tenía mayor fuerza. Manuel Murillo, que era el secretario, no aceptaba mi actitud. Los más adversos eran Lara, cuñado de Trifón Gómez, y otros viejos socialistas que mantienen la actitud de oposición. De manera que pierdo también esa ocasión.

Pero aún hay otro intento, el quinto: la llegada de Saborit a España. Consigo la autorización de mi ejecutiva para avisar al partido general de que viene Saborit. Y el partido manda a recibirle a Gómez Llorente y alguno más. Recibimos a Saborit y yo le propongo que convoque en su casa una reunión de los dos partidos y les exhorte a la unión. Lara se marcha porque no lo acepta. Tanto Gómez Llorente como Enrique Moral, que asistieron al recibimiento de Saborit, estaban conformes en seguir adelante porque yo no exigía ninguna condición, sino la elemental de reconocer la antigüedad; cargos no, porque nosotros no podíamos aspirar a más cargos que los elegidos democráticamente. Después de la reunión con Saborit, saltándonos los estatutos, porque ya no se podía convocar un congreso, yo aconsejo aceptar las condiciones que nos ofrecen. Se negaron por mayoría de un voto.

De manera que los que estábamos de acuerdo con mi posición nos marchamos. Y es cuando yo estoy vacilante entre volver a Colombia o quedarme aquí. Mi duda es ésta: yo he sido elegido por un congreso del partido histórico, y no rindo mis poderes, no rindo

mis poderes hasta un nuevo congreso. Permanezco en esa duda pero, al final, la valía de un grupo magnífico de compañeros que están de acuerdo conmigo en ingresar en condiciones de decoro pero no de privilegio, me convencen para quedarme. Aranda, el actual alcalde de Alorcón, José Caules, de Menorca, unos amigos de Murcia, alguno también de El Escorial y de Badajoz. Otros permanecieron en el partido “histórico” para unirse algo más tarde.

Ingresamos en el Partido y me hacen objeto de una reunión muy cordial, en el comité regional, presidida por Peces Barba. Me nombran presidente honorario del Comité Regional de Madrid. Yo, previamente, escribo un manifiesto que firman Caules y otros amigos, explicando los motivos de la unión y señalando los peligros que tenía la supervivencia del partido “histórico” como centro de resentimiento y de disconformes, como factor permanente de desintegración dentro del Partido Socialista. En fin, ya ingreso y me nombran presidente de la Federación madrileña con Alonso Puerta como secretario.

Convenía que los “históricos” no olvidáramos los resultados de aquellas elecciones que demostraron que no contábamos en el pensamiento ni en la voluntad de los socialistas españoles; los votos cantaban. No sacamos ni un solo puesto. Yo creía que por lo menos saldría, como senador por Alicante, Llopis, con toda su actividad en Europa, con todo su arraigo a Alicante. Ni él salió. Sacamos una votación inferior a la que obtuvieron Gil Robles y Ruiz Jiménez. Los viejos... No quería nadie nada con los viejos. Ya en el Congreso de 1979, me nombran miembro de la Comisión Gestora del Partido, presidida por Federico de Carvajal, con Rubial, Carmen García Bloise y García Duarte.

—En ese año, el 79, dijo usted en una asamblea del PSOE de Albacete que era vital para el socialismo europeo lo que fuera del socialismo español, ¿vale esa frase todavía?

—Sí. Primero, porque somos una parte de Europa. Y, segundo, por la proyección iberoamericana. Qué duda cabe de que el efecto de la democracia española se nota en Argentina, en Venezuela, en Colombia, en Perú, y en el propio México. Y la Internacional Socialista da atención a Iberoamérica como no la había dado nunca. En tercer lugar, porque el socialismo español es tan viejo, tan importante en su esencia, como el laborismo inglés o la socialdemocracia sueca; quizá tenga más solera, incluso, que el socialismo francés. Piense usted que Mitterrand, que es el hombre que ha galvanizado el socialismo en Francia, era radical socialista hasta ayer de mañana.

—El secretario de la federación madrileña que usted presidió, Alonso Puerta, está ahora en el PASOC.

—Es que Alonso Puerta hizo lo contrario: pasar del partido general al partido socialista “histórico” como consecuencia de los episodios del Ayuntamiento de Madrid. Yo siempre juzgo a las personas considerando que son leales, y todo lo que dicen, en principio, hay que aceptarlo. Creo que la gente juega más limpio de lo que parece. Ahora, cuando nos preparamos para entrar en el partido general, en el manifiesto que escribí, uno de los peligros que anunciaba que convenía prevenir era que el partido “histórico” pudiera servir de eje de atracción de los disidentes, de los inconformes, de los enojados dentro del Partido Socialista. Hay que pensar que Alonso Puerta pudo irse a otro partido de más posibilidades, sin embargo, va a un partido de ideas socialistas, y esto ya es un aspecto favorable. Porque, al fin y al cabo, el PASOC se sigue considerando partido socialista, incluso nos consideraban a nosotros menos dogmáticos que a ellos, más adictos a las posiciones antiguas. El se va. ¿Hay error político en él?, posiblemente. ¿Se procuró también evitar la discordia?, no lo sé. Lo que sí me pareció triste es que fuera el asunto a los tribunales y que, incluso, los tribunales resolvieran a favor de Alonso Puerta cuando ya era tarde. Para mí, no era una discordia fundamental. Fue una discordia de método. Aquello se debió tramitar dentro del Partido y no fuera. Si había alguna irregularidad entre la federación socialista y sus representantes políticos era un tema para tratar dentro del Partido. Que no la había era evidente. Pero si la hay o no la hay, debe resolverse dentro, no yéndose, como él se fue, a la publicidad.

—Las fricciones, los roces entre corrientes, los problemas, sobre todo en algunas regiones, son siempre especialmente llamativos entre socialistas, ¿cómo ve usted estos episodios en el fragor?

—Claro que los veo con atención. Pero yo he vivido momentos que me parecen mucho más duros y difíciles. Para mí, comparadas con la pugna entre Largo Caballero y Besteiro, las diferencias de hoy tienen un aspecto de suavidad indudable. Se llegó a extremos penosos. Es que, por ejemplo, en el mitín de Ecija los caballeristas atacan físicamente a Prieto. Y en Ejea de los Caballeros, Negrín, que era un hombre muy fuerte, empezó a repartir puñetazos para proteger a Prieto de la agresión personal de los caballeristas. A eso aquí no se ha llegado. La pugna teórica era tremenda; viene ya de 1930 y se agudiza a finales de 1933, se había atenuado en el primer

bienio de la República. Besteiro era presidente de las Cortes constituyentes. Se mantiene la disciplina socialista a toda costa, eso sí, pero la pugna fue muy fuerte. En el 34 no se llegó a la división y algunos, como Martínez Hervás, creían que era mejor la división, para evitar compartir la responsabilidad de una revolución que estimábamos insensata. Y fue una revolución que, con todo su valor ideológico, todo su entusiasmo y su sacrificio, fue políticamente errónea. Porque reforzó a las derechas, estimuló a buscar por la fuerza el camino de alcanzar el poder. Y toda la base política sólida que tenía la República eran los socialistas y la UGT. Fíjese usted por ejemplo, ahora, hace unos meses, en el debate sobre la reforma de la Seguridad Social, no hubo más que un voto adverso de los socialistas, que fue el de Nicolás Redondo al que, por su categoría de secretario general, se considera que está exento de la disciplina de partido. Pero Damborenea prefirió ausentarse a votar en contra y Castellanos no fue, aunque la posición de Castellanos no supone ideológicamente una diferencia muy apreciable.

Fíjese usted bien: es que las posiciones entre Prieto de una parte, en el centro, Caballero, a la izquierda, y Besteiro, a la derecha, son muy distintas. Caballero, en cierto modo, está en la posición en que estuvieron los rusos en el año 17. Quizá no tanto. Es que Prieto está en una posición que acepta, a sabiendas de lo difícil que es, formar parte del Comité revolucionario en el 34, sin abandonar la posición de colaboración republicana. Incluso, si es de creer una declaración que hizo Gil Robles, Prieto sondeó a la CEDA para saber si ella vería con buenos ojos una ruptura del Partido Socialista, llevándose él a todos los que querían colaborar en el gobierno de 1936 y salvar la República de la amenaza reaccionaria y fascista. De manera que, si eso es verdad, y no hay por qué dudar, Prieto pensó hasta romper la disciplina socialista y formar gobierno con Manuel Azaña. Fuimos muchos los que creímos entonces que Prieto significaba la posibilidad de salvar la República de riesgos como la guerra civil. Yo no veo ahora esas discrepancias, las diferencias ahora no son fundamentales. Se actúa dentro de una disciplina socialista rigurosa, aunque se formen tendencias que están autorizadas por el Partido.

—La desaparición de Gómez Llorente de la política activa ¿no significa una pérdida notable para la gestión socialista?

—Yo lo siento mucho. A mí me ha producido honda tristeza la ausencia de Gómez Llorente. Creo que es una pérdida importante para el Partido Socialista, que habrá de recuperarlo.

—¿Está usted de acuerdo en que el poder acaba corrompiendo?

—Que el poder desgasta es evidente. El poder forzosamente no corrompe, lo que pasa es que siempre habrá personas, individualizables, que puedan corromperse. Eso sucede en cualquier partido, y en cualquiera que esté en el poder. Claro está que la tentación tiene más facilidades de actuar si se tiene el poder que si no se tiene. Por ejemplo, un concejal corrompido actúa con más daño moral y escándalo que uno que no es concejal y que sea el inductor y beneficiario. Y lo que importa en los partidos es cortar y sancionar con severidad esa corrupción. Ahora, el desgaste es natural en todo gobierno, y mucho más en un sistema democrático en el que se sufre el ataque y el control de la oposición, y en el que no se puede realizar íntegramente nunca, o casi nunca, la plataforma electoral, y más en un país en el que están muy consolidados los intereses tradicionales. Es, por ejemplo, un país en el que llega el Partido Socialista y se le ocurre al Ministro de la Presidencia decir: “Los funcionarios deben cumplir su horario reglamentario” y hay una protesta universal porque no encuentran razonable que los funcionarios tengan que hacer lo que todos los empleados del mundo, ir a su hora a trabajar. Y, efectivamente, no lo cumplieron todos. Y establecen costumbres como irse a desayunar a media mañana, con lo cual un número de funcionarios muy apreciable no está en su puesto. Y luchar contra eso es tan difícil. A los médicos, que son admirables, sin embargo les parece mal sufrir un control de horas. Porque tenemos una concepción subjetiva de aceptar sólo la conciencia individual. Y eso está bien, y el médico probablemente no necesita esa limitación, pero si hay una reglamentación tiene que ser para todos.

—¿Ese es un mal básicamente español?

—Yo no creo que sea exclusivamente español. Probablemente somos menos singulares de lo que nos creemos. Lo que pasa es que tenemos que luchar contra las realidades españolas y procurar conocer las realidades ajenas. Ahora bien, aquí se han acentuado corruptelas tradicionales con el sistema de Franco, que ha tenido que ser débil y demagogo en el fondo, en sus últimos años. Eso ha creado desigualdades e intereses corporativos que son muy difíciles de tocar. En el sistema de la Seguridad Social no hay una organización unitaria y equitativa; póngale usted freno a eso. Las primeras medidas que se tomen no pueden ser más que parciales. Fíjese en la Ley Orgánica del Poder Judicial, se dictó provisionalmente en el

año 1870; vaya usted a tocarla. El funcionamiento de los tribunales. Qué duda cabe de que los jueces son personas rectas, mientras no se demuestre lo contrario, ni de que los funcionarios trabajan. Sí, pero qué duda cabe de que existe en algunos sitios la costumbre de la propina para que los asuntos se muevan. ¿Qué ha existido en el siglo XVI y XVII? Sí, señor, pero el hecho es que existe todavía, y que debemos quitarla. Yo creo que hay que insistir en el cumplimiento sencillo, honesto y cotidiano, sobre todo, de las leyes y de los reglamentos. Hace falta una labor muy insistente de propaganda para que la gente se entere de lo que tiene que hacer. Por ejemplo, creo que hay ordenanzas que disponen que los edificios tengan aparatos extintores de incendios, pues bien, ¿cuántas casas de estos edificios de doce y catorce pisos tienen extintores de incendios?, yo no he visto apenas. Y no pasa nada. tenemos la suerte de que no pasa nada pero, si un día ocurre algo, no hay posibilidad de una acción inmediata; a lo mejor no hace falta. El país tiene bastante de poco previsor. El caso de la discoteca del teatro Alcázar. Los viejos reglamentos, no sé si están vigentes, establecían que los teatros tenían que ser una manzana entera, aislada. Eso se incumple desde hace muchos años. Yo recuerdo que en todos los teatros, durante la representación, había unos bomberos allí, fijos. Llega un momento de infortunio azaroso y ocurre la catástrofe. Yo creo que el primer problema nuestro es acostumbrarnos a cumplir las leyes y los reglamentos. Esto, que es lógico, no es tan fácil. Las declaraciones de renta: hay que inventar un sistema que sea sencillo, no esta cosa esotérica y misteriosa, que si no va uno a un consultor no puede hacerla bien. Hay que acostumbrar a la gente, desde la escuela, a que cumpla las leyes.

El país tiene una calidad extraordinaria de generosidad espontánea: oye. Los que no oímos somos quienes discutimos, pero el pueblo sí oye, se entera, es sensible. El alcalde ha dicho esto en Madrid, y lo escucha todo el mundo, y lo admiran y lo quieren de veras. Pedro Rico tenía una enorme popularidad en Madrid. El caso de Tierno se ha dado otras veces, Alberto Aguilera tenía popularidad en Madrid. Los que no tenían popularidad eran los alcaldes del régimen autocrático, porque no podían tenerla, probablemente, yo no lo sé. Un alcalde es una figura atractiva, sobre todo si tiene condiciones de simpatía personal y se da cuenta de esa misión suya. El alcalde es, por esencia, la autoridad popular. En Albacete ha habido alcaldes muy populares, como Abelardo Sánchez o como Miguel Panadero. Ahora, en Madrid el sentido de lo popular es más

intenso que en cualquier ciudad del mundo. La simpatía de Pedro Rico era tremenda, tenía talento, bondad, y era gordo, estaba en todas partes, se hablaba de si tenía amores con una actriz famosa. Todo eso le daba una enorme popularidad. Tierno Galván tenía una enorme personalidad y se le ocurrió lo de los bandos. Y Madrid es sensible a la poesía y a la literatura. En el fondo, aparte de su valía y sus servicios, la popularidad de Tierno procedía de los bandos, y de que iba a todas partes; es que estaba en toda fiesta, y la gente lo quería de verdad, y tenía a su lado una serie de gente que trabajaba mucho. ¿Pensar que lo va a hacer el alcalde todo porque se le ocurrió hacer los bandos escritos en castellano arcaizante y precioso?, no. Pero eso, que parece que no tiene importancia, sí la tiene. Para Madrid y para cualquier sitio. Es un modo de crear confianza y espíritu colectivo. El político necesita crear confianza, como la crea Felipe González. Lo que se llama el carisma es la simpatía, la simpatía que tenían Sagasta, Prieto, etc. La simpatía es fundamental para el político. Y necesita elevar el espíritu comunal.

La República coronada

Huir del protagonismo/ Reflexionar antes de poner la voluntad en marcha/ Nadie representa las esencias/ Un riesgo que hasta los ciegos podían advertir/ “La única vez que he sentido vergüenza de ser español”/ La enfermedad de tener muchos años/ No tenemos derecho a hablar de repúblicas bananeras/ Merecer para exigir/ España, creadora de la nacionalidad/ El consenso es el gran acierto/ Abrir el odre de las tempestades/ Los Episodios Nacionales como libro de texto/ Una concepción solidaria del mundo/ Escaldados de experiencias idealistas/ El hábito de cumplir la Constitución/ “Tengo derecho al optimismo después de tanto años”/ Buscar un camino que valga lo que cuesta.

—Hay una palabra nueva que tiene sus raíces griegas, nada menos: “Protagonismo”. Y es muy significativo. Cuando aparecen palabras nuevas aparecen por algo. Ahora se usa más que nunca “protagonismo”, pero el hecho ha existido siempre. Yo he huído del protagonismo, de una parte, por comprensión de mis limitaciones propias y, de otra, por una cierta timidez y porque ha prevalecido en mí la preocupación reflexiva sobre la acción. Considero que la acción es fundamental, pero importa mucho reflexionar antes de poner la voluntad en marcha. Es muy difícil determinar cuándo se ha hecho suficiente reflexión y cuándo es el momento de la acción, porque, por un lado está la preparación subjetiva y, por otro, el ímpetu realizador y la ocasión que da la realidad. La oportunidad de la acción, es decir, el momento en que debe ponerse en marcha, necesita siempre ser “a tiempo”, ser en el instante preciso; si se anticipa o se retrasa, el empeño realizador puede frustrarse. Y es muy difícil, no imposible, recomponer el desastre, mayor o menor. Esto me ha hecho siempre no preocuparme mucho de los primeros planos. Y además, la conciencia de mi modestia me impedía también procurar los primeros planos. Cuando he sido designado presidente ha sido porque se les ha ocurrido espontáneamente, incluso no he sido nunca candidato por iniciativa mía, ha sido siempre por iniciativa del Partido. En Albacete fui diputado a Cortes por iniciativa de la federación socialista albacetense.

—Pero su modestia no impide que su nombre pertenezca ya a nuestra historia más reciente, esa misma historia que se ocupa de incluirlo en los índices de los libros que conforman los anales de este siglo.

—Gil Robles y Azaña me citan en sus memorias. En cambio, no aparece mi nombre en las memorias de Martínez Barrio. Asistí a la reunión en que, por renuncia de Azaña, se le encarga que ocupe interinamente la Presidencia de la República. En la reunión no hice uso de la palabra, aunque creo que en algún extremo accesorio intervine como vicepresidente. La voz socialista la lleva Lamonedá,

que era el secretario del grupo socialista. Luego, por ejemplo, en el exilio, lo recibí en Bogotá y le hicimos allí una recepción, en fin, he tenido con él una relación correcta. Me parece que Martínez Barrio tampoco cita a su secretario, Maximiliano Martínez, nuestro paisano. Depende de las orientaciones que tienen las memorias y de lo que le interesa al memorialista. En cambio cita a Bombita I, II y III. Es que, claro, las memorias son un género literario muy subjetivo.

—¿Usted cree que puede hablarse hoy de alguna persona o algún grupo que pueda decirse que representa la esencia del socialismo?

—Creo que, dada la actitud de libre examen que es esencial en el socialismo español, nadie puede atribuirse representar las esencias. Ni el Partido mismo admite esa adscripción personalista de las ideas. Con conservarse la devoción, casi mítica, de Pablo Iglesias, que durante su vida fue un compañero tratado sin ningún privilegio respecto a los demás, aunque se reconocieran sus servicios y su austeridad, que no era naturalmente exclusiva de él sino que se da como característica del socialismo, ya es suficiente. Porque, como me decía Saborit en una de las últimas veces que lo vi, el socialista era un partido pequeño, como una familia perfectamente unida. De suerte que yo no creo que hoy tengamos figuras, ni las hayamos tenido nunca, que puedan decir representar la esencia del socialismo español. Lo que sí tenemos son personalidades socialistas llenas de entusiasmo por las ideas y por una acción adecuada al servicio público y que crecen en la gestión inteligente y entusiasta de cada día. Porque es esencial al socialismo, a diferencia del anarquismo, la actitud de aceptación de la realidad, y aprovechar la realidad para transformarla. El anarquismo rechazó siempre la acción política, y el socialismo reclamó esa acción: acudir a las normas electorales vigentes y aprovechar los puestos conseguidos dentro de las instituciones políticas burguesas para defender las ideas socialistas. Por eso logró Pablo Iglesias en 1910, por primera vez, llevar una representación socialista que fue exclusiva de él. No hubo más hasta años después. Y sin embargo, produjo un efecto político e ideológico extraordinariamente notable. Desde el primer momento parecía toda una minoría haciendo labor crítica y de afirmación ideológica. En el famoso debate sobre los acontecimientos del año 1909, habló Pablo Iglesias con una gran dureza y con una tremenda repercusión de adversarios y de amigos en la política nacional.

Ahora, hoy, en el socialismo español se advierte una cierta distinción entre los teóricos y los socialistas de acción política. Hay un movimiento teórico valioso que está representado, por ejemplo, por las revistas *Sistema* y *Leviatán*, por las fundaciones “Pablo Iglesias” y “Largo Caballero”, éstas con la cooperación de la fundación alemana “Friedrich Ebert”, que lo mismo se dedica al estudio de los clásicos del socialismo europeo —Marx, Engels...— que estudia también los doctrinarios modernos italianos, alemanes, franceses, ingleses o españoles.

Hay un gran movimiento doctrinal del socialismo, pero hay luego los socialistas de actividad política militante inmediata, que tienen que realizar un programa determinado por los congresos y cambiante según las épocas, irrealizable del todo en la práctica pero cumplido en lo posible. Pensar que todo un programa elaborado por un congreso, por previsor y prudente que sea, se puede realizar íntegramente, aun con triunfo electoral en el gobierno, es realmente imposible. Se puede realizar un porcentaje que cada vez debemos pretender sea mayor. Yo no creo que podamos hablar de una figura que simbolice, desde el punto de vista del ideal y de la realidad mezclados, al Partido Socialista. lo que sí hay son figuras que han suscitado una justa simpatía y confianza singular en los electores socialistas y en la opinión pública en general. Ese es el caso de Felipe González. Qué duda cabe de que esta palabra griega que ahora es neologismo, “carisma”, ¡lo tiene Felipe González! Qué duda cabe de que lo tienen otros socialistas muy destacados. Es el caso, aunque no se crea por sus actitudes polémicas, de Alfonso Guerra, de Peces-Barba, con ser un doctrinario y un jurista muy completo. Puedo señalar personalidades diversas que despiertan esa simpatía, que encarnan, de algún modo, un partido y unas ideas.

—Los nombres que acaba de citar podría, entonces, decirse que son los de las personas más destacadas del socialismo de hoy.

—Evidentemente, Felipe González, Guerra, Nicolás Redondo, Ramón Rubial, Txiqui Benegas, Gómez Llorente... Y tenemos, además, un grupo de jóvenes de extraordinaria valía que en siete años han crecido con personalidades políticas de primera calidad. Pueden aparecer hombres nuevos, pero estas son personalidades consolidadas sin las cuales el Partido difícilmente podría reparar sus ausencias. El Partido lo que no puede hacer es lo que hizo en épocas anteriores: devorar a sus propios hombres. Y ésa fue la pugna tremenda de los años 31 al 36, que significó la pérdida para el

Partido Socialista de personalidades de extraordinaria calidad política y que hoy son figuras ignoradas dentro y fuera del Partido. Me estoy refiriendo a Trifón Gómez, a Andrés Saborit, a Jiménez de Asúa, a Lucio Martínez Gil, a Landrove. Hay una serie de personalidades que fueron víctimas de aquella tremenda pugna interior que desestabilizó las posibilidades del Partido y la democracia ante un riesgo tremendo que hasta los ciegos podían advertir: el riesgo de la reacción impulsada por el fascismo, que estaba entonces en actitud de intensidad creciente en Europa, con unas democracias asustadas, cediendo constantemente posiciones. De suerte que ahí sí se perdieron personalidades muy valiosas.

Ahora, por fortuna, el país no está en esas circunstancias ni Europa tampoco. Porque tampoco podemos juzgar los episodios de España desde un punto de vista perfectamente aislado del resto de Europa. Seguimos en función de Europa y del mundo y, por eso, lo que exige el tiempo de ahora es distinto de lo que exigía el tiempo de entonces. Lo que sí es importante para el Partido Socialista es aprovechar a sus hombres más destacados y a los que han prestado más servicios, los que suscitan mayor confianza, que no es por azar. El culto a la personalidad, que en el fondo es la gran creación de Stalin, imitada después por los totalitarismos de derechas, lo rechaza la tradición del socialismo en España.

—Me gustaría que contara usted su experiencia y su juicio personal de un momento tan amargo como fue el 23 de febrero de 1981.

—Yo me encontraba en el palacio del Congreso, en el salón de sesiones, cuando ocurrió el episodio. Empezaba la votación de confianza al nuevo presidente y estaba todavía en la cabecera del banco azul Adolfo Suárez. Pensé por un momento marcharme ya, porque parecía la situación parlamentaria resuelta, cuando escuché rumores fuertes en la puerta de la derecha del Presidente, a la entrada al hemiciclo, seguidos de algún tiro suelto. Estaba en uno de los escaños altos, a la izquierda del Congreso. Presenció la irrupción de Tejero y otros guardias civiles que, sin respeto ninguno a la Presidencia ni a la Cámara, se subió a la tribuna y pronunció las palabras que todos conocen, pistola en mano. Lo contemplé no demasiado sorprendido, porque pensé siempre que era menester una previsión muy certera y muy vigilante para evitar cualquier resurgimiento de tentativas totalitarias, franquistas. Y había habido, claro, alguna conspiración del propio Tejero, en el café *Galaxia*. Me parecía,

además, la técnica de alargar las crisis muy peligrosa, y llevaba bastantes días de crisis la tramitación, lo que propicia, por consiguiente, cualquier empeño de sorpresa. Pero, aun con ese pensamiento, me produjo, claro, la impresión natural, aunque no quedé sorprendido del todo, porque creo que, ni entonces ni ahora, se debe pensar nunca que todo está perfectamente firme y consolidado. No sólo por los aspectos que pueda ofrecer la realidad y que uno no conoce del todo sino, por el recuerdo de lo que ha sido la historia política de España, que yo he vivido. En consecuencia, la sorpresa no fue excesiva pero sí fue de una gran tristeza. Es, quizá, la única vez que he sentido vergüenza de ser español. Hasta el punto de que la interpretación inmediata que yo hice fue que se trataba de una cosa hecha por unos locos con el propósito de asustar al Parlamento.

Como se oyeron varios disparos y no vi a ningún herido, pensé, con cierto optimismo, que estaban disparando con balas de fogueo. Tejero dio aquella orden absurda de todos al suelo. Yo, como estaba arriba, pude echarme un poquito para atrás, pero seguí sentado y pude observar perfectamente todo lo que ocurría en la parte de enfrente, que era donde estaba el Gobierno. Como crítico teatral antiguo, me hizo cierta gracia este aspecto —parece imposible, pero así fue—. Ver el cambio de escena que produjo aquella ferocidad insensata del asaltante: el salón de sesiones y las tribunas estaban repletas de personas y, de pronto, aparecieron vacías. Un poco de humor en medio de la preocupación natural que me embargaba. Y vi el episodio famoso del general Gutiérrez Mellado. Con su reacción de militar salió para exigirles obediencia, disciplina y sumisión a las leyes, y vi cómo lo zarandearon, cómo intervino entonces Suárez. No oí las palabras concretas, pero supuse que intervenía como Presidente del Gobierno, con toda la autoridad que aún tenía, puesto que no había sido sustituido, y la actitud de insolencia, y lo que llamábamos, en Derecho Militar, insulto a un superior, que es uno de los delitos más graves que tiene el Código de Justicia Militar, cometido en presencia de tanta gente, por oficiales además.

Se fueron incorporando los parlamentarios, hacían los guardias sediciosos unas espectaculares carreras por los pasillos de acceso, subiendo y bajando con el fusil en mano, y nos leían, de cuando en cuando, noticias de agencias. Entre las noticias de agencia que dieron figura la de declaración de estado de guerra en Valencia por el general Miláns del Boch. Una de las primeras cosas que advirtieron es que se aguardara la llegada de la autoridad

“que, naturalmente, sería militar” para ordenar al Parlamento lo que había que hacer. Como dieron un plazo breve y la autoridad militar no llegaba, a mí me pareció que el golpe fracasaba irremediablemente. Y entonces bajé del escaño para buscar mi abrigo y tuve que pasar por delante de la Mesa y de los guardias para ir hacia el vestuario. Cogí mi abrigo para taparme y dormir un poco en la noche que yo suponía muy larga. Después tuve también que ir al servicio, y allí me encontré al Presidente del Consejo de Estado que, en la calle, se había enterado de lo ocurrido y fue al Congreso para mostrar su solidaridad con el Parlamento. Como se estaban celebrando oposiciones a letrados de las Cortes y yo era del tribunal, le hablé de las oposiciones porque su hijo se presentaba; iba bien en ellas, y le dije: “Espero a su hijo tal día, que es cuando siguen las oposiciones”. El dijo: “¡Pero cómo! ¿usted cree...?”. Le dije: “Ya verá usted como sí. Esto es tan insensato, y tan de locos, que no puede prevalecer”.

Más tarde subió una médica preguntando por mí, con orden de sacarme afuera. Habían sacado ya a un parlamentario de edad que había sufrido alguna cosa de corazón, y me dijo: “Usted está enfermo, ¿verdad?”. “No, no, a no ser que usted crea que tener muchos años es una enfermedad”. Ella insistió: “No, no, usted está enfermo, venga conmigo”. Me fui con ella. Antes, esto es interesante, se llevaron a Suárez, a González... los sacaron del salón de sesiones. Yo ya, convencido de que era un disparate que no triunfaría, supuse que un resto de prudencia les aconsejaba conversar con los jefes de los partidos para encontrar una salida a la situación. De manera que no vi con excesiva preocupación que se les sacara del salón. Pero, al poco, llevaron unas sillas isabelinas, donde se sentaban los taquígrafos, y con cuchillo o con navaja las despachurraron para sacar la lana de los asientos y prenderles fuego, y pidieron unas velas. Supuse entonces que lo hacían por si se apagaba la luz eléctrica. Pero, claro está, era un poco absurdo que, llevando velas, tuvieran que despachurrar unos sillones. Luego pensé que debió entrar en el plan de suscitar terror en los parlamentarios.

A la una o una y cuarto fue cuando esta médica me hizo salir. Salí y saludé al pasar a la Mesa. Estaba Landelino Lavilla de presidente, estaba José Bono entre los secretarios, y ella se acercó a un oficial de la Guardia Civil, que era el que mandaba allí en sustitución de Tejero, y le dijo lo mismo, que yo estaba enfermo. Entonces me preguntó el oficial y repetí que no estaba enfermo, a no ser que creyeran que tener muchos años era una enfermedad. “Vamos a

buscarle un automóvil para que lo lleve”. No lo encontraron, y salí a pie acompañado por un guardia que me dejó en la calle Marqués de Cubas, por la Carrera de San Jerónimo. Yo le insinué: “Llevará usted un día molesto”. Me respondió: “No sabe usted, desde el amanecer estamos con estos trajines”, lo que me indicó que, claro, el movimiento lo habían estado preparando con todo detalle y con muchas horas de antelación.

Ya en la calle, pasé al hotel Ritz y desde allí llamé por teléfono a casa para ver cómo estaba mi mujer, que la encontré muy tranquila, siguiendo los acontecimientos por la televisión. Llegué a casa y allí vi que el Rey ya hablaba sobre la situación y cómo había ordenado que se obedecieran las leyes. Aquella proclama del Rey, para mí, resultó decisiva. Me puse al habla con el Partido. El Partido había dejado un teléfono y pude hablar con el actual ministro de Educación, que estaba encargado de aquella eventualidad de relacionarse con las diversas organizaciones socialistas. Hablé también con Bustelo, éste fue el que me dio el teléfono de Maravall. Y ya me acosté. Los encontré tranquilos porque ya el Rey había tomado cartas en el asunto.

Al día siguiente me levanté y ya era tarde para ir a la sesión que el Senado convocó con urgencia. Y desde casa, por televisión, pude ver la salida de los parlamentarios, ya muy avanzada la mañana, casi a la una de la tarde, cuando se acabó con aquella situación.

—Con la perspectiva del tiempo pasado, ¿qué reflexiones le merece este acontecimiento?

—La primera reflexión es acerca del peligro que significa la creencia elemental en un sistema político dictatorial y autoritario como remedio eficaz a los problemas del país, la herencia política derivada del sistema impuesto por Franco y que, indudablemente, era popular en muchos medios militares. A pesar de que la realidad frustró todo lo que había de nacionalismo delirante en el franquismo. Porque a pesar de aquellas absurdas afirmaciones de “al Imperio por el destino imperial de España” (recordará usted aquellos estribillos de Falange más o menos aceptados por Franco, sus discursos de entusiasmo por los nazis en los primeros años, su odio, su constante censura de lo que él llamaba la conspiración judeomasónica), a pesar de todo aquello, el hecho es que, bajo su dominio como práctico soberano de España, una serie de territorios de soberanía española se perdieron con él. Porque Ifni lo había ocupado la República, y lo

perdió; el Sahara español lo había ocupado la Monarquía borbónica en la segunda mitad del siglo XIX, y lo perdió. Y además, la concesión de bases a los americanos, con acuerdos secretos, algunos tan humillantes como el régimen de capitulaciones. Aquellas concesiones contra la soberanía nacional y contra el decoro de España me parecía imposible que el Ejército las admitiera. Y, de hecho, por las circunstancias que sean, por costumbre de disciplina, de no discutir el mando, o porque tenían algunos fervor auténtico por Franco, se consintió.

De tal suerte que era menester una política de gran prudencia para afirmar las instituciones renacientes que se establecían no como en 1931, por un cambio radical de la Jefatura del Estado, por una verdadera revolución, incruenta, pero revolución al fin, sino por una evolución que parte de la Ley de Reforma Política del propio Parlamento franquista. Hay que partir de esa realidad: era el viejo Estado franquista el que empezaba su evolución para dirigirse a la democracia. Esto nos obligaba a una actitud de reconocimiento de la realidad y de prudencia inteligente. Por otra parte, en materia de creación del Estado de las autonomías, incluso como reacción a lo ocurrido en tiempos de Franco, se contenían excesos de carácter de peligro nacionalista puramente verbal pero que, indudablemente, sonaban y suenan en los abertzales y en un pequeño movimiento catalán, que tenían que indignar a muchos elementos tradicionales.

La imprudencia fundamental consiste en que no se puede dejar, por los políticos y por la opinión civil, que la única garantía de la unidad nacional sea el ejército. Y, tal como en algunos momentos se estaban negociando las autonomías, podía temerse que esto ocurriera.

En el movimiento yo veía en tercer lugar, las consecuencias de una política imprevisora y de cesión excesiva a la demagogia de grupos extremistas ideológicos. Me pareció, de todas maneras, un hecho vergonzoso, impropio de nuestro país.

Y una cuarta consecuencia: no tenemos derecho a hablar de “repúblicas bananeras” después del episodio del 23 de febrero. Los que menos podemos acusar de “repúblicas bananeras” a las repúblicas hispanoamericanas somos nosotros. Porque tenemos una identidad de espíritu y de esperanza que no podemos olvidar, tenemos que rechazar ese complejo de superioridad que nos hace desconocer las realidades de la América española, acompañado de un complejo de inferioridad con respecto al resto de Europa, no menos absurdo, y con respecto a los Estados Unidos, a los que imi-

tamos a veces sin ningún respeto a nuestros deberes y autenticidad nacionales.

De manera que todas estas reflexiones, y algunas otras que ahora no recuerdo, se me fueron agrupando en la mente en esos momentos. Además, yo he seguido siempre el criterio político de que, antes de buscar las culpas ajenas, hay que buscar las propias. Aquello que ocurrió el 23-F fue por culpas ajenas fundamentalmente, pero no estamos exentos de una cierta culpa de imprevisión ante el desconocimiento de la realidad en que nos movíamos. Y la realidad es que no se puede reaccionar a los atropellos franquistas yéndose al extremo contrario y poniendo en duda principios fundamentales para la existencia nacional, que son, además, hechos verbales más que reales, pero que dañan sin embargo a la firmeza de las instituciones democráticas.

—¿Qué quiere decir con que no sólo se debió a culpas ajenas?

—Quiero decir que es muy fácil en política considerar que las cosas que se hacen mal se deben a los demás y que nosotros no tenemos ninguna culpa. Los defectos, los infortunios, los desastres políticos siempre son culpa de los demás; eso es un error. En toda sociedad, política o no, es un error de juicio fundamental. Lo primero que uno debe hacer para juzgar al acontecer político es ver en qué se ha equivocado uno mismo, y después ver en qué se han equivocado los demás.

—Y sus reflexiones, al hilo de este episodio, ¿cuáles son en lo tocante al estamento militar?

—Los militares merecen una reflexión porque su deber les obliga a separarse de la actividad política activa. Pero hay que pensar que no sólo los militares pueden y deben ser objeto de una actitud de crítica justa. Es que el hecho de acudir a los militares demuestra debilidad en el aparato civil del Estado. Son esas voces de políticos que acuden a los militares porque no tienen el poder en sus manos; son esas voces de gentes que creen que todo se resuelve de una manera elemental con principios como “horca en esquina”, frase que yo oía de muchacho, y con principios como “el pan y el palo”. Es falta de preparación política creer que los problemas se resuelven usando la fuerza. Y, sobre todo, tenemos que ver las propias culpas de los partidos y de la opinión general al no cumplir con sus deberes cívicos. Los partidos tienen que darse cuenta de su responsabilidad, mantener sus ideas y comprender la realidad, respetarse mutuamente, poner por encima de las pugnas ideológicas los intereses de

la comunidad, merecer el respeto de los militares y exigirlo, porque para exigir algo hay que merecerlo. Y hay que reconocer que, a pesar de estar tantos años sometidos al poder de Franco, y a pesar de que Franco creó una psicología colectiva triunfalista, con una tremenda separación entre vencedores y vencidos que no es fácil quitar de la mente humana, porque el privilegio de la victoria, como tal privilegio, gusta mucho conservarlo, a pesar de todo eso, el ejército ha seguido al Rey y ha aceptado la Constitución. Y es evidente que podía no gustar a muchos elementos —no sólo al ejército— que se hablara de nacionalidades en la Constitución, ya que no ha habido jamás en España ese concepto de nacionalidades más que por grupos minoritarios históricamente recientes. Porque España ha sido un país que ha creado históricamente la idea moderna del principio de la nacionalidad. Lo crea en 1808 con el levantamiento contra Napoleón y, espontáneamente, todas las comarcas de España aparecen juntas, de abajo a arriba, crean un gobierno distinto del gobierno oficial que está sometido a Napoleón y que tiene en su poder, incluso, a la familia real española. Y hacen lo mismo en América, porque se crean las Juntas en España y se crean las Juntas en América. Y las Juntas de América reconocen en principio a Fernando VII. ¿Y cuándo se ha producido este hecho, que desde fuera se observa como prodigioso, el de que un país con príncipes que se han entregado al invasor, invadido por el ejército más poderoso del momento, cree una organización independiente de abajo a arriba y acepte la autoridad de la Junta de Sevilla, órgano de la nación en su unidad colectiva, como gobierno unitario? Nosotros, que creamos la idea moderna de nacionalidad, ahora resulta que somos un país compuesto por nacionalidades. Eso es un disparate histórico y es un error ideológico, y además una inconveniencia política que no se puede pensar ni en Inglaterra ni en Francia ni en Italia, que sólo en 1860 consigue la unidad política. Lo que ha hecho Italia es imitar nuestros estatutos autonómicos de 1931, que después han influido en la Constitución española de 1978.

En fin, hubo una imprudencia por parte nuestra de exceso de dogmatismo doctrinal, pero hubo, en cambio, una actitud de enorme significación que vale más que estas influencias: el sentido del “consenso”. Este es el gran acierto de la transición, el gran acierto de Suárez, de Felipe González, el acierto de los políticos españoles. Haber sabido hacer una Constitución transigida por todos, con concesiones que tienen, claro está, cierta indeterminación. Esos acuerdos de unanimidad no tienen las líneas dogmáticas y doctri-

nales perfectamente definidas, pero permiten una aplicación inteligente y son siempre mejor que la arbitrariedad del poder material y la creencia de que las cosas se resuelven por la fuerza.

En el siglo XIX nuestro es verdad que ha habido mucha intervención de los militares en el poder, pero es que es significativo que el general progresista por definición, que fue jefe del Partido Liberal y que llegó a ser Regente de España, Espartero, no se sublevó jamás. Y, al contrario, aplicó medidas muy severas a los militares que se sublevaron, como Diego de León, al que hizo fusilar. A mí me parece que se excedió, por supuesto, porque no he defendido jamás la pena de muerte, pero el hecho es que no todos los militares han tenido ese criterio, y que se han debido, en gran parte, a la apelación a ellos por parte de los propios civiles, a la falta de formación política, a las tendencias corporativistas y oligárquicas y a la falta de fe en las instituciones democráticas algunos de los motivos de sus pronunciamientos. Ahí tenemos el caso de Primo de Rivera. Y el Rey Alfonso XIII, es significativo sin duda, estaba en función de la situación especial de Marruecos. Pero es evidente que la campaña de Marruecos, que fue tan justamente combatida por Pablo Iglesias, es uno de los factores que determinaron la formación de un ejército que siguió a Franco ciegamente y que fue factor decisivo de la guerra civil, que, por otra parte, hay que pensar que los conspiradores creyeron que iba a resolverse como un simple pronunciamiento más, como había ocurrido en tantos pronunciamientos del siglo pasado. Y no fue así. Fue la guerra civil. Y es la gran responsabilidad de la época. Pero hubo muchos militares que fueron fieles a la República, tantos que fueron fusilados como los generales jefes de las divisiones militares. Fueron fusilados por los rebeldes el general Batet, el general Montero, de Valladolid, Pita Romero, de Galicia, y muchos militares profesionales fueron leales a la República y pagaron con su vida. Franco aplicó el criterio de guerra a muerte y, además del error tremendo de acudir a la fuerza para cambiar el sistema político español, cometió el error de desconocer que iban a abrir el odre de las tempestades. Es que todas las violencias que se cometieron en la zona republicana y en la zona dominada por la rebelión fueron consecuencia de esa disparatada y feroz ocurrencia de levantarse en armas contra una Constitución que permitía el libre juego de las fuerzas políticas. La realidad actual de los militares es que reconocen ampliamente que están cumpliendo sus deberes de ordenanza y se han alejado de las actividades políticas inmediatas. Es razonable que tengan su individual criterio de ideal patriótico, que no tiene por qué

ser exclusivo de ellos, que deben compartir todos los ciudadanos españoles. Hay que volver al artículo de la Constitución de Cádiz que dice que el amor a la patria es uno de los deberes fundamentales de los españoles. Creo que no sólo de los militares, sino de todas las gentes españolas. Hay que conseguir que acepten sinceramente el juego político honesto de la democracia y contribuyan así a la convivencia nacional.

—Las lecciones de la historia hacen que haya enseñanzas que un español no debe olvidar nunca.

—Desde luego. Yo he llegado a decir que, por no haber sido libro de texto en las escuelas y en los colegios de España los *Episodios Nacionales* de Galdós, hemos cometido los disparates de este siglo. Porque hay una enseñanza de tal ejemplo y consejo en esa historia amable y humanísima que hace de España Galdós que bastaría con aprenderla para evitar repetir semejantes errores. Creo que somos un país que no tiene tradición de estudios históricos, hasta tal punto que puede decirse que la historiografía española está hecha por extranjeros y con el criterio inevitable de su propio origen y su propia formación. Es que la historia de los Reyes Católicos la escribió Prescott; es que sobre la historia de España hay, por ejemplo, una famosa obra de Hume; es que la historia de la guerra la ha hecho Huhg Thomas con criterio inglés. Yo no digo que no procure la imparcialidad, pero ¿cómo va a escribir de España un inglés lo mismo que puede escribir un español? Aquí se conoce la historia de Thomas y no se conoce la historia de la guerra civil española de Zugazagoitia, escrita con una alteza de miras, con un conocimiento directo de causa y con una imparcialidad que, en un beligerante como era él, tiene méritos indudables, y que es una obra maestra de la historiografía española. ¿Quién ha leído a Zugazagoitia? En cambio, a Huhg Thomas se le ha publicado ya en fascículos que los tiene todo el mundo.

Hay que agradecer que haya hispanistas que estudien la historia de España, pero los primeros que debemos conocer la historia de nuestro país somos nosotros, la historia de nuestro país con todo lo que se refiere a nuestro país con el mundo. No tenemos idea sobre la historia de Iberoamérica ni antes ni después de la presencia española en América. Conocemos sólo, y muy remotamente, las cosas cercanas a Europa, y además las conocemos con una insensata falta de personalidad propia ¿Es posible, por ejemplo, que empleemos palabras como “staff” para indicar colaboradores o

gabinete, o auxiliares, o expertos, y que empleemos palabras como “dossier” para indicar expediente o información, o carpeta? Pues estamos usándolas constantemente. No digo yo que esto pase sólo aquí, porque ha pasado toda la vida en muchas partes, pero tenemos una gran falta de reflexión sobre nuestro propio ser. Y cuando reflexionamos tenemos el peligro de ver sólo lo pequeño, no lo grande. A mí me gusta muchísimo que haya resurgido el cariño a la propia tierra en el movimiento regional, como tiene que haber cariño a la propia villa en el mundo local, y cariño a la familia en el mundo individual. Pero al practicar estos afectos hay que comprender la necesidad de estimar los afectos semejantes en los demás, y llegar así a una concepción solidaria del mundo, pero no perdiendo la conciencia de la propia personalidad. Esto parece un poco teórico, pero en la práctica se pueden advertir sus consecuencias.

—Entre tanto infortunio, el triunfo electoral del socialismo en octubre de 1982 habrá constituido sin duda, aunque tardía, una notoria satisfacción.

—Para mí, una victoria política supone siempre un aumento tremendo de la responsabilidad. Desde el punto de vista del hacer personal se puede aplicar un poco aquel viejo principio bíblico que dice: “Quien añade ciencia añade dolor”. Quien añade triunfo político añade responsabilidad. El socialismo entra en este proceso de llevar a la práctica todo un programa que se ha cifrado en la palabra “cambio”. Y esto, en una época como la actual, más bien estática, de consolidación después de los tremendos trastornos que significaron los totalitarismos y la guerra mundial, cuyos efectos perduran, y además de las guerras locales desprendidas de ella y el sistema de equilibrio internacional llamado disuasión, tan complicado, tan peligroso y tan costoso. Pero dentro de eso hay una cierta quietud y una cierta estabilización en el mundo occidental que dificulta los empeños renovadores, sobre todo en nuestro país, que yo creo es un país de escasa inquietud revolucionaria. Es un país, fundamentalmente, escaldado de las experiencias idealistas. Ortega y Gasset observaba los departamentos estancos de la sociedad española: es un país donde hay una cierta separación entre estamentos y grupos corporativos, y una serie de situaciones que lindan con privilegios, pero a los que es muy difícil renunciar. En esas circunstancias todo cambio es difícil. Incluso fuera de un país como España, que quizá en esto tenga mayores reservas que otros, hay que reconocer que todo movimiento de evolución, de transformación,

suscita resistencia. Esto es inevitable, y lo lleva consigo la realidad de las cosas. Uno de los motivos de mi preocupación por el triunfo del 82 es ése, las inevitables resistencias que tenían que surgir para llevar adelante un programa de reformas. Y yo creo que el Partido Socialista ha emprendido de buena fe y con voluntad ese programa de reformas. Si se ve la obra legislativa y la obra administrativa realizada, es evidente que se ha hecho más de lo que parece.

Por ejemplo, en el orden de las relaciones internacionales se ha encontrado un acuerdo de pesca con Marruecos más duradero y que asegura, en lo posible, evitar los conflictos pesqueros, las detenciones de buques, las multas, que eran tan frecuentes antes, y además significa una política de acercamiento, porque, al fin y al cabo, necesitamos practicar la política de buena vecindad con todos los países fronterizos, y Marruecos es un país fronterizo. Segundo, se ha conseguido poner punto final a la interminable Conferencia de la Paz que se celebraba en el Palacio de los Congresos, con acuerdo unánime insuficiente, sí, pero por lo menos ya es un triunfo conseguir rematar lo que parecía interminable, y comprometer a las potencias a una nueva conferencia, la de Estocolmo. Ahí tiene mucho peso la política exterior de España.

Tercero, la política en Iberoamérica ha crecido enormemente. Felipe González y Morán le dedicaron siempre mucha atención, y el Instituto Iberoamericano de Cooperación, con Yáñez, ha estado trabajando con entusiasmo. En ese aspecto no se puede dudar de que ha habido avances positivos. Tenemos el acceso de España a la CEE también. En el orden de la educación se ha conseguido la Ley de Universidades que llevaba no sé cuántos años sin que hubiera ministro capaz de terminarla y, cuando iba a hacerlo, se caía el ministro, porque se lesionan muchos intereses, muchas rutinas. Sin embargo, Maravall ha conseguido la Ley de Universidades, ha conseguido la reforma del profesorado. Estas últimas leyes de Educación, que suscitan resistencia pero que suponen un avance serio, mantenían el principio constitucional de la libertad de enseñanza en las escuelas confesionales, porque nunca, ni siquiera en la misma monarquía anterior a 1923, se subvencionó a las escuelas privadas. Y la enseñanza de las comunidades católicas o no católicas la pagaban los padres; el Estado daba enseñanza gratuita y pública y no tenía por qué subvencionar a nadie y, además, era mejor en general, porque el proceso de superación de la educación pública española fue inmenso desde que se creó la Escuela Normal Superior, y desde que nació el Museo Pedagógico bajo la influencia del krau-

sismo español de Giner y de Cossío. Con todo, ha habido reacciones injustas, pero se ha hecho una labor muy positiva en educación. En el orden cultural hay un desarrollo asombroso de los municipios, las diputaciones, las comunidades, porque ése es el campo fuerte de la izquierda española. Hace poco he asistido a una reunión de las Universidades Populares y es asombroso lo que han hecho en tres años, el ansia de saber que despiertan, de encontrar una mayor preparación para la vida.

En el orden militar, qué duda cabe de que la política es prudente y firme, y de que se está modernizando el Ejército, habiéndose llegado a acuerdos inteligentes para procurar reducir los gastos de importación de material de guerra y favoreciendo la fabricación dentro de España. Aceptando un sistema de paz armada que no podemos evitar, porque está ahí, impuesto por la realidad de las cosas. En el terreno de la legislación sobre trabajo, se han logrado las leyes sobre jornada, el Acuerdo Económico Social, y se emprende con mucho valor la reforma de la Seguridad Social, cuyo contenido puede discutirse, pero qué duda cabe de que significa una decisión valiente del gobierno: emprender una tarea que puede ser impopular. No todos los gobiernos se atreven a eso.

Tenemos, por otra parte, la Ley Orgánica del Poder Judicial. La reforma era tan urgente que la ley que está en vigor en 1985 se promulgó en marzo de 1870 con el nombre de Ley Orgánica Provisional del Poder Judicial. Esa provisionalidad ha durado la friolera de ciento quince años. Me parece que ya está bien su provisionalidad, que ha suscitado protestas, pero que es natural que se expresen con libertad, ése es nuestro método de trabajo. Pero también la libertad es afirmación de la responsabilidad. Yo me pregunto: ¿se dan cuenta plena de su responsabilidad los magistrados que están exponiendo públicamente sus opiniones sobre la reforma de la Ley Orgánica con singular vivacidad? Si hay alguien que tiene que tener sentido de la responsabilidad son ellos, pero claro, también con toda responsabilidad yo digo que incurren en un error fundamental los que creen que falta a la división de los poderes ese proyecto de Ley Orgánica por la obligación de los tribunales de acatar las leyes que ellos no pueden hacer. Y no pueden limitar los poderes de un Parlamento si estamos en una Monarquía Parlamentaria. El hecho mismo de la división de opiniones dentro de la magistratura indica que no hay tal abuso de poder legislativo: no comparten todos esa opinión, esa posición, y es menester llegar a la absoluta imparcialidad de la justicia. Y teniendo el deber y el derecho cada magistrado de tener

sus libres ideas políticas, debe dejarlas en la puerta de su institución. Yo he sido político y he sido funcionario del Consejo de Estado, pues bien, jamás entré en el Consejo de Estado con mi emblema del Partido Socialista, y si lo llevaba, me lo quitaba en la puerta. Porque, automáticamente, con arreglo a mi leal saber y entender, despachaba los asuntos sin tener para nada en cuenta mi condición de socialista. Todo intento de reforma suscita la reacción, pero lo que es admirable es la serenidad con que la opinión pública está acogiendo estos hechos y cómo agradece los avances positivos en el orden de su fe en la democracia.

Por ejemplo, la popularidad de Tierno, volviendo al asunto. La popularidad del alcalde de Madrid es un hecho muy significativo, y es una popularidad obtenida por el trabajo, por el entusiasmo y por el sentido poético que ha dado Tierno Galván a su labor, que lo aprecia la sensibilidad del pueblo madrileño. Está ocurriendo lo mismo, en general, en todas las regiones, que además han avanzado enormemente en el sentido de la solidaridad. Hoy, el País Vasco, Cataluña, Andalucía, Galicia, Castilla, tienen un sentido de la solidaridad mucho más acusado y práctico que cuando se empezó, hace apenas unos años. De manera que yo creo que hay razones para el optimismo. Que la oposición se opona, es su derecho. Que se opona mal, peor para ellos; que se opona bien, aprovechemos en el partido del gobierno la ayuda que pueda prestar una oposición inteligente. Tengo derecho al optimismo después de tantos años.

—La política de hoy ¿es, a pesar de todo, la única que puede aplicar y desarrollar un gobierno socialista?

—Yo tengo un juicio optimista y muy esperanzado sobre la realidad y el presente de la política española. Es indudable que la transición se ha hecho con prudencia y con auténtica y justa fortuna. Lejos de la “segunda vuelta” que todo el mundo, incluidos los observadores extranjeros, esperaba, la opinión pública ha dado prueba de serenidad y de madurez, y los políticos, la mayor parte jóvenes, han dado prueba de una visión clara y certera. Vista ya con la distancia de diez años, es evidente que se ha avanzado mucho. Incluso tiene mucha significación el que para hacerlo se hayan cumplido formalmente las normas vigentes en la época. Hay que reconocer el acierto de don Torcuato Fernández Miranda al conseguir que con las propias leyes llamadas constitucionales se aprobara la Ley de Reforma Política por el propio Parlamento que, teóricamente, tenía que oponerse a desaparecer en una especie de suicidio político que, sin embargo, abrió la puerta a la senda del cumplimiento formal de

la ley como camino siempre mucho mejor que la apelación a la fuerza, por razón que se tenga para ello.

Que haya habido dificultades o contratiempos no indica que no haya sido un avance constante y sólido el logrado para la transformación de España. Esto se ha logrado por el buen sentido del pueblo, por estar escarmentado de nuestra historia reciente y por el acierto de sus jóvenes políticos. El sufragio ha jugado con una limpieza que no hemos tenido nunca. La verdad es que hemos hecho no pocas elecciones y la propaganda ha sido libre, el electorado ha depositado su voto con toda libertad y los gobernantes, sin dejar de defender sus propios puntos de vista y sus intereses, se han plegado sin embargo al cumplimiento de la Ley. La Constitución tardó en hacerse algún tiempo, pero fue un éxito positivo el haberla hecho por el consentimiento general. El acierto de la restauración de la Monarquía, convertida en realidad en una República Coronada, es indudable. La Monarquía se ha convertido en garantía de los principios constitucionales, es decir, de las libertades democráticas que la Constitución guarda. Indudablemente, la Constitución está llena de principios dogmáticos, de ansia de perfección. Por ejemplo, principios como las declaraciones de derechos iniciales, como la objeción de conciencia, el recurso de amparo, muchos de ellos están en la Constitución de 1931 y significan un avance doctrinal muy considerable que necesita su tiempo para afianzarse y para convertirse en lo que hace la fortuna de las leyes, que es convertirse en costumbre, en la práctica diaria y normal de un precepto del que ya incluso se olvida uno al convertirlo en hábito.

Las dificultades económicas son considerables. Hay que reconocer al gobierno socialista el atrevimiento de enfrentarse con problemas como la remodelación industrial, con el sacrificio que eso significa, pero que garantiza un desarrollo posterior y una puesta al día de nuestra industria para poder mantenerse en la competencia general y poder estar en la CEE en condiciones de igualdad y de eficacia competitiva. Se han hecho muchas cosas: una nueva ley de aguas, transformando una legislación casi centenaria, y el crecimiento del sentido cívico, que es una de las garantías de la derrota final del terrorismo, está patente. Creo que, si lo comparamos con lo que pasó en el país en la crisis de 1830, podemos mirar con tranquilidad el momento actual. Tenemos un nivel de vida muy superior al de entonces; hay, sobre todo, un buen deseo común, consensuado, de mantener la paz y de resolver las dificultades con paciencia y con buen sentido.

—Si me permite una apreciación personal, le diré que, en el terreno cultural, esos progresos quizá sean discutibles.

—Se está haciendo todo lo que se puede porque, además, es en lo que tiene más tradición la izquierda española, y el Partido Socialista en particular. Se pueden censurar algunos aspectos mal orientados. La izquierda ha tenido siempre una gran preocupación cultural. Coja usted los programas de 1879 que redacta Pablo Iglesias, coja usted el Instituto Libre de Enseñanza, que es un hecho capital del pensamiento español moderno. La Institución fue inicial y esencialmente una escuela de primeras letras, de noble influjo en la educación y en la ciencia española.

La etapa actual es heredera de eso. Lo que no se puede negar es que el Partido Socialista ha tenido una tradición ilustrada, eso de cultural a mí no me gusta. Ilustrada, una tradición de confianza en la educación, que no es exclusiva del Partido Socialista, por supuesto, pero sí bastante más clara, con todo respeto a esos supuestos hermanos separados que son los comunistas, cuya educación es ya orientada, con una finalidad determinada, y es natural. En cambio la ilustración, la labor cultural del socialismo, tiene la ventaja de su actitud laica y respetuosa con los demás y tiene, además, esa tradición. Es que un Besteiro, por ejemplo, dirige la Fundación Cesáreo del Cerro, de educación infantil, y Fernando de los Ríos, prócer maestro, es un catedrático y es un pedagogo. Ahora usted ha visto la cantidad de profesores que hay dentro del Partido Socialista y, naturalmente, hacen lo que saben. Siempre cabe hacer mejor las cosas.

Por ejemplo, a mí me apena que haya varios edificios en Madrid que no se usen debidamente, como el supuesto Museo de Reproducciones Artísticas. O me gustaría pensar que no hubiera estudiantes sin un puesto en las universidades, que no se saliera de las universidades para decir “y ahora ¿qué hago yo con el título?”. En fin, yo me pongo del lado de los que están trabajando, y no es lo mismo predicar que dar trigo. Por ejemplo, estuve hace poco en el Panteón de Hombres Ilustres; está abandonado, nadie se ocupa de él ni sabe casi nadie que existe. En la época de Franco se llevaron los restos de Prim con el pretexto de que era de Reus, y los de Palafox a Zaragoza. Y no han acabado los traslados funerarios. Y con todos los respetos a los frailes dominicos, los dominicos se han adueñado de una parte del claustro. A mí me gustaría que los dominicos estuvieran en su casa y el Panteón de los Hombres Ilustres recibiera allí

a Ramón y Cajal, a Indalecio Prieto, a Manuel Azaña y a otras personalidades que deben estar en ese Panteón.

—Y a don José Prat, cuando llegue el momento.

—Es que yo no pienso morirme así como así. Recuerde usted el libro de Gutiérrez Gamero, un académico que escribió sus memorias y el primer tomo se titulaba *Mis primeros 80 años*.

—¿Ve usted a Felipe González como presidente muchos años?

—Pues yo creo que sí, que puede serlo muchos años, porque su madurez política es evidente, la simpatía y la confianza que despertada es completa y tiene el apoyo considerable del Partido Socialista. Pero es que he visto muy pocos estadistas que tengan una simpatía tan general como la que tiene Felipe González en las gentes, incluso ajenas al Partido Socialista.

Las mismas críticas inevitables, sobre todo cuando el período electoral se acerca, no tienen la agresividad ni la dureza que han tenido en otros tiempos. Creo que Felipe González y hombres como Alfonso Guerra, como Gregorio Peces-Barba, como Maravall y otros, están dando pruebas de una capacidad de gobierno y de administración muy considerables. Y nótese que son personas jóvenes y, sin embargo, si se compara su experiencia en 1985 con su experiencia en 1979, han dado pasos de gigante, porque es en el trabajo donde se alcanza la experiencia. Si a eso se une una preparación intelectual valiosa, un gran sentido político y, sobre todo, un gran sentido de responsabilidad y un conocimiento de la realidad española, yo creo que es justo el predicamento que tienen y la consideración que se ha alcanzado en los demás países.

—Puede ocurrir entonces que sea con sucesivos gobiernos socialistas con los que España recupere el importante papel que, en épocas, tuvo en el concierto de las naciones.

—Yo creo que el papel español, que está creciendo, puede y debe crecer más. Se avanza lentamente, no se ve ahora el camino claro hacia un gobierno mundial o, por lo menos, a una estructura internacional que supere los conceptos restringidos de las soberanías nacionales adversas entre sí, con principios como “el vecino es tu enemigo” o “el poder depende de la debilidad ajena”.

Creo que el panorama internacional, si conseguimos hacer frente a la política armamentista, si conseguimos restablecer la confianza en el desarme, si conseguimos huir de la amenaza atómica, puede seguir cauces de esperanza. Dentro de eso, si nosotros continuamos la afirmación de nuestra solidez institucional, si mejoramos

con prudencia y discreción nuestros problemas económicos, sociales y educativos, si conseguimos acentuar la amistad iberoamericana, encaminada no contra EE.UU. ni contra Rusia sino como factor de equilibrio entre esas pugnas que habrán de ceder en beneficio de todos, creo que tenemos un porvenir positivo. Nuestra grandeza ya no puede ser hoy, porque ya no es ésa la grandeza de los países, convertirnos en una gran potencia y tener el dominio del mar, del aire, convertirnos en lo que era, por ejemplo, la Inglaterra de 1914 o la Alemania de aquella fecha, o los Estados Unidos de 1939, sino que es convertirse en una potencia ejemplo de cooperación internacional, una entre iguales, una entre las pares de la comunidad iberoamericana de naciones, dispuestos a la mutua ayuda y a la cooperación con la paz internacional.

Yo creo que, además, esto suscita la simpatía de EE.UU. y de Rusia, que están necesitando de una fuerza moral y material que les impida acentuar sus contraposiciones. No se olvide que en EE.UU. hay veintitrés millones de hispanohablantes que tienen una gran simpatía hacia España, hacia nuestros países. No se olvide que también en Rusia hay una cierta tradición hispanizante que se pone de relieve en personalidades como el propio Pushkin o Lunacharsky, estudioso de Cervantes. Tenemos que aprovechar la situación de potencia moral solidaria con Hispanoamérica. Nuestra posición como país lanzado hacia el Atlántico, nuestras necesidades de paz, coinciden con lo que se llama el encuentro iberoamericano, esperanza gracias al desarrollo democrático que se está logrando a lo largo de toda la América española y portuguesa.

—Con la Monarquía Parlamentaria, ¿sigue usted sintiéndose aquel mismo republicano de años atrás?

—Yo he vuelto un tanto a la actitud que tuvieron los reformistas con don Gumersindo de Azcárate y don Melquiades Alvarez, que hablaban de República Coronada. Ellos procedían del republicanismo y, con correligionarios de la altura de Manuel Azaña y de don Luis de Zulueta, por los años veinte más o menos, estimaron que podía hacerse una reforma constitucional que aceptara el ideal de libertad, el laicismo y el ideal de garantía de todos los derechos individuales que habían proclamado los partidos republicanos. En esas condiciones aceptaron la Monarquía y proclamaron la accidentalidad de las formas de gobierno. Esto, la mayoría de los republicanos no lo aceptaron, y el Partido Socialista se adscribió siempre a la actitud republicana, desde su constitución.

Es curioso señalar que hombres como Romanones, que era de los más vivaces y flexibles de la época de Alfonso XIII, ofrecieron carteras a los socialistas, a Prieto, y yo creo que al propio Besteiro, pero encontraron siempre la negativa, la posición republicana del Partido Socialista. Y la propia dictadura del general Primo de Rivera tuvo una actitud de respeto hacia el socialismo y hacia la Unión General de Trabajadores, y nombraron a Francisco Largo Caballero consejero de Estado. El sistema que se empleó fue éste: nombrar a un representante de la UGT para el Consejo de Estado. El Partido Socialista y la UGT aceptaron ese nombramiento como el sitio en el que podían defender mejor las reivindicaciones obreras. Y se hizo una campaña de difusión de los comités paritarios que se aprovechó para consolidar a las organizaciones de la UGT y del Partido durante los tiempos de la dictadura, mientras los anarquistas tenían más resistencia, entre otras cosas porque se les acusaba de los actos de acción directa que suscitaron incluso penas de muerte, como a los autores de la muerte del cardenal Soldevilla, de Zaragoza.

El Partido y la UGT merecieron un respeto indudable por parte de Primo de Rivera, pero nunca aceptaron la Monarquía. El Partido Socialista aceptó la Monarquía como posible ya en el exilio. Hubo un acuerdo entre Prieto, en nombre del Partido Socialista, y Gil Robles, en nombre del infante don Juan —al menos eso creíamos todos— para procurar, con la ayuda de las potencias occidentales y con la ayuda de la opinión pública interior, la formación de un gobierno sin signo institucional, es decir, neutral, que convocara a un plebiscito para que el pueblo dijera si quería Monarquía o República. Y se comprometían a aceptar el plebiscito, lo que suponía una posible aceptación de la Monarquía si el plebiscito hubiera sido hecho, cosa muy significativa, porque Prieto fue siempre un republicano muy tenaz, pero la realidad política se imponía. Este pacto no llegó a cumplirse. Franco y don Juan celebraron una reunión, no sé si a bordo del yate *Azor*, en la que se acordó mandar a España a Juan Carlos para que continuara aquí su educación, lo que significaba una cierta garantía para la dinastía y, a mi juicio, un rehén para Franco, para tener siempre sujetos, contenidos, a los monárquicos. Franco jugaba, por una parte, a tener aquí a Juan Carlos y, por otra, estimulaba la aparición de otros pretendientes como aquel príncipe Borbón Parma que apareció de pronto, descendiente de Felipe V, o la boda con una nieta suya de un hijo del infante Jaime. Y jugó siempre con un abanico de pretendientes para sostenerse en el poder, que era su propósito y que consiguió plena-

mente. ¿Cómo consiguió, sin embargo, evitar cuidadosamente que el infante don Juan volviera y ocupara el trono como querían los monárquicos? Eso está historiado y se conoce perfectamente. Y el libro de López Rodó sobre *El largo camino de la Monarquía* ilustra mucho sobre los últimos tiempos que terminaron con la proclamación de Juan Carlos como Príncipe de España. Esto quiere decir que el socialismo aceptaba ya la accidentalidad de las formas de gobierno, en principio, con el acuerdo Prieto-Gil Robles, y esa doctrina es la que ha prevalecido.

—La Monarquía aparece ya hoy como incuestionable para nuestra historia presente y futura.

—Es lo probable, por una razón, porque se trata —vuelvo a repetir— de lo que llamaba don Gumersindo Azcárate una República Coronada. En realidad, aunque se trate de una Monarquía Parlamentaria, los poderes que tiene el Presidente del Gobierno le dan cierto aire de Monarquía Presidencialista, con lo cual la Corona es una figura representativa o un poder armonizador, que no es que no tenga funciones, pero las funciones de gobierno estrictamente son por entero del Presidente del Gobierno.

—La Constitución actual ¿logra ser, a su juicio, comparable a las mejores Constituciones habidas?

—Yo creo que sí. Tiene, incluso, la experiencia del infortunio de la Constitución de la República. Tiene, quizá, algunos puntos de vista demasiado doctrinarios, como los tuvo la de la República, por ejemplo, la regulación muy detallada de la parte dogmática de los principales derechos del hombre, o al tratar de los tribunales de honor, que los deja para el ejército y los prohíbe en los demás casos; no recuerdo cómo está, pero lo cierto es que desciende a detalles no del todo necesarios. Qué duda cabe de que es un avance la objeción de conciencia, pero establecida en la Constitución puede crear dificultades para la efectividad y prudencia de las leyes. Qué duda cabe de que es excelente el Tribunal Constitucional, pero si no se tiene una experiencia, como no la tenemos en España, sobre lo que es la sumisión del poder legislativo a un poder extraño, puede significar dificultades para el funcionamiento del poder legislativo. Qué duda cabe de que la independencia de los poderes es justa, pero es que los poderes no son independientes del todo jamás. Han de tener una armonización y una conexión, y en las concepciones de la monarquía del siglo pasado el poder moderador era el Rey; era el que hacía

teóricamente el servicio de armonizar las pugnas de los demás poderes.

Aquí se ha creado el Tribunal Constitucional, que tiene sus indudables ventajas, pero tendremos que esperar años para que su jurisprudencia se decante y permita el funcionamiento más sencillo y más natural de las instituciones. Ya es tener una Constitución ambiciosa pasar de un estado centralista a un estado de autonomías, que no es federal y que, sin embargo, tiene aspectos que van más allá de lo federal y otros que no llegan. Su éxito no depende de lo que diga la Constitución, sino de cómo sepan cumplirlo y aplicarlo. Yo creo que se va alcanzando mucha madurez al pasar el tiempo, y que ya las excesivas concepciones regionales, un poco ingenuas, dejan paso a una visión solidaria que es fundamental, no sólo para la consolidación de la Constitución, sino para la paz y la armonía interior del país. Por lo demás, he pensado siempre que es fundamental cumplir la Constitución y convertirla en una costumbre cotidiana, que cumplir con los mandatos constitucionales sea un hábito, como es un hábito en los países que tienen el jurado y funciona bien, que sea algo habitual ver cumplir serenamente los deberes de ciudadanía sin dejarse llevar ni del temor ni del soborno ni de la pasión. Es decir, convertir la Constitución en una norma cotidiana, consuetudinaria. Eso es esencial. Y es esencial para que perdure la Constitución que no estemos todos los días retocándola ni atribuyendo a la Constitución los defectos de los hombres. Una ley nunca puede ser perfecta y, sin embargo, si se aplica con prudencia es suficiente. Y una ley imperfecta pero prudente es mejor que una ley perfecta, que no se conseguirá jamás, aplicada imprudente y dogmáticamente. En este aspecto creo que la Constitución es un acierto aunque, a mi juicio, tenga algunas ingenuidades. Pero, claro, uno se reserva siempre el derecho de disentir, ése es uno de los privilegios de la libertad.

—Siendo imposible alcanzar una ley perfecta, la verdadera justicia se esfumaría, como se esfuman las utopías.

—Es que la utopía es una estrella que marca un camino, pero nadie puede conseguir una estrella con las manos. Es lo que llamaba don Fernando de los Ríos la asíntota, es decir, ese concepto geométrico que dice que jamás el polígono inscrito puede convertirse en circunferencia porque el número de lados de un polígono es infinito. Y la utopía es en sí misma inalcanzable, pero no se puede progresar sin tener a la vista la utopía. Ahora, para conseguir acercarnos a la utopía hay que poner los pies sobre la tierra. Por eso yo acepto la

República Coronada, porque, claro, sería insensato procurar acabar con esa Constitución para establecer la República. Vale mucho más aceptar una ley, como decía Julián Besteiro, perfectible, que no hacer una ley perfecta de suyo imposible.

—¿Qué concepto de la vida aproxima entonces más al hombre a la utopía?

—Yo creo que el concepto de la conciencia como guía de la conducta personal. Y la conciencia moral, estimada no sólo como deber individual, sino como visión de solidaridad. Nosotros tenemos el deber de guardar la lealtad con la propia conciencia, pero tenemos que advertir que los demás hombres tienen el mismo derecho que nosotros. Esto nos obliga a una actitud de tolerancia y de comprensión. Son los viejos principios del Derecho Romano que están, me parece, en Vulpiano y que son estos tres: no dañar a otro, vivir honestamente y dar a cada uno lo suyo. Ateniéndonos a eso, la vida sería muy diferente, qué duda cabe, por eso mi admiración por el artículo sexto de la Constitución de Cádiz, que dice más o menos: “el amor a la patria es un deber de todos los españoles, que, además, serán justos y benéficos”. Yo creo que con esos tres conceptos un pueblo puede ser humanamente feliz hasta donde es posible, porque no depende sólo de él, pero sí puede ser un hábito suyo la prudencia.

—De hecho, la Constitución de los Estados Unidos es de una gran brevedad. No parece pues que alcanzar la justicia de las leyes sea cuestión de un número mayor o menor de palabras.

—En principio exige muy pocas palabras. Vea usted que la Declaración de Independencia de EE.UU. señala los derechos innatos del hombre que son, dice, la libertad, la seguridad, la propiedad y la procuración de la felicidad. Ahí tiene usted todo un programa. Yo resuelvo mi doctrina en cuatro palabras exactamente: paz, libertad, ley y socialismo. No hacen falta más. Ahora, el socialismo es un camino, no es un logro definitivo y total. Yo no concibo, y además no creo que haya ninguna idea que lo justifique, el sacrificar a los hombres. Una actitud de socialismo totalitario que tiene que obligar inevitablemente a ir a las prisiones, a las penas de muerte, al terror, no la acepto. Yo prefiero la doctrina de Fernando de los Ríos: “nosotros aspiramos a convencer, y no a vencer”. Aparentemente se va a tardar más, sí, pero es que hay que buscar un camino que valga lo que cuesta, y no que el valor sea inferior al coste. Y si para conseguir unos principios hay que cometer crueldades, es menester atenuar los principios. El primer principio ha de ser el respeto a la vida humana, eso es sacrosanto. A partir de ahí, vamos adelante.

El hombre universal y solidario

Legar una vida más armónica al siglo XXI/ El delirio de apelar a las grandes guerras/ "¿Por qué hemos de aceptar los hombres la fatalidad?"/ El peso de los factores ideológicos y religiosos/ Se creyó que la historia empezaba en 1939/ La biblioteca selecta de la emigración española/ El perfeccionismo del hombre por el saber/ Un institucionista foráneo/ "¿Quién puede ser neutral si no tiene una fuerza armada suficiente?"/ Insistiendo con machacón espíritu utópico/ No es de ahora esa serie de desastres.

—¿Se atreve usted a calificar al hombre del siglo XX?

—Todos los siglos tienen, a mi juicio, un aspecto característico y un aspecto de transición. Los comienzos del siglo XX son, en mi opinión, continuación del último tercio del siglo XIX, que se caracteriza por una afirmación de la paz europea bajo el principio del equilibrio y un avance técnico considerable. Aparece la era del motor de explosión. Es una continuación del siglo XIX que se rompe en 1914 y viene esa gran época de crisis de la que se puede considerar que estamos aún en sus consecuencias. En esta época ha habido un gran desarrollo de la técnica, pero también de los poderes destructores del mundo. Y la universalización de algunos principios, como el de independencia de los pueblos. Africa y Asia de ahora no son las del siglo XIX. De manera que hay un mundo más libre, de problemas colectivos más complejos, de un crecimiento de población inmenso, pero que tiene a su disposición una técnica muy perfeccionada. Yo creo que a este siglo le corresponde legar al siglo XXI una estructura más armónica de la vida, de la relación de los pueblos y, sobre todo, del nivel de vida medio del género humano. Hay que encontrar fórmulas de asistencia y colaboración contra el hambre y la ignorancia, que superen los prejuicios de razas y de poder. Estas, claro, son cosas muy genéricas, pero se puede avanzar en ese sentido. Yo creo que al hombre del siglo XX... en una sola palabra... me atrevería a llamarle el hombre de la crisis de la sociedad capitalista y de la técnica o, de manera más sintética, el hombre abrumado por el terror de la guerra, pero esperanzado por los avances de la técnica. De lo que no me atrevo a hablar es del aspecto moral, y es fundamental el aspecto moral del hombre porque, tanto del capitalismo como de la tecnología o el terror en sí mismos, el aspecto moral está ausente. Pensemos en el hombre de la transición del nacionalismo a la solidaridad mundial. Yo creo que podría resumirlo así: la transición dramática del nacionalismo a la solidaridad como esperanza y ansia de paz; el hombre de transición del capitalismo a la esperanza de paz y solidaridad mundial. Una cosa así.

—En un artículo que usted publicó en la revista albacetense *La Seda*, dice que el siglo XX es un ejemplo delirante de la condición humana, ¿a qué se refiere?

—Me refiero sustancialmente a lo que ha significado de delirio el apelar a las grandes guerras por no saber superar los antagonismos políticos y económicos. Y luego, a la gran pugna contra la humanidad que significa el totalitarismo, me refiero a cualquier totalitarismo, al fascista o al comunista. Eso me parece delirante, y la prueba está en que hemos tenido las matanzas inmensas de estos años. Y es delirante que no hayamos tenido la capacidad idealizadora necesaria para superar esa realidad y hayamos seguido con la fatal imposición del desastre. Yo, en el año 39, dejo Europa con la conciencia de que la guerra general es una fatalidad inevitable, y resultó una fatalidad inevitable. ¿Por qué hemos de aceptar los hombres el concepto de la fatalidad inevitable?

—¿No será que el hombre del siglo XX, como el del Renacimiento, es mayoritariamente un hombre sin escrúpulos?

—El Renacimiento produce dos tipos de hombres: el hombre sin escrúpulos y el hombre que trata de realizar el ideal de humanidad aprendido en los clásicos griegos y latinos y en el Evangelio. El Renacimiento, no nos olvidemos, produce además de la pluma violenta y vendida de Pedro Aretino, un canciller Moro y un Luis Vives, al propio Erasmo de Rotterdam, con sus pequeñas veleidades vanidosas, y Guillermo Budeo, que es una enorme austeridad y un enorme saber; y produce a San Juan de la Cruz y a Santa Teresa de Jesús, y a Montaigne. De manera que el Renacimiento, además de producir hombres sin escrúpulos, produce también al hombre universal. Y el hombre universal es superior como creación renacentista, vale mucho más que el hombre sin escrúpulos como, por ejemplo, pudo ser César Borgia.

¿Pero es que en la Edad Media no hubo ejemplos semejantes a los de César Borgia? Si ponemos a Borgia como prototipo del político sin escrúpulos, ¿es que Maquiavelo lo que hace es inventar una doctrina, o recoger una realidad y aconsejar su aplicación política con un criterio puramente realista?, ¿es que la época del imperio romano no produce ejemplos de ferocidad terrible? En el Renacimiento lo que importa son los valores positivos y éstos vienen dados por el sentido humanista enriquecido por el saber. Es verdad que el hombre sin escrúpulos tiene más cinismo en el Renacimiento que en otras épocas, lo declara abiertamente; incluso considera una

obra de arte el mostrarlo así en la literatura, en la conducta, pero eso no es exclusivo del Renacimiento. En cambio, el hombre que hace del saber un instrumento de la acción, ése sí es fundamentalmente renacentista.

Se estudia a San Agustín y se quieren incorporar las ideas agustinianas, y el propio Erasmo lo hace; y se estudia a Cicerón y se busca un comportamiento con la dignidad cívica de Cicerón, etc. Es un momento de exaltación de la personalidad. Aparecen estos tremendos conquistadores españoles y no españoles que rompen la norma moral. Pero ¿es que los conquistadores, en cualquier época, han tenido rigurosa norma moral? Yo no lo justifico, pero hay una parte positiva en su acción desaforada y tremenda: han creado unas nacionalidades americanas, sin contar lo arbitrario de las generalizaciones condenatorias de la “leyenda negra”. Hubieran permanecido o nacido otras culturas, pero las culturas actuales de Iberoamérica son consecuencia de la conquista, que no fue sólo el hecho material de la conquista. Es la aportación de toda una tradición cultural enriquecedora y permeable porque recoge lo que hay allí y lo universaliza. Es que lo que sabía el hombre hasta 1500 en Europa no es lo que sabe desde 1500 hasta hoy. Como cuando logremos viajar normalmente a los astros; tendremos un saber mucho más amplio y universal.

—Teniendo en cuenta las enseñanzas de la historia, ¿usted cree que es más aconsejable para nuestro país estar abierto, seguir como canal de corrientes de influencia, o no estarlo?

—Yo creo que debemos buscar las dos cosas. De una parte, estudiar nuestra tradición y nuestra realidad esencial y, de otra, no tener prejuicios para la apertura al saber universal. Lo que pasa es que somos un poco enemigos de los términos medios. Se da el caso del tradicionalista que no se entera de lo que pasa fuera de España y se cree que España es un mundo cerrado, y se da el caso del amigo de lo extraño, que no conoce nada de la realidad española. Y ahora estamos en ese segundo momento. Ahora hay una enorme apertura, pero incluso inconsciente, que se nota por ejemplo en la música juvenil. Yo no digo que sea un caso exclusivamente de España, es general. La influencia de la música norteamericana, desde el jazz y los “cantos espirituales”, es anterior a 1920, consecuencia de la guerra mundial, pero la influencia de los *hippies* es de origen inglés. A través de los “rebeldes sin causa” de EE.UU., la tendencia a aceptar modas norteamericanas y neologismos y barbarismos norteamericanos la sufren todos, entre otras cosas porque no se estudia la lengua

y los clásicos, castellanos en nuestro caso. Se estudia más *El Quijote* y se lee más el diccionario de la Academia Española en Suramérica que aquí. Yo he visto en Colombia agotarse las ediciones del *Quijote* en una feria del libro. Valía la pena ver la feria del libro, que ya tampoco se celebra el día de Cervantes, sino en mayo, porque los libreros creen que es mejor negocio. ¿Cuántos *Quijotes* venden? En cambio, la abundancia de traducciones buenas y malas... A mí no me parece mal que haya traducciones, no; lo que yo quiero es que la gente se entere de lo que es su propio país.

Pasa en todo. Por ejemplo, en los expertos juristas, que es lo que yo he visto un poco de cerca, que van a buscar instituciones políticas fuera que, a veces, son de origen español. Por ejemplo, los estatutos regionales: han buscado cómo están en Italia. Pues resulta que Italia los tomó de la República española. Y con el Tribunal Constitucional se han inspirado en los modelos alemanes. ¿Por qué no se han inspirado en la Constitución de 1931?, ¿por qué no se han inspirado en la tradición del Derecho Público aragonés? Y han creado un Tribunal Constitucional con un error tan grande como el del recurso previo, que se ha podido corregir, pero es que les era más fácil a los juristas españoles leer la última traducción del italiano o del alemán que coger y meterse en nuestra propia historia. Ha habido un corte tremendo con los cuarenta años de una situación que rompió con la tradición liberal española y quiso volver a la arqueología. Entonces se creyó que la historia empezaba a partir de 1939.

—¿Hasta dónde será necesario arrastrar las consecuencias de ese paréntesis de cuarenta años?

—Hasta el punto que costará mucho tiempo salvar ese hueco de ruptura en la tradición creadora del pensamiento y del arte español. Por ejemplo, ahora hay una editorial, *Antrophos*, que está publicando las cosas que los españoles han escrito en América. ¿Qué conoce el español culto medio de lo que ha hecho el exilio intelectual de España en América? ¿Conocen, por ejemplo, la labor de filosofía de Gaos, la labor de Xirau, la de María Zambrano? El propio Ortega estuvo años en Buenos Aires y luego estuvo en Portugal, menos mal que la editorial *Revista de Occidente* ha salvado del olvido sus obras, pero hay muchas cosas perfectamente desconocidas. Yo propuse hace tiempo aquí, en el Senado, que el Ministerio de Cultura hiciera la "Biblioteca selecta de la emigración española". Se aceptó y se dijo que sí, pero no se ha hecho nada. Hay una inmensa labor que ha enriquecido a esos países —y ellos lo han reconocido con entu-

siasmo—, que incluso ha abierto ventanas a los intelectuales españoles, pero ha empobrecido a España. Es triste pensar que la España de historiadores de la categoría de Altamira o de Claudio Sánchez Albornoz pasara a lo que ha sido la historia de España en los trabajos de los historiadores españoles a partir de 1939. Entristece ver los manuales de historia que se escribían en España por los años cuarenta, con una adoración frenética al poder constituido, a la autocracia reinante, y un desconocimiento, voluntario o forzoso, de todo lo que habían significado el siglo XIX y el siglo XX españoles. El siglo XIX no lo sabe nadie, todos tienen un concepto de que fue un siglo en el que España no produjo nada. ¿Qué saben de la generación del 98 que es la que, sin embargo, ha tenido más suerte?, ¿pero qué saben de la producción científica española a partir de 1828 para acá? Bueno, hay casos contemporáneos tremendos, como el de Duperier, que era el especialista más notable en rayos cósmicos, que trabajaba en Inglaterra y decide volver a España. Inglaterra le regala el laboratorio para que lo instale en España y la aduana española lo detiene y no le deja que coloque aquí su laboratorio y siga sus estudios, y se muere sin haber podido continuarlos.

Tiene usted, por ejemplo, el caso de Martín Echeverría, que era un sociólogo eminente, letrado de las Cortes. Se exilió en México y allí murió. ¿Qué hacemos con su labor sociológica? A los jóvenes se les habla de Rafael Altamira y no tienen idea de quién era, uno de los grandes maestros de los historiadores españoles contemporáneos a quien se debe la orientación americanista del pensamiento histórico español. Fue director general con Canalejas, y miembro del Tribunal de La Haya.

Sánchez Albornoz reconstruyó su Escuela Medieval en la Argentina, país que no tenía, al parecer, nada que ver con la Edad Media, y allí ha surgido una escuela de medievalistas. El caso del gran latinista y paleógrafo Agustín Millares Carlo, que creó una escuela de Paleografía en México. A ver, ¿qué paleógrafos han surgido en España comparables con él? Había una escuela de arabistas maestros de García Gómez; ésa ha continuado aquí y se ha defendido mejor. Lo que fueron los arabistas aragoneses y valencianos han tenido continuación con García Gómez y algunos más. En filosofía ha habido una crisis tremenda como consecuencia de la guerra. Y cuidado que hay un movimiento universitario más intenso que nunca y, evidentemente, se está trabajando, pero ha habido una ruptura que es muy difícil rellenar. Y valdría la pena, para rellenarla, divulgar en España la obra del exilio, estudiar con afecto los siglos

XIX y XX españoles, sin prejuicios, cualquiera que sea el ámbito político. Qué duda cabe de que hay figuras valiosas que permanecieron en España, como Dámaso Alonso, que escribió además *Hijos de la ira* en plena época franquista. Eso es menester que se estudie con un sentido de continuidad histórica, que no es incompatible con conocer perfectamente las letras francesas y las alemanas, inglesas, rusas...

—El krausismo, que tanto la influido en usted, vuelve a ser objeto de reflexión, profunda a veces y, en ocasiones, frívola. Paco Umbral ha escrito que el krausismo es el sentido común de las izquierdas burguesas.

—No es el sentido común. El sentido común no necesita del krausismo. El sentido común es simplemente la claridad y la discreción. Y el krausismo es una filosofía, y con una metafísica muy oscura; es una de las escuelas que deriva del idealismo alemán, que deriva de Kant. Hay dos cosas en toda filosofía: la filosofía estrictamente hablando, que es su sentido técnico, y su metafísica, que ésa la conocen muy pocos. Por ejemplo, la que está en las obras de Sanz del Río, Giner, Fernando de los Ríos, en el librito muy bien hecho de éste último, *El pensamiento vivo de Giner*, y que parte de una condición idealista derivada en segundo grado de Kant. Porque a Krause se le sitúa en el círculo de los filósofos discípulos de Schelling, que es uno de los idealistas alemanes del siglo pasado y tiene una metafísica un poco complicada pero con una moral romántica de extraordinaria belleza. Lo que prende aquí, en España, es la moral romántica del krausismo, y esa moral no será tan del sentido común cuando la combaten violentísimamente los católicos, los escolásticos, que hay que pensar que tampoco son ajenos al sentido común. No, hay que dejar el sentido común aparte.

Lo que hay en el krausismo es una visión moral renovadora de fondo y de raíz romántica que cree en el perfeccionamiento del hombre por el saber, y en el perfeccionamiento armónico del hombre en todas las esferas, en el orden físico, en el intelectual, en el moral, como artesano, como poeta, como deportista, como ciudadano. Es lo que es el orden de condiciones de la vida humana. Esa integración krausista es de enorme interés, hecha por obra de la razón, y además con un gran respeto a la conciencia individual. Ese es el Krausismo, enfrente de la posición de la Iglesia, que se resume así: “tenemos la verdad revelada y lo que hay que hacer es mantener severamente la metafísica tomista y la moral católica”. Y el choque es tremendo

porque se trata de la afirmación de la conciencia individual como principio, que es lo que en definitiva resuelve el krausismo, que ha recibido todas las sugerencias de su maestro, que le enseña la exaltación ética, y de la norma objetiva creada por la tradición y que conduce a la salvación eterna. Por eso surge la pugna.

Ahora, ¿qué consecuencias tiene el krausismo para España? Pues, esencialmente una renovación del pensamiento filosófico porque, si no, hubiéramos seguido en España como en el siglo XIII, con las ideas escolásticas que tuvieron en el siglo XIX a un filósofo discreto que era el cardenal Ceferino González; hubiéramos seguido con eso y a lo más que hubiéramos llegado habría sido a aceptar, como se aceptó por algunos, la renovación escolástica de Lovaina del cardenal Mercier. Y ahí están todas las revistas interesantes pero que sólo leían ellos: *La ciudad de Dios*, de los agustinos, *Razón y fe*, de los jesuitas, *La ciencia tomista*, de los dominicos. Porque ha habido una labor cultural valiosa en las órdenes religiosas españolas, eso no tiene duda. Y la actuación de la Institución Libre de Enseñanza, con su boletín. La influencia de la Institución fue, primero, abrir las puertas del pensamiento español al resto de Europa y del mundo. Sanz del Río da el ejemplo al irse a estudiar a Alemania, y Alemania se pone de moda para los pensadores españoles. El neokantismo, a comienzos de siglo, cobija a los jóvenes intelectuales españoles como José Ortega y Gasset, Luis de Zulueta, el propio Maeztu, Fernando de los Ríos, Julián Besteiro. Son todos discípulos de la Institución. Ortega, aunque ha estudiado con los jesuitas en Málaga, tiene influencias de la Institución. Otros son institucionistas foráneos, que yo les llamo. Yo me considero un institucionista foráneo porque he pisado la Institución por primera vez hace dos años, y toda la vida me he declarado institucionista.

De manera que lo que hacen es recoger la sugestión krausista y adaptarla a sus condiciones filosóficas propias. Técnicamente, Ortega no es un krausista, ni Besteiro es krausista, Fernando de los Ríos se mantiene más dentro del krausismo pero tiene aspectos neokantianos. Los krausistas no son marxistas pero ven con simpatía ese movimiento de integración humana que es el socialismo. Un marxista es Besteiro; un marxista heterodoxo, Fernando de los Ríos; marxista puro, Verdes Montenegro, todos los que han hecho socialismo doctrinal en España.

Lo de la burguesía no es verdad, unos son burgueses y otros no. Claro que predominaba la corriente liberal económica. Y un defensor de la economía liberal no tiene por qué ser marxista, y puede

pertenecer al krausismo español. La Institución Libre se fundó como institución privada y no aceptó nunca la menor ayuda del Estado. De manera que tenía algunas ayudas de benefactores, como la Fundación Serra Pamiés, pero no hay tal aspecto burgués. También dentro del catolicismo había más o menos burgueses, y la doctrina social-católica es burguesa, pero menos burguesa que la doctrina rigurosa y egoísta de los que sólo son católicos formales o de rito. En eso no tiene razón Umbral. Por tanto, el buen sentido está en el krausismo y fuera del krausismo. No es verdad que sean burgueses, unos lo eran y otros no. Tan krausista es Besteiro como Justino de Azcárate. Justino de Azcárate no es socialista, defiende la propiedad privada, pero en todos ellos hay una limitación de la propiedad privada que un capitalista nato no acepta. Luego, si hay algo es una cierta cercanía hacia el socialismo. Se produjo una cierta selección, decían que era una organización aristocrática, poco abierta. Lo que pasa es que en las asociaciones culturales se produce la selección inevitable. No es lo mismo asistir a una escuela de mucha calidad como era la Institución Libre que asistir a una escuela regida por un maestro incompetente. En ese sentido surge una diferencia inevitable. El krausismo tiene una influencia genérica. Muy poca gente recuerda ahora la Escuela Superior del Magisterio, muy poca gente recuerda el Museo Pedagógico. La Escuela Superior de Magisterio creó los nuevos profesores de escuelas normales y la Inspección de primera enseñanza, con lo cual se alcanzó un magisterio que en el año 1931 ofrecía una calidad intelectual y pedagógica muy considerable. Y la escuela española nacional empieza a crecer desde antes de fines del siglo XIX gracias a la influencia genérica de esa modesta institución que era el Museo Pedagógico, donde cobraba el director 1.500 o 2.000 pesetas al año. Publicaban las cuentas cuidadosamente en las memorias, y se estaba al nivel de lo que se hacía en toda Europa y América, incluso a veces acudía también el director a los congresos, como el de Bruselas, no sé cuándo, con unas proposiciones que gustaban porque significaban novedad valiosa. Luego, profesores formados o influidos por ella permitieron la renovación de la filosofía española que, si no, hubiera seguido adicta a un tomismo delirante al que volvió Franco.

Muchas cosas serían inexplicables sin la fuerza de renovación que trajo el krausismo a España. Fue la ventana abierta al saber moderno, como lo fueron en el siglo XVI las relaciones de España con Italia. Qué duda cabe de que aquí se recogió el pensamiento artístico e intelectual de Italia, y dio frutos nuevos. Como ahora se

está recogiendo la creación de los Estados Unidos, un pensamiento intelectual muy elevado porque se están llevando los mejores cerebros del mundo. Porque el saber tiende a ser universal y, además, nuestro tiempo, con los recursos que tiene, permite la mayor universalidad. En la Universidad de Yale, donde trabaja un nieto mío, su profesor era el gran especialista mundial en una técnica que era nueva hace unos años: la sonografía o ecografía. Pues se lo llevaron a la Yale y allí han creado una escuela magnífica y tienen la mejor biblioteca de Historia de la Medicina del mundo. En el Congreso de Washington está la mejor biblioteca hispánica del mundo, porque tienen mejor organización y más recursos que en la Biblioteca Nacional de Madrid.

—¿Y por qué cre usted que todo ese saber se centraliza desde hace años en EE.UU. y no en otra parte del mundo?

—Porque se ha hecho una potencia mundial de primera clase. Figúrese usted, en primer término es un país extenso, es todo un continente, siguió una política de expansión, aprovechó la falta de visión política de los ex-virreinos españoles que, unidos, hubieran podido ser los dueños o, por lo menos, tener una posición muy firme en América y, separados, fueron víctimas de la expansión ajena. La mitad de México la ocuparon los norteamericanos en el siglo pasado. Promovieron la independencia de Texas y luego se la anexaron, y se quedaron con la alta California. Note usted que los nombres españoles que hay en la toponimia norteamericana pertenecían a México al ser heredero del antiguo virreinato español.

Por si fuera poco, impulsaron la compra de Florida a Fernando VII y, luego, encima, hicieron la guerra del 98 con el pretexto de defender una causa tan respetable como la independencia de Cuba. De lo que se trataba era de su expansión, y la consecuencia fue ocupar Cuba y Filipinas. Necesitaban tener el canal de Panamá y, entonces, suscitaron la separación de Panamá de Colombia. Es una carrera de imperialismo que, paralelamente, sigue Rusia. Vea usted lo que era la Rusia del siglo XV, la Rusia de Kiev, y lo que es ya la Rusia de los zares, con el ferrocarril transiberiano hecho ya en 1914 y con las posiciones de dominio en la Mongolia, que acabaron por anexarla para hacerla una república asociada. Y chocan allí con ese imperialismo asombroso y esa enorme revolución, sin ejemplo en la historia, que es la de Japón, que siendo un país medieval en 1860, en 1905 ha conquistado Corea y ha derrotado a una gran potencia como la Rusia de los zares, y en 1941 ataca de manera cruel, implacable y cobarde, a EE.UU. Y sin embargo, son los Estados Unidos los que

tienen que soportar, enriquecer y gratificar a ese Japón, y ahí está todavía el mismo emperador que presidía el Estado que atacó a Pearl Harbour, por fuerza de la fatalidad de nuestra estructura internacional fundada en el equilibrio. Ellos necesitaban al Japón como un valladar a la expansión asiática de Rusia. Y hoy, Japón es el gran competidor de la producción norteamericana. Son las grandes contradicciones del capitalismo.

EE.UU. tiene, primero, ese poder de expansión; segundo, su habilidad y su dureza de acción cuando hace falta. Cuando hace falta ser implacables, son implacables. En la protección de las dictaduras suramericanas, por ejemplo. En 1917 el propio Wilson invade México con cualquier pretexto, y llegaron hasta la capital de México. Sin embargo, han tenido siempre un mérito: el principio de la libertad individual. El derecho de crítica ha existido siempre en EE.UU. Ya Tocqueville encuentra unos valores de libertad en EE.UU. muy importantes, y es evidente que ellos se anticipan al constitucionalismo europeo con la Declaración de Derechos del Hombre, de Virginia. Y la independencia de EE.UU. marca un hito en la historia de la libertad. Ahora, esas colonias eran imperialistas... Cuando se critica la política de Felipe II es muy difícil ver la alternativa. El era el campeón del catolicismo, pero es que, si no lo apoyan los católicos, los protestantes se lo comían. Y acabaron comiéndoselo. De manera que hay una cierta inevitable fatalidad. Hay que ver cómo los rusos se apoyan en el comunismo y son una fuerza de penetración tremenda fuera de Rusia, y los norteamericanos se apoyan en la política liberal económica y en las iglesias cristianas, y tienen una gran penetración también.

—En esa carrera, el resto de las naciones, por muy soberanas que aparezcan, van a rueda de sus decisiones.

—Eso es inevitable y ha pasado siempre. Lo más que cabe hacer es jugar habilidosamente las cartas que se tienen. Por ejemplo, el caso de Suiza, que ha sido invadida muchas veces hasta comienzos del siglo XIX y todavía la invade Napoleón, pero después advierten todos que es útil tener a Suiza independiente. Ellos tienen un ejército modesto pero dispuesto a defenderse, tienen montañas y, en cambio, las grandes potencias pueden tener allí un centro para espionaje y operaciones financieras y para compra de material: conservamos la neutralidad de Suiza. Los belgas nacen como país neutral en 1830, las potencias imponen a Austria la independencia de Bélgica pero, como eso no le conviene a los alemanes, la invaden en 1914 y la vuelven a invadir en 1939. La neutralidad siempre ha sido o por

coyuntura bien aprovechada por los neutrales o por tener una suficiente fuerza. Por ejemplo, Suecia es neutral, gasta mucho en ejército, tiene un buen ejército y la respetan, pero tan neutral como Suecia eran Noruega y Dinamarca, y las ocuparon porque les interesaba. El principio de “no es neutral quien quiere, sino quien puede” yo creo que es evidente. ¿Quién puede ser neutral si no tiene una fuerza armada suficiente?

—La pretendida unidad europea ¿puede conducir finalmente a convertir a Europa en una tercera potencia? Además, ¿cabría la posibilidad de que eso ocurriera pronto?

--Pronto, yo no creo. La historia no se detiene, y es muy difícil hacer profecías. Es un fluir como el de los ríos, constante, sin detenerse. La era imperialista puede cesar. La Edad Media llegó, en la teoría, a una concepción unitaria de dos cabezas: Papa y Emperador de Alemania, la “teoría de las dos espadas”. En el mundo de la cristiandad, que es un mundo unitario, con una autoridad religiosa que es el Papa y una autoridad política que es el Emperador, los títulos universitarios valen para todas partes; el que es licenciado en un país lo es en los demás. En teoría, hay una unidad tremenda, lo cual no garantiza la paz pero, por lo menos, las guerras eran teóricamente injustas. Hay, sin embargo, una constante lucha, y los poderes del Emperador, que debía acatar el Rey, empiezan por no ser acatados, como los nobles que debían acatar al Rey y tampoco lo hacían. Ahora, en teoría hubiera sido una construcción perfecta. Si el Emperador se pone al servicio espiritual del Papa, el Papa ofrece toda la fe al servicio de la paz y la salvación de los hombres, los reyes obedecen al Emperador, los duques obedecen al Rey, los condes a los duques, etc., etc., eso es perfecto.

Fracasó el sistema y vino la teoría de las nacionalidades, que empieza a crearse lentamente, es decir, los estados modernos que todavía no tienen sentido de la nacionalidad apenas en el siglo XV. Uno de los primeros que tienen sentido de la nacionalidad es España, que conserva la palabra España como sinónimo de toda la península. Luego se consolida con la revolución francesa y con la guerra de la Independencia española, y surge entonces ya el sistema del Derecho Internacional, que trata por igual a todos, que les da normas para la paz y que, en caso de guerra, da normas también para hacer la guerra menos cruel, para salvar a la gente inocente, para garantizar la vida de los prisioneros, para señalar maneras de treguas, arbitraje, etc. El sistema fracasa con la guerra total. Entonces, en este momento, ¿qué

tenemos?: un equilibrio inestable de las grandes potencias, y otras que giran en su torno con una cierta autonomía, porque los grandes poderes necesitan contar con los pequeños. Un equilibrio inestable que está permitiendo una paz general no completa desde 1945, en la cual hay guerras locales, bastantes, en gran parte ecos de esa actitud. Lo que sugiere Peces-Barba de un gobierno mundial es un ideal que ya se ha probado muchas veces. Es muy difícil, pero es evidente que si hubiera un gobierno mundial tendríamos la solución. No haría falta el poder del Papa, como en la Edad Media, porque, entre otras cosas, ya las religiones tienen suficiente consistencia y sentido para sostenerse en la esfera de las creencias, pero sí haría falta un poder central que asegurara la paz universal. Mientras tanto, ¿qué hacemos?

El hecho es que en este momento nosotros podemos ser agredidos por Marruecos. ¿Qué hacemos? Si quieren conquistar Ceuta y Melilla, ¿las cedemos limpiamente? Son poblaciones españolas con cinco siglos de historia española y con población española. Otro caso: Gibraltar, ¿lo conquistamos nosotros? Hemos de acudir a la guerra si creemos que tenemos derecho. Hay que pensar en soluciones pacíficas y políticas, y buscar una buena vecindad con Inglaterra, con Marruecos y con Portugal. No hay otra solución. Tenemos las bases norteamericanas que Franco acepta porque le conviene y lo salvan, pero nosotros no tenemos suficiente poder para quitarlas del todo, porque el poder económico de EE.UU. es fundamental. Lo único que nos permiten es hacer manifestaciones absurdas e idiotas cuando nos visita el Presidente. Les trae sin cuidado porque tienen suficiente solidez para hacer su política. En teoría, nosotros podemos mantener la neutralidad que hemos mantenido desde 1814, pero con esa neutralidad sufrimos el ataque de EE.UU. y hubo que aguantarse porque fue una guerra civil la guerra de Cuba y la de Filipinas, con intervención de EE.UU. Ahora bien, en 1936, con la guerra civil, la no intervención fue una neutralidad al revés.

Europa sí podría jugar un papel importante como tercera potencia, y lo está jugando. Puede crecer ahí un grupo estabilizador importante. Esa posición francesa no es sólo de Mitterrand, es anterior. La tendencia y lo razonable es que Europa, la Europa occidental, sea el factor estabilizador. Eso puede hacerse en pocas décadas. Yo creo que de aquí a fin de siglo puede hacerse, pero para eso es menester, a mi juicio, que se pierda el temor mutuo entre Rusia y EE.UU., que es muy grande, y se empiece a practicar en serio la política de desarme. Para mí la última causa humana de la guerra

es el miedo, el miedo al poder ajeno. Y luego, el desarme es fundamental, y el desarme exige poder de inspección del desarme, encontrar soluciones económicas para el paro industrial que supone el desarme. Porque hay que ver la baza que ha tenido a su favor para la reconstrucción económica norteamericana la industria de armamentos. Es que, más que nunca EE.UU. vende aviones y armas, y eso ha dado ocupación a muchísima gente. Y en Rusia no puede haber paro porque tienen que construir armas. El gobierno mundial es un ideal al que hay que ir acercándose pero, mientras tanto, hay que buscar ampliar la idea de equilibrio mediante bloques pacifistas que pueden ser, por una parte, Europa y, por otra, la Unión de las Naciones Iberoamericanas; ése es el ideal en el que yo vengo insistiendo con machacón espíritu utópico.

—Serían entonces cuatro, y no tres grandes bloques.

—Podría ser. Todo tiene sus riesgos. Habría que tener en cuenta lo que significa Asia, Japón en Asia, lo que significa un continente que aparece desde 1945 en la vida internacional y que no contaba antes, Africa. Esos continentes tienen motivos para buscar la paz. China es por esencia un país pacífico, y Africa tiene tales problemas que no se puede pensar que ellos puedan constituir riesgo para la paz en equis tiempo. Lo que pasa es que Europa y las grandes potencias tendrían que jugar limpio con el mundo asiático y africano, y entonces sí, esa política de bloques podría ser efectiva. Yo creo que hay posibilidades de una paz universal con menos riesgo y con desarme, pero no es fácil encontrar una fórmula de paz perpetua. De momento, ahí está Europa como factor estabilizador para cortar la doble penetración norteamericana y rusa que está patente en Cuba o en Nicaragua, que está detrás de la guerrilla de El Salvador, de la guerrilla de Guatemala, de Colombia, detrás del Sendero Luminoso de Perú; habría que buscar una unión iberoamericana con alicientes para fortalecer los gobiernos democráticos y para quitar las causas de esas rebeliones que no son todas artificiales, claro está. Es verdad que hay miseria, pobreza y desigualdad en esos países, pero también es verdad que la ha habido mucho mayor antes, y no ocurrían esas protestas porque no estaban detrás los agentes revolucionarios manejados por la utopía comunista, y que van de buena fe. Yo no puedo dudar de un espíritu revolucionario sincero en Fidel Castro pero, evidentemente, Castro ha desestabilizado el sistema panamericano de paz, ha creado unos problemas fuertes y está alentando a las guerrillas, que crean unas dificultades tremendas en la vida normal de los países, Colombia lleva cuarenta años de guerrilla.

Qué potencialidad tendrá, que sobrevive y progresa. Eso sería inconcebible en cualquier otro país. El Perú tiene una crisis tremenda al volver a la democracia, y es cuando nace Sendero Luminoso. Detrás está Rusia, por muchas vueltas que se le dé, como detrás de las dictaduras suramericanas están los Estados Unidos y detrás de Franco han estado los Estados Unidos. Ahora, es muy difícil sustituir la doctrina de equilibrio de poder por otra, porque es la inmediata a los hechos. Cuando uno tiene miedo de ser atacado lleva armas, luego o no salimos de casa por la noche o llevamos una pistola preparada. Ese es, en términos sumarios, el problema de la paz internacional.

—Con esos criterios, ¿cuál es su opinión sincera sobre la necesidad española de integrarse en la OTAN?

—A mí me gustaría más la política de neutralidad de España, que tiene en su favor ciento y pico de años, lo que pasa es que, como le he dicho antes, no es neutral el que quiere sino el que puede. Segundo, tenemos las bases norteamericanas aquí, que de hecho nos sitúan en una posición análoga a la OTAN. Tercero, nuestra situación internacional no nos lo permite. Si nosotros tuviéramos, como tiene por ejemplo Suecia, una situación geográfica relativamente fácil... Pero estamos, de una parte, al lado de Francia, que tiene una política activa de OTAN; de otra parte, al lado de Portugal, que juega tradicionalmente la política inglesa; y de otra, al lado de Marruecos, que tiene de Jefe de Estado a uno de los hombres más audaces de la política internacional. ¿Qué podemos hacer?, ¿no enterarnos de nada? Estamos dentro y debemos, desde dentro, procurar servir la causa de la paz; no comprometernos en aventuras bélicas, manteniendo una política de acercamiento. Yo defendiendo insistentemente para 1992 la celebración de la organización de los Estados iberoamericanos como una tercera o cuarta fuerza que no va contra EE.UU. ni contra Rusia, sino como factor de estabilización, lo he repetido muchas veces. En el fondo, ellos tampoco quieren la guerra porque no quieren verse vencidos, y esa posibilidad siempre existe. Para mí el último motivo de la guerra, ya lo he dicho también, es el miedo.

—Con la amenaza latente de lo que usted llama terror milenario y otros peligros, ¿a dónde podemos ir a parar?

—No me atrevo a ser demasiado optimista. Creo, sin embargo, que por esa tendencia natural del hombre a la perfección, a la amistad y a la paz, podremos acabar por encontrar caminos

para salvar las dificultades. Además, la enseñanza de la historia es tremenda. No es de ahora esa serie de tremendos desastres del género humano. Y, sin embargo, la Humanidad ha sobrevivido. Piense usted lo que han sido las grandes conmociones de las invasiones germánicas o mongólicas, lo que fue el desorden de la Edad Media, lo que ha sido la inmensa serie de guerras desde el siglo XVI en adelante, las enormes pestes. Y, sin embargo, a pesar de eso, ha habido siempre una esperanza en el género humano. Y esa enseñanza de la historia nos da confianza, nos hace pensar que podemos sobrevivir y, sobre todo, debe animarnos a procurar sobrevivir y evitar los obstáculos. Por ejemplo, debemos evitar el armamento atómico, debemos luchar contra las armas atómicas, contra la carrera armamentística. Pero, claro está, sin desanimarnos a pesar de las dificultades.

—Para eso, una de las cosas que habrían de ocurrir es que los gobiernos hablaran con claridad siempre, ¿o cree usted que un gobierno debe guardar silencio ante el pueblo en un determinado momento?

—En principio se debe hablar al pueblo de todo. Lo que pasa es que al pueblo hay que hablarle no sólo con la verdad, sino con la prudencia. Porque puede hacer mucho daño una verdad incompleta o inoportuna. Hay que tener en cuenta que la política es el arte de acercarnos a un ideal, pero no ingenuamente. Hasta los teoremas matemáticos tienen necesidad de cierta habilidad. Y la virtud fundamental del político es la prudencia.

—¿Comparte usted la apreciación de que en el gobierno socialista está habiendo más esfuerzo que acierto?

—Pues, dentro del margen de dificultad... Por ejemplo, hay cosas..., la reconversión industrial, que es un problema dramático, ¿cabía la posibilidad de no acometerla?, ¿no sería peor dejar que fuéramos quedando atrás definitivamente en el proceso de la reforma industrial, más considerable con la aparición de la electrónica? Ahora, eso es doloroso, eso cuesta. El paro juvenil es un problema dramático. Yo lo que propongo es mi ingenua teoría de cuatro horas de trabajo diarias para el joven y cuatro para el viejo, coordinadas. Podría hacerse en algunas empresas oficiales que pueden permitirse el lujo de perder dinero. Es necesario ensayar pero, claro, no me van a hacer caso.

—Ante un hipotético cambio de gobierno, como observador más que como hombre de partido, ¿cuál es su análisis del mapa político de nuestro país?

—Es evidente que hace falta un partido que sea la alternativa al socialismo. Puede haber tres partidos, pero el sistema parlamentario funciona mejor con dos partidos que con tres. El caso inglés y el norteamericano, por ejemplo, éste último no es parlamentario pero lleva dos siglos funcionando con dos partidos. Yo creo que, de todos los políticos de la oposición, el que tiene más intuición política es Suárez. Suárez es un liberal que hace concesiones de reforma social cuando hace falta. Para mí, en un partido de centro cabe el centro y el centroderecha. Los que no son socialistas están condenados a entenderse o no gobernarán. Pero conviene que haya alterabilidad.

—¿Piensa usted seguir en la política activa a pesar de los inconvenientes de la edad?

—Mire usted, yo creo que en política no cabe más que el descanso forzoso. Si no sigo es porque no me dejan, porque no me reeligen o porque no tengo nada que hacer. Puede ser por voluntad ajena o por falta de salud. Pero crean ustedes que cuando un político dice que se retira..., en fin, no lo crean mucho.

El hombre que espera tranquilo

La incorporación a la vida del recuerdo/ No está uno solo más en la vida/ "Acudo a los recuerdos porque mis libros ya no los tengo"/ Un fondo insobornable en la conciencia humana/ El nuevo terror milenario/ El valor de la nostalgia/ El ejercicio de la humildad tenaz/ La vida se justifica siempre a sí misma/ El dolor de la miseria ajena, la altanería, el menosprecio/ ¿Hay algo tan profundamente respetable como la poesía?/ Lo que salva al hombre es la creación poética/ Una lección de crítico de teatro/ La equidad vale más que la justicia/ Este volver a Dafnis y Cloe/ Paz, libertad, ley y socialismo.

—Las fechas de los fallecimientos, especialmente si se trata de seres queridos, tienen una gran importancia para mí por lo que yo llamo la incorporación a la vida del recuerdo, y el vivir siempre con la presencia espiritual interior de esos seres. No está uno ya solo más en la vida. Tiene el valor del consuelo y un valor inevitable de tristeza. Son fechas que asume uno con más amor que las de los triunfos, por lo menos son más entrañables y de efecto más profundo.

—¿Va siendo otra la soledad, quizá, a medida que se queda uno sin sus seres más queridos?

—La soledad existe siempre. Hay un reducto que es inabordable, que es el diálogo de uno consigo mismo. Incluso en pensamientos que uno se avergonzaría se expresar, pero que los tiene. Dentro de esa soledad, es claro que la desaparición de un ser querido crea una soledad dramática. Yo he acostumbrado siempre a vivir con mis padres, con mi hermano y con mi mujer. Pues mi soledad, ahora que ella también ha muerto, tiene un aire más dramático que ha tenido nunca. Busco la compensación: tengo unas nietas que quiero mucho, y ellas también me quieren y me acompañan. Me encuentro realmente privilegiado. Una de ellas, médica, vive en Madrid; está con su esposo y tienen una hijita. Y cubro la vanidad de presumir de bisabuelo, que da mucho carácter. Luego, cierta afición extravertida me defiende un poco, pero hay una soledad interior que, ésa sí, me guarda. Esa soledad se traduce en una especie de contrapunto constante que uno tiene mientras está haciendo o pensando en otra cosa.

—¿Cree usted que la nostalgia ya no es lo que era, como apuntaba Simone Signoret?

—Para mí la nostalgia siempre tiene unos valores de afectividad indudables, y no entiendo el conocimiento que no esté impregnado en mayor o menor grado de la afectividad. Parodiando un poco a Ortega y Gasset, que hablaba de la teoría de la razón vital, yo hablo a veces de la teoría de la razón cordial. No creo que sea posible, por lo menos en mi caso, separar el conocimiento puro del sentimiento.

Creo que van profundamente enlazados. Y lo que creo que da mayor valor humano al conocer es la carga afectiva que lo rodea. Lo encuentro, incluso, con la lectura de los clásicos. Yo no puedo leer a un clásico griego sin estar pensando en la realidad humana, inmediata, palpitante, del personaje. En *Antígona* yo estoy viendo a la hermana conmovida que siente su pasión fraternal o la encarnación del amor filial hasta el sacrificio. Y, en el propio Prometeo, veo esa actitud de generosidad por los seres indefensos, por los hombres en estado de enorme pobreza espiritual, que a él le conmueven. En ese sentido, me parecen obras actuales.

Hace poco estaba viendo *La Orestíada*, representada en Madrid al cabo de veinticinco siglos, con sus arreglos indispensables que suponen el querer hacerla fácil de entender al público; y me conmovía algo aparentemente tan frío como la sustitución de la venganza como norma, incluso divina, por la decisión de los jueces, que es el famoso desenlace de *La Orestíada* y que pone término a la serie de crímenes de venganza que afecta a los atridas. Para mí, aquella sesión arqueológica y poética del tribunal de Atenas tenía un valor inmediato de lo que debe ser un tribunal que juzga pasiones humanas. En este aspecto creo que la nostalgia como sentimiento enriquece el recuerdo y, además, nos consuela de las tristezas del buen tiempo pasado. La nostalgia es un sentimiento extraordinariamente enriquecedor de la conciencia individual.

—¿Ha sabido usted en algún momento lo que es vivir sin entusiasmo?

—Yo creo que no. He tenido, claro está, momentos de enorme preocupación, de comprensión de las dificultades del vivir extraordinariamente intensas, he tenido muchísimos infortunios, aspiraciones no logradas, trabajos iniciados o imaginados que no he podido realizar, pero no he perdido nunca una especie de recóndito entusiasmo. Lo he tenido siempre, incluso en los momentos más amargos y más difíciles.

—Hablábamos antes de la soledad. Su extraordinaria memoria ¿no es acaso también una buena compañía?

—Tengo que acudir a la memoria porque no tengo otra fuente de información. Mi hermano, que tenía una memoria prodigiosa y era de una enorme ilustración y una enorme modestia, me ayudaba mucho, pero el pobre también murió y ya no puedo acudir a su ayuda; tengo que acudir sólo a mis recuerdos, *intelectus apretatus*. Lo malo es cuando invento; si me equivoco lo hago de buena fe.

Además, me veo obligado a recurrir a la memoria, entre otras cosas porque mis libros ya no los tengo. Los relativos a España quedaron en la Biblioteca Nacional de Bogotá, y los relativos a América los mandé al Instituto de Estudios Albacetenses, a su biblioteca.

—¿Usted cree que los hombres que discuten en las Cámaras, defendiendo a veces acaloradamente, por ejemplo, intereses de partido, son a la hora de la verdad capaces de conmoverse ante las tremendas injusticias de la vida?

—Yo creo que hay un fondo insobornable en la conciencia humana de ansia de justicia. Y mientras no se pruebe lo contrario, tiene uno el deber de considerar sinceros y honestos a los demás. En principio, yo trato siempre de comprender al que no opina como yo. ¿Por qué? Porque es su posición, máxime ahora, con el llamado pluralismo político, término que a mí no me gusta mucho, porque para mí la palabra libertad basta, la idea de libertad supone eso, el que cada uno tiene su punto de vista y de conciencia y el deber de respetar a los demás. Yo he sido crítico teatral muchos años, y creo que una de las obligaciones mías era tratar de entender a los personajes de la comedia; hay que situarse dentro del personaje para entenderlo. Por ejemplo, cuando he hecho mis pequeñas cosas de crítica literaria, he querido meterme en el punto de vista del escritor, tratar de entenderlo. Luego, sí, yo hago mis observaciones, pero creo que en principio tiene uno el deber de considerar con amplia comprensión a los demás.

—Un simple dato: cuarenta mil niños mueren diariamente en el mundo por hambre y falta de medicinas. Ante eso, ¿qué sentido tienen las discusiones, a veces bizantinas, de los políticos?

—El problema no está en que las discusiones políticas internas perjudiquen directamente esa situación de feroz injusticia y de feroz olvido. El problema está en que no sabemos organizar internacionalmente la ayuda. Y no crea que porque cambien los métodos de la acción política se va a solucionar el problema. Por ejemplo, fue importantísima la obra de solidaridad que hicieron los Estados Unidos, Hoover concretamente, en ayuda del hambre feroz que hubo en Rusia por 1920 como consecuencia de las guerras civiles. Bueno, pues eso no impidió que la política norteamericana tuviera sus pugnas entre republicanos y demócratas y todas esas cosas que ellos tienen, sus convenciones ruidosas, etc. Sin embargo, hicieron una labor impresionante recogiendo fondos para atender la hambruna rusa. No afecta; es que no hemos sabido. No puede ser una actitud

exclusivamente de beneficencia directa. La beneficencia interior y exterior es un deber de todos los políticos. Y eso es compatible con las técnicas de los debates parlamentarios. Usted dice: es que conveniría ocuparse antes de eso. Efectivamente, pero no es incompatible. Tiene que haber siempre personas que se dediquen a eso y promuevan la acción correspondiente. Tiene usted Cáritas entre los católicos. Hay unas personas consagradas a eso que hacen una labor muy interesante, muy intensa, recogiendo recursos para la práctica de la caridad. Hacen falta organizaciones que incluso movilicen a los partidos. Figúrese usted, hay este argumento tradicional y clásico: “¿cómo gastamos en armamentos cuando podemos gastar en atender a tantas personas hambrientas?”. Eso es cierto, pero ¿por qué gastan todos en armamento?: por temor, porque el que no tiene recursos militares puede ser víctima del dominio ajeno; no lo hacen por gusto. Nosotros hemos vivido el momento tremendo de 1936-1939, ¿qué había que hacer?, ¿tomar la posición de Chamberlain de someterse a las ambiciones de Hitler y de Mussolini o adoptar la posición de resistir que acabó por triunfar? Fue la guerra, evidentemente, pero lo otro hubiera sido el dominio de Hitler.

Lo que pasa es que no hemos conseguido una organización internacional que destierre los armamentos y que destierre, sobre todo, las causas de los armamentos. Yo soy un pacifista. Creo que es un error tremendo lo que está pasando con las armas atómicas. Y estoy hablando del nuevo terror milenarismo cuando se acerca el fin del segundo milenio de nuestra era. Evidentemente, eso sí que es un terror. Las posibilidades de destrucción atómica del mundo están ahí, y las armas están ahí. Pero el problema radica en quitar las causas para que eso suceda, crear un ambiente de paz, un ambiente de amistad internacional. No es tan fácil.

Ahora, en cuanto a la esterilidad de las discusiones, es evidente que hay muchas discusiones estériles, muchas. Pero ¿cómo se remedia? Adviertan ustedes lo que se ha ganado en ocho años en cuando a las actividades de los partidos políticos españoles. El ejercicio del derecho al sufragio tiene ya una normalidad y un respeto evidente. La diferencia que hay con la época que yo conocí: la compra de votos, la influencia caciquil, incluso la actividad violenta para evitar que votaran los adversarios. Eso ha desaparecido. Estas elecciones han sido un ejemplo de civismo.

—¿Aprecia usted más el coraje o la humildad?

—Yo soy más partidario de la humildad, y creo que el coraje se puede practicar humildemente. El coraje no consiste en la mani-

festación exterior violenta, sino en la firmeza, en la tenacidad. Puede ser útil o no, eso ya es distinto.

—¿Considera que puede haber vidas que no se justifiquen por el modo en que transcurren?

—La vida se justifica siempre a sí misma. Lo que pasa es que, claro está, cada uno se exige de sí mismo un determinado nivel de acción. Pero es tan difícil meterse en la conciencia ajena. Y además, la vida frustrada a mí me produce un profundo respeto porque es un drama. Yo he sido juzgador; es muy difícil juzgar, muy difícil.

—¿Qué necesidad es la que peor soporta?

—La miseria ajena sí me produce enorme dolor. La impotencia de no poder personalmente remediarla. Soporto mal la vanidad, aunque la comprendo. Lo que más me indigna es la crueldad, la violencia, eso sí me indigna. Y luego me indigna la desigualdad, el no considerar que el hecho solo de ser hombre obliga a un nivel de igualdad esencial. Eso sí me indigna. Lo expreso o no lo expreso pero, cuando noto una cierta actitud de altanería o menosprecio de otros hombres, me produce una tremenda indignación. Si me obligara a elegir entre igualdad y libertad, me vería en una situación muy peligrosa, porque no quiero renunciar a la libertad, pero no puedo renunciar a la igualdad.

—¿Hay algo que le espante personalmente?

—Me espanta, por ejemplo, la inconsciencia, la falta de previsión, el lanzarse alegremente a la aventura, el advertir a veces que no hay la responsabilidad necesaria cuando se gestionan ideales que afectan a todo un país. Me suele espantar todo aquello que, según mi criterio, signifique un riesgo inútil o un riesgo sangriento. Para mí, una vida humana es un valor absoluto. Yo no acepto que se sacrifique la vida de un hombre por un ideal. Puede uno sacrificarse voluntariamente, pero sacrificar a los demás es ilícito. Esto, naturalmente, me limita mucho las posibilidades revolucionarias. Yo no he creído nunca en la revolución violenta, ni he aceptado el tiranicidio, ni creo que el género humano pueda progresar con la violencia. Yo creo que es necesario el ejercicio de la humildad tenaz, porque otra cosa no vale lo que cuesta.

—Y en este mundo, difícil de sujetar, ¿usted pensó alguna vez, siendo joven, que un día el género humano pudiera llegar a multiplicarse mediante la fecundación *in vitro*, como empieza a ocurrir?

—No. Pero sí veía algo en la literatura de anticipación, que ha tenido autores tan formidables como Julio Verne. Anticipó, por ejemplo, el viaje a la Luna. Y lo curioso es que elige para hacerlo, para hacer el viaje, el mismo sitio donde se hizo efectivamente, la península de Florida. Lo que no podía pensar es que fueran a lanzarse al espacio del modo que lo han hecho. El pensó que las cápsulas serían lanzadas por un cañón inmenso. Los que teníamos ciertas simpatías socialistas leíamos a Verne, Bellamy, Wells, narradores de fantasías científicas, porque era una visión socialista.

Y lo de la génesis artificial del hombre estaba también, quizá, en alguna de aquellas novelas. Yo recuerdo una película sobre el desarrollo inmenso de las ciudades: no cabían los automóviles y tenían que viajar en unos aeroplanos pequeñitos, había tantos que hacían falta guardias de la porra que regulasen el tráfico en las alturas. Hay cosas que la imaginación ha creado, pero hay también cosas que la imaginación no ha podido sospechar. La fantasía poética sí; el ansia de viajar por los espacios siderales está desde la mitología. Es que Prometeo le baja a usted desde el Sol. Sube al Sol para robar el fuego. Lo que ha hecho la ciencia es realizar el mito.

—¿Existe, a su juicio, algo en lo terrenal, o tal vez más allá, que merezca el tratamiento de mágico?

—Yo tengo tan gran respeto por las actitudes de conciencia, que no me gusta la interpretación de las creencias como fase mágica de la historia de la Humanidad. Yo creo que, en el fondo, lo que hay en el hombre es una tremenda ambición poética. El hombre, en el fondo, quiere la creación de la belleza, que es lo que es la poesía; literalmente es eso: creación de belleza. Esa creación de belleza le hace pensar en una vida eterna, justa, en una superación de lo empírico e inmediato. Y de ahí surgen las religiones, ¿pero hay algo tan profundamente respetable como la poesía? Para mí, las religiones no son más que una forma colectiva de la poesía. Y la prueba la tiene usted en los grandes poemas religiosos, desde el poema del Gilgames, *La Biblia*... Es que Homero era para los griegos un poema religioso. Y no digamos *El Corán*, o nuestros místicos; San Juan de la Cruz es pura poesía. En San Juan de la Cruz ¿dónde puede usted distinguir el aspecto de fe religiosa cristiana del de creación poética? En realidad, la religión es creación poética. Lo que salva al hombre es la creación poética. Yo no sé si los animales lo tendrán, probablemente no, pero lo que hace superar la dureza del vivir cotidiano es la poesía, la poesía como creación.

—Siempre hay algo de positivo en el hombre, a pesar de todo.

—Siempre hay algo. Mire usted, hay una frase que está ya en el prólogo del *Lazarillo de Tormes*: “no hay libro malo que no tenga algo bueno”. Eso se puede generalizar. El hombre no es enteramente bueno, pero no es enteramente malo. Tiene usted la gran lección de *El condenado por desconfiado*, el famoso drama atribuido a Tirso de Molina, que demuestra que el bandolero era mejor persona que el hombre pacato. En la filosofía tiene usted gustos para todo: la doctrina optimista de Rousseau (“el hombre es fundamentalmente bueno, la sociedad lo pervierte”); tiene usted la concepción pesimista que está en Hobbes y un poco está también en las actitudes ascéticas de la Edad Media, quizá en Kempis; tiene usted las actitudes sincréticas, que son en las que yo me apoyo y que tienen su ventaja en la vida cotidiana. Uno sabe que no es bueno del todo, pero tampoco es malo del todo. Qué duda cabe de que el hombre se da cuenta de sus errores y sus defectos, incluso de sus incumplimientos del deber y deslealtades con la propia conciencia. Yo no creo que uno pueda decir: yo he sido perfecto y he estado en perfecta lealtad con mi conciencia siempre. Aunque no sea nada más que por la duda. Ocurre tan a menudo que cuando hay que decidirse no sabemos qué hacer.

—¿Hay justificación para ser desleal con las ideas?

—Para mí, la justificación hay que buscarla en los motivos de comprensión humana. Por ejemplo, si con la deslealtad a las ideas se salva la vida de un semejante, yo lo admito; si con la deslealtad a las ideas se evita el hambre de los seres queridos, no lo admito tanto pero trato de comprenderlo. Es decir, yo creo que cada hecho humano es un mundo que necesita una visión comprensiva y exacta. Esa ha sido mi lección de crítico de teatro. Creo que el teatro consiste en interpretar caracteres humanos, y el crítico lo que tiene que hacer es entender el carácter que el actor ha querido crear y vivir. Es muy fácil el absolutismo mental, pero no es equitativo. Para mí, la equidad vale más que la justicia.

—Es difícil que llegue a darse el hombre íntegro.

—Creo que no. Claro que hay hombres de una extraordinaria integridad. Y, justamente cuando la sociedad es más débil, brilla más el hombre íntegro. Creo que en nuestra sociedad se han desechado muchos tabúes y prejuicios, y hay una mayor tendencia a expresar la bondad natural del hombre, que existe. El hombre aspira al bien, lo ve en sus padres. Por eso las riñas de los padres causan tales daños

al alma del niño. Podrá haber exageraciones. A mí, por ejemplo, me parece exagerado el entusiasmo por los *gays*. Me hizo mucha gracia ver a Sara Montiel diciendo que ella es el ídolo de los *gays*. No lo censuro, pero no me entusiasma. Ahora la juventud tiene una sinceridad que no tenía en mi tiempo. Yo creo que hay más afición a una vida sana de la que había entonces, a pesar de la droga. Porque hay que ver lo que era la vida de los billares y la vida de los cafés, y la afición al vino, que también la había. La droga es terrible, pero hay muchísimos jóvenes con unos valores espontáneos magníficos; la mayoría. No hace mucho he visitado una exposición de las Universidades Populares: están haciendo una labor magnífica, hay una cantidad de cosas de creación artística, son muchachos y muchachas muy jóvenes. Esta misma paridad, esta igualdad de sexos, este volver a Dafnis y Cloe, y la alegría espontánea e inocente...

—**¿Distingue usted un hecho que desearía que le sobreviviera?**

—Me gustaría que me sobreviviera, a través de mis recuerdos, el recuerdo de los seres queridos. Es decir, el ansia de inmortalidad sustituido por una memoria viva que es imposible. A mí me gustaría, por ejemplo, que viviera la memoria de mis padres, en una tradición que es imposible, la memoria de mi hermano, que vivieran, como viven en mi conciencia, para el futuro. Este es un hecho imposible. Entonces, mi único consuelo es el gustar de la memoria histórica, el desear que el pueblo, entendiéndolo como el conjunto entero del país, sepa mantener la memoria histórica, el recuerdo de sus gentes y sus episodios más dignos, que los tenga presentes no tanto como afirmación de un saber puramente erudito, sino como estímulo para la acción.

A mí me conmueven por ejemplo páginas de *El Quijote*, y me gustaría que siguiera siendo *El Quijote* el libro de los escolares, y que la labor de los maestros sirviera para glosar a los muchachos las palabras de *El Quijote* y fuera aquello una memoria viva, no un texto impreso que se lee ocasionalmente. Creo que la cultura y la vida tienen que penetrarse mutuamente y no puede separarse una de otra, porque la vida sin cultura es pobre, y la cultura sin vida no tiene valor.

—**Le recordaré otra frase. De Albert Camus: “No tenemos tiempo se ser nosotros mismos, sólo tenemos tiempo de ser felices”.**

—No se puede separar tan fácilmente la esencia del ansia de felicidad. En la esencia humana está la aspiración de la felicidad, lo que pasa es que, por definición, la felicidad como valor absoluto es

inasequible. Pero yo no concibo el simple ser, el existir, sin esencia de felicidad. En los momentos de mayor drama, de mayor emoción o tristeza, como contravalor que no por callado deja de estar tácitamente al fondo del sentimiento, aparece el ansia de felicidad. Lo que pasa es que en ese instante del infortunio no puede pensarse en el ansia de ser feliz, pero hay sin embargo una reserva natural en el hombre, una inercia espiritual que probablemente es un hecho puramente biológico y nos permite superar la tremenda negatividad del dolor. La vida es una inevitable unión entre el dolor y el placer. El hecho de ser es incitación para existir, y el existir se explica por el ansia de felicidad. No podríamos soportar el vivir sin una esperanza. La esperanza no es más que la garantía de la ilusión de la felicidad, aunque no sea más que una ilusión, pero es como el amanecer detrás de la noche, una luz nueva que renace después de la oscuridad y del silencio.

—¿Podrán los acontecimientos cambiar el ansia de felicidad como norte esencial en el vivir del hombre?

—No lo creo. Yo creo que es una constante en el espíritu humano. Los contenidos del concepto de felicidad son cambiantes, dependen de las estimaciones colectivas, de la evolución de las ideas, de las costumbres, pero, formalmente, el hombre por definición aspira a lo que decían los norteamericanos en la Declaración de Derechos, aspira a procurar la felicidad. Y está en el pensamiento filosófico antes que el propio Aristóteles, el creador de la moral hedonista, si es que lo fue. El ansia humana es siempre aspirar a la verdad, a la belleza, al bienestar, aunque haya valores negativos que dificulten el avance en línea recta. No se avanza en línea recta, pero no se deja de avanzar, incluso hasta el momento mismo de la muerte.

—¿Qué representa, a su modo de ver, la parte más hermosa del ser humano?, ¿quizá la lealtad?, ¿algo más aprehensible?, ¿las lágrimas, tal vez?

—Yo creo que lo esencial del hombre es el cariño, el afecto a los demás, ya sea el afecto familiar o el de la amistad. Yo creo que es el viejo aforismo del clásico romano: “Hombre soy, y nada humano me es ajeno”. Pero ese no ser ajeno no es una estimación conceptual, sino una estimación cordial: nada humano nos es ajeno porque participamos espontáneamente del dolor o de la felicidad de los demás. En tal sentido, creo que lo más característico del hombre es la participación en el sentimiento propio y ajeno, es decir, la

amistad como raíz esencial, tanto del hombre consigo mismo como con los demás.

—¿Y dónde buscaría usted lo que mejor logre reflejar la esencia y el destino de lo español dentro de la época?

—Me es difícil. Y cuidado que pocos países han sido objeto de análisis tan sagaces y tan permanentes, desde antes de Quevedo incluso, desde Alfonso el Sabio, desde San Isidoro, hasta hoy, como España. Es muy difícil en este momento sintetizar en pocas palabras la esencia de lo español. Hay una frase de un clásico del siglo XVI que siempre me viene a la memoria: “una misma manera de mundo es todo”. Hay una realidad de unidad esencial del género humano, aunque no se puede dudar de que hay algunas circunstancias y características especiales de cada país, como las hay de cada comarca, de cada familia y de cada persona. Yo creo que en este momento, la esencia de lo español es permanecer en su condición de franqueza, de hospitalidad, de simpatía, de espontaneidad, de comprensión de todo lo humano, tratando de acentuar su formación intelectual y social. Y su aspiración deber ser una consolidación de los principios constitucionales, en el sentido de hacerlos norma cotidiana, de aceptar el juego limpio en las pugnas políticas, de buscar el mayor esfuerzo en el trabajo y encontrar la compensación en la alegría y la solidaridad con todos. Vuelvo a mis viejas cuatro palabras expresivas de mi pensamiento de acción inmediata: paz, libertad, ley y socialismo.

—Usted es un hombre de aficiones serenas, poco ruidosas.

—Me gusta mucho la lectura de obras de teatro, de revistas de cualquier índole. Paso continuamente de una cosa a otra. De estar tratando temas de política paso a una revista de economía, aunque no entiendo una palabra con lo de la macroeconomía y esas cosas. O bien trato de entender algo de los jóvenes, de gustos musicales, en fin, mantengo una gran curiosidad. Para mí el mundo siempre tiene una atracción tremenda. Incluso cuando voy por las calles me fijo en sus nombres: calle Rosario Pino, y entonces me acuerdo de quién era Rosario Pino, actriz admirable; yo la he visto actuar. Recuerdo un episodio de una pelea de dos actores por ella. Incluso, sin darse cuenta, levantaron el telón y el público los vio peleándose; uno era Emilio Thuiller y el otro, Luis de Llano, a quienes conocí en Albacete en 1915. O la calle Generalísimo... Figúrese, ya no se le llama generalísimo, pero Franco no se me olvida.

—Y en esas lecturas ¿tiene usted sus páginas favoritas?

—Las obras completas de Cervantes siempre las tengo conmigo. Y una colección de poetas clásicos del Siglo de Oro que encontré en París en 1939 y que me acompaña siempre, una colección que formó Bonilla San Martín y que se titula *Flores de poetas ilustres*. Pero procuro leer algo de lo mucho que voy encontrando. *Crisolín* es una colección por la que tengo especial estima.

—En un discurso pronunciado en el Ateneo de Albacete decía usted que en lo único en lo que se podía seguir su ejemplo es en el empeño de vivir muchos años. ¿Qué cosas le gustaría terminar antes de morir?

—Es muy modesto mi plan de futuro: terminar mis memorias, que las tengo apenas empezadas, y que me sorprenda la muerte trabajando, sencillamente.

—¿Dentro de otros ochenta años?

—Por mí no ha de quedar.

F i n

Cronología

- 1905:* Nace José Diosdado Prat García el 10 de agosto en el número 1 de la Plaza Mayor de Albacete.
- 1914:* Ingresa en el Instituto de Albacete.
- 1917:* Viaja a Cádiz, ciudad en la que termina el bachillerato.
- 1920:* A los quince años empieza a cursar estudios de Derecho en la Universidad de Granada, donde tiene como profesor a Fernando de los Ríos.
- 1925:* Acaba Derecho, licenciándose con Premio Extraordinario. Simultáneamente cursa estudios de Filosofía y Letras, que no llega a acabar.
- 1926:* Aprueba una oposición e ingresa en el Cuerpo Jurídico Militar, siendo destinado como teniente auditor a la Fiscalía de la VI Región Militar con sede en Burgos, en donde permanece hasta 1931.
- 1930:* El 17 de mayo, en Burgos, muere su madre, Clara Filomena García López. Con sólo veinticinco años de edad es presidente del Ateneo de Burgos.
- 1931:* Azaña le llama al Ministerio de la Guerra, en el que permanece de abril a agosto, formando parte de la Comisión Revisora de la Obra Legislativa de la dictadura de Primo de Rivera. Ingresa en el Partido Socialista.
- 1932:* Con veintisiete años ingresa como Letrado del Consejo de Estado, en oposición ganada el año anterior. Asesor Jurídico de la Federación de Trabajadores de la Tierra y Vocal del Consejo de Reforma Agraria. Secretario Primero del Ateneo de Madrid con Unamuno de Presidente.

- 1933:* Con veintiocho años es elegido Diputado a Cortes por Albacete. Miembro de las Comisiones de Actas, Estatutos Regionales, Justicia, y Guerra y Marina del Congreso. Académico de Jurisprudencia de Madrid. Vicesecretario de la Unión Iberoamericana.
- 1934:* Asesor Jurídico de la Federación de Trabajadores Municipales.
- 1936:* Diputado por Albacete. Representante del Partido Socialista en el Congreso de Derechos de Asilo de París. Director General de lo Contencioso del Estado. Subsecretario interino del Ministerio de Hacienda, siendo Negrín ministro en el gobierno de Largo Caballero.
- 1937:* Subsecretario de la Presidencia del Consejo de Ministros, siendo Presidente Negrín. (Desde mayo hasta finales de enero de 1939).
- 1938:* Vicepresidente de la Diputación Permanente de las Cortes.
- 1939:* Exilio a Colombia. Durante el exilio funda la Casa de España en Bogotá, en 1941. El 14 de abril de 1942 muere su padre, Daniel Prat Sánchez. En 1943 es delegado en Colombia de la Junta Española de Liberación que presidía Martínez Barrio y de la que era secretario Indalecio Prieto. El 14 de abril de 1942 muere su padre.
- 1976:* En septiembre regresa a España, dando por finalizado el exilio. En octubre es nombrado Presidente del PSOE (histórico).
- 1977:* Se integra en el PSOE (renovado).
- 1978:* Presidente de la Federación Socialista de Madrid. Presidente de la Asamblea que aprobó el Estatuto de la Comunidad Autónoma de Madrid. Presidente de Honor de la Federación Socialista de Albacete. El 27 de abril muere su hermano Ignacio.
- 1979:* Senador por Madrid. Miembro de las Comisiones de Defensa, Asuntos Exteriores y Justicia del Senado. Vicepresidente de la Comisión de Asuntos Iberoamericanos. Miembro, junto a Federico de Carvajal, Ramón Rubial, Carmen García Bloise y García Duarte, de la Junta Gestora que

gobernó el PSOE al no presentarse a la reelección como secretario general Felipe González en el XXVIII Congreso.

1980: Presidente del Grupo Socialista del Senado hasta 1986.

1982: Senador por Madrid.

Presidente de la Comisión de Asuntos Iberoamericanos y miembro de la Comisión de Asuntos Exteriores del Senado. Miembro de la Comisión Nacional para la Organización del V Centenario del Descubrimiento.

Presidente de la Fundación Largo Caballero.

Presidente de la Asociación de Amistad Hispano-Mexicana.

1984: El 29 de octubre muere su esposa, Ramona García Alonso.

1986: Senador por Madrid.

Presidente de la Comisión de Asuntos Iberoamericanos y miembro de la Comisión de Asuntos Exteriores del Senado.

José Prat está en posesión de varias medallas y condecoraciones entre las que figuran la Gran Cruz de San Carlos, de Colombia; la Gran Cruz de Alfonso X el Sabio, de España, y la Medalla de Oro, Honor y Gratitud de la provincia de Albacete. Es, así mismo, hijo predilecto de la ciudad de Albacete e hijo adoptivo de Madrid. Abogado de los ilustres colegios de Madrid, Guipúzcoa, Toledo y Albacete y autor de numerosos ensayos. Académico en Colombia, en donde fue profesor de tres universidades entre 1946 y 1974. Ha ejercido como conferenciante, crítico teatral y periodista, habiendo colaborado en Radio Nacional de Colombia (de 1940 a 1952) y en publicaciones como *El Socialista*, *Revista de América*, *Revista de las Españas*, *El Tiempo*, y *La Esfera*, de Bogotá, en donde fue comentarista de la Segunda Guerra Mundial. Sus colaboraciones periodísticas más recientes han sido para la revista albacetense *La Seda*.

Indice onomástico

A

- Aguilera, Alberto: 139.
Aguirre Cerdá, Pedro: 58.
Alba, Santiago: 127.
Albornoz, Alvaro de: 51.
Alcalá Zamora, Niceto: 51.
Alfaro, Edmundo: 53.
Alfonso X: 195.
Alfonso XII: 19.
Alfonso XIII: 152, 162.
Alighieri, Dante: 49.
Alonso, Dámaso: 82, 173.
Altamira, Rafael: 82, 172.
Alvar, Manuel: 76.
Alvarez, Melquiades: 161.
Alvarez del Vayo, Julio: 63, 77, 112.
Andreu Abelló, Josep: 68.
Ansón, Luis María: 73.
Arana, Sabino: 86.
Aranda, José: 135.
Araquistáin, Luis: 63, 77.
Arcos, Manuel: 96.
Aretino, Pedro: 169.
Arias Navarro, Carlos: 84.
Aristóteles: 36, 194.

Aub, Max: 82.
Ayala, Francisco: 82.
Azaña, Manuel: 31, 42, 57, 58, 63, 71, 78, 80, 137, 142, 160, 161, 197.
Azcárate, Gumersindo de: 161, 163.
Azcárate, Justino de: 175.

B

Bacon, Francis: 123.
Balmes, Jaime: 38.
Bastos, José: 49.
Batet Mestre, Domingo: 152.
Belmonte, Juan: 20.
Bellamy, Edward: 191.
Benegas, José María: 144.
Benito, José de: 73.
Bergamín, Francisco: 20, 21.
Bergamín, José: 20.
Besteiro, Julián: 40, 42, 43, 47, 50, 57, 60, 131, 132, 136, 137, 159, 162, 165, 174, 175.
Bolívar, Simón: 125.
Bombita I: 143.
Bombita II: 143.
Bombita III: 143.
Bonaparte, Napoleón: 124, 125, 151, 177.
Bonilla y San Martín, Adolfo: 196.
Bono, José: 147.
Borgia, César: 169.
Boyer, Miguel: 77.
Brando, Marlon: 122.
Budeo, Guillermo: 169.
Burckhardt, Jacob: 39, 120.
Bustelo, Francisco: 148.

C

Calvo Serer, Rafael: 83, 84.
Campos, Tomás: 19, 20.

Camus, Albert: 193.
Canalejas, José: 18, 172.
Cánovas, Antonio: 127.
Cantarero del Castillo, Manuel: 132.
Cárdenas, Lázaro: 58.
Carlos III: 125.
Carlos V: 123.
Carvajal, José Federico de: 135, 198.
Carrero Blanco, Luis: 83, 84, 87.
Carrilero, Julio: 21.
Carrillo, Alejandro: 96.
Carrillo, Santiago: 76.
Casares Quiroga, Santiago: 52.
Casas, Bartolomé de las: 113, 124.
Casona, Alejandro: 82.
Castelar, Emilio: 120.
Castellanos, Pablo: 137.
Castro, Fidel: 115, 117, 128, 180.
Caules, José: 135.
Cayrol, Jean: 35.
Cervantes, Miguel de: 72, 161, 171, 196.
Cicerón: 170.
Colón, Cristóbal: 120, 121, 122, 123.
Conde de Aranda: 125.
Conde de Lemos: 72.
Conde de Rodríguez Sampedro: 127.
Conde de Romanones: 105, 127, 162.
Cossío, Manuel B.: 156.
Costa, Joaquín: 28, 31, 35, 40, 42.
Cronwell, Oliver: 87.
Cruz Salido, Francisco: 77.
Cuenca, León: 11.

CH

Chamberlain, Neville: 198.

D

Delgado, Francisco: 100.
Delgado, Sinesio: 36.
Díaz, José: 76.
Díaz Artigas, Josefina: 78.
Díaz Canedo, Enrique: 127.
Díaz de Mendoza, Fernando: 127.
Díaz de Vivar, Rodrigo ("El Cid"): 44.
Domingo, Marcelino: 50.
Donoso Cortés, Juan Francisco: 38.
Duperier, Arturo: 80, 172.
Duque de Alba: 61.
Duque de Medinaceli: 72.
Duque de Osuna: 72.

E

Echegaray, José de: 25.
Eden, Anthony: 64.
Engels, Federico: 40, 144.
Erasmus de Rotterdam: 169, 170.
España, José María: 91.
Esparcia, José: 10, 100, 104.
Espartero, Baldomero: 54, 152.
Espina, Antonio: 79.
Espriu, Salvador: 35.
Espronceda, José de: 25.
Evtuchenko, Evgueni: 128.

F

Fabra Rivas, Antonio: 51, 78, 79.
Felipe II: 120, 127.
Felipe V: 162.
Fernández, Amador: 65.
Fernández, Juan Francisco: 111, 112.
Fernández Duro, Cesáreo: 122.

Fernández Miranda, Torcuato: 84, 157.
Fernández Ordóñez, Francisco: 132.
Fernández Shaw, Carlos: 91.
Fernando (“El Católico”): 121, 122.
Fernando VII: 85, 113, 124, 125, 126, 151, 176.
Ferrater Mora, José: 82.
Fontdevila, Manuel: 77.
Fraile, Manuel: 17, 18.
Franco, Fernando: 20.
Franco, Francisco: 37, 39, 42, 48, 57, 60, 61, 64, 65, 68, 70, 75,
76, 81, 82, 83, 84, 85, 86, 87, 138, 148, 149, 151, 152, 159, 162,
175, 179, 181, 195.

G

Galarza, Angel: 61.
Gallego, Tesifonte: 18.
Ganivet, Angel: 42.
Gaos, Vicente: 171.
García Alonso, Ramona: 100, 199.
García Añoveros, Enrique: 86.
García Bloise, Carmen: 135, 198.
García Damborenea, Ricardo: 137.
García Duarte, Antonio: 135.
García Figar, P.: 81.
García Gómez, Emilio: 172.
García López, Clara Filomena: 197.
García Lorca, Federico: 37.
García Lorca, Francisco: 37.
García Valdecasas, Alfonso: 37, 50.
Ghelderode, Michel de: 120.
Gil Robles, José María: 82, 135, 137, 142, 162, 163.
Giner de los Ríos, Francisco: 38, 69, 156, 173.
Giral, José: 52, 60, 76.
Godoy, Manuel: 125.
Gómez, Trifón: 94, 134, 145.
Gómez Flores, Andrés: 103, 111.

V

Gómez Llorente, Luis: 131, 134, 137, 144.
Gómez de la Serna, Ramón: 79.
Gómez Tomás, Juan: 112.
González, Ceferino: 174.
González, Felipe: 128, 133, 134, 140, 144, 147, 151, 155, 160, 199.
Gordón Ordás, Félix: 91.
Gotor, Matías: 52.
Gracia, Anastasio de: 83.
Granados, Enrique: 54.
Grau, Jacinto: 83.
Guerra, Alfonso: 133, 144, 160.
Guerrero, María: 127.
Guixé, Juan: 77.
Gutiérrez Gamero, Emilio: 160.
Gutiérrez Mellado, Manuel: 146.

H

Hernández, Jesús: 62.
Herrera Oria, Angel: 82.
Hilario Ayuso, Manuel: 80, 81.
Hitler, Adolf: 57, 64, 65, 77, 189.
Hobbes, Thomas: 192.
Homero: 191.
Hoover, Herbert C.: 188.
Huerta, Eleazar: 96.
Hume, David: 153.

I

Iglesias, Pablo: 43, 78, 143, 152, 159.
Infante don Juan: 162, 163.
Infante don Jaime: 162.
Isabel (“La Católica”): 121, 122.

J

Jacobo de Inglaterra, 61.

Jaurés, Jean: 78.
Jerez, José: 104, 108, 111.
Jiménez de Asúa, Luis: 50, 64, 65, 74, 90, 93, 145.
Jorge de Inglaterra: 57.
Juan Carlos I: 84, 162, 163.

K

Kant, Emmanuel: 27, 37, 38, 173.
Kelsen, Hans: 50.
Kempis, Tomás de: 192.
Kennedy, John F.: 115.
Krause, Karl: 173.

L

Lafayette, Marie J.: 121.
Laín Entralgo, Pedro: 70.
Lamoneda, Ramón: 142.
Landrove, Federico: 145.
Lara, Julián: 134.
Largo Caballero, Francisco: 40, 51, 52, 57, 63, 64, 129, 131, 136, 137, 162, 198.
Lasúen, José Ramón: 132.
Lavilla, Landelino: 147.
Lemos, Carlos: 99.
León, Diego de: 152.
León XIII: 40.
León Valencia, Guillermo: 78.
Lerroux, Alejandro: 81.
Liévano Aguirre, Indalecio: 85, 86.
Líster, Enrique: 56.
López, Alfonso: 72, 85.
López, Saturnino: 36.
López Lagar, Pedro: 78.
López Oliván, Julio: 81.
López Rodó, Laureano: 163.

López Varela, Manuel: 18.
Luna, Antonio: 37, 50.
Lunacharsky, Anatol: 161.

LL

Llano, Luis de: 195.
Llopis, Rodolfo: 70, 76, 83, 85, 132, 135.
Llorca, Vicente: 36.

M

Machado, Antonio: 10.
Madariaga, Salvador de: 55.
Maeztu, Ramiro de: 127, 174.
Magallanes, Hernando de: 123.
Malagón, Javier: 122.
Manso, Andrés, 52.
Maquiavelo, Nicolás: 122, 169.
Maravall, José María: 148, 155, 160.
March, Juan: 48, 49.
Marqués de Salamanca: 51.
Marshall, George C.: 118.
Martín Artajo, Alberto: 43.
Martín Echeverría, Leonardo: 172.
Martínez, Maximiliano: 17, 36, 96.
Martínez Barrio, Diego: 52, 56, 58, 60, 76, 142, 143, 198.
Martínez Gil, Lucio: 40, 42, 43, 145.
Martínez Hervás, Esteban: 40, 42, 43, 49, 137.
Martínez Moreno, Maximiliano: 17, 143.
Marx, Karl: 40, 118, 144.
Massa, Pedro: 77.
Mateos, Alberto: 17, 18, 20, 21, 39.
Maura, Miguel: 25, 49, 75, 84.
Mckinley, William: 121.
Méndez Aspe, Francisco: 68.
Méndez Núñez, Casto: 126.

Menéndez, Leopoldo: 71.
Menéndez, Teodomiro: 77.
Menéndez Pelayo, Marcelino: 39.
Menéndez Pidal, Ramón: 44, 124.
Mercier, Desiré J.: 174.
Miláns del Bosch, Jaime: 146.
Millares Carlo, Agustín: 172.
Mitterrand, François: 135, 179.
Molina, Tirso de: 192.
Montaigne, Michel E. de: 169.
Montiel, Sara: 193.
Moral, Enrique: 134.
Morán, Fernando: 155.
Moro, Tomás: 41, 169.
Muíño, Manuel: 83, 133.
Mussolini, Benito: 189.
Murillo, Manuel: 132, 134.
Mutis, José C.: 72.

N

Negrín, Juan: 47, 57, 58, 59, 60, 62, 63, 64, 68, 69, 75, 76, 79, 80,
112, 136, 198.
Negrín, Rómulo: 75.
Neurath, Constantin von: 57.

O

Obregón, Alejandro: 74.
Oreña, Rafael: 91.
Ortega y Gasset, José: 21, 37, 38, 154, 171, 174.
Osorio Gallardo, Angel: 127.

P

Palafox, José de: 159.
Panadero, Miguel: 139.
Peces-Barba, Gregorio: 56, 135, 144, 160, 179.

Pedro I de Portugal: 125.
Pérez de Ayala, Ramón: 81.
Pérez Bustamante, Ciriaco: 82.
Pérez Galdós, Benito: 153.
Pérez Mota, Adolfo: 96.
Pi i Margall, Francisco: 80.
Picazo, Ginés: 10.
Pino, Rosario: 195.
Poquelin, Jean Baptiste (“Molière”): 25.
Prat García, José: 9, 10, 11, 21, 65, 90, 91, 92, 94, 96, 103, 107, 112, 160, 197, 199.
Prat García, Ignacio: 59, 93, 94, 198.
Prat Sánchez, Daniel: 90, 198.
Prats Beltrán, Alardo: 77.
Prescot, William: 153.
Prieto, Indalecio: 47, 51, 56, 58, 59, 60, 62, 63, 64, 68, 69, 76, 80, 83, 94, 112, 131, 136, 137, 140, 160, 162, 163, 198.
Prieto, Leonardo: 44.
Primo de Rivera, Miguel: 37, 50, 81, 127, 152, 162, 197.
Puche, José: 58.
Puerta, Alonso: 135, 136.
Puigdendolas, Ildelfonso: 56.
Pushkin, Alexander: 161.

Q

Queipo de Llano, Gonzalo: 61.
Quevedo, Francisco de: 74, 195.
Quiñones de León, José María: 61.
Quiroga, Vasco de: 41.

R

Ramón y Cajal, Santiago: 160
Redondo, Nicolás: 137, 144.
Reventós, Joan: 48.
Reyes, Rodolfo: 44.
Rico, Pedro: 139, 140.

Ríos, Fernando de los: 31, 37, 38, 40, 41, 50, 51, 73, 94, 159, 164, 165, 173, 174, 197.
Ripalda, Jerónimo: 16.
Rivas, Natalio: 81.
Rivas Cherif, Cipriano: 77.
Rodríguez, Cecilio: 78.
Rojo, Vicente: 112.
Roosevelt, Franklin D.: 67, 68, 115.
Rousseau, Jean Jacques: 27, 192.
Rubial, Ramón: 133, 135, 144, 198.
Ruiz Jiménez, Joaquín: 70, 135.
Ruiz Rosell, Eliseo: 18.

S

Saborit, Andrés: 40, 134, 143, 145.
Sabuco, Miguel: 39.
Sabuco de Nantes, Oliva: 39.
Sagasta, Práxedes Mateo: 140.
Salazar, Víctor: 83.
Salcedo, Ovidio: 83, 133.
Salvador, Amós: 77.
San Agustín: 27, 170.
San Isidoro de Sevilla: 195.
San Juan de la Cruz: 17, 169, 191.
San Martín, José de: 125.
Sánchez, Abelardo: 18, 139.
Sánchez Albornoz, Claudio: 76, 172.
Sánchez Silva, Francisco: 17.
Sangróniz, José Antonio de: 44.
Sanmiguel, Francisco: 108.
Santa Teresa de Jesús: 27, 169.
Santander, Francisco: 73.
Santos, Eduardo: 67, 69, 90.
Sanz, Genaro: 93.
Sanz del Río, Julián: 38, 173, 174.
Schelling, Friedrich: 173.

Segovia, Andrés: 98.
Shakespeare, William: 24.
Signoret, Simone: 186.
Simón Abril, Pedro: 39.
Sófocles: 37.
Soldevilla, Juan: 162.
Soriano, Rodrigo: 127.
Stalin, Joseph: 61, 76, 145.
Suárez, Adolfo: 145, 146, 147, 151, 183.
Sucre, Antonio José de: 125.

T

Tamames, Ramón: 44.
Tejero, Antonio: 145, 146, 147.
Thomas, Albert: 51.
Thomas, Huhg: 61, 153.
Thuiller, Emilio: 195.
Tierno Galván, Enrique: 139, 140, 157.
Tocqueville, Alexis de: 177.
Trujillo, Rafael L.: 69.

U

Umbral, Francisco: 173, 175.
Unamuno, Miguel de: 13, 16, 17, 32, 33, 37, 49, 53, 71, 197.
Ureña, Rafael de: 71.

V

Valentino, Rodolfo: 122.
Valera, Juan: 126.
Valero, Juan: 96.
Valiente, Serapio: 100.
Valle-Inclán, Ramón María del: 126.
Verdes Montenegro, José: 174.
Verne, Julio: 24, 191.
Vidal, Fabián: 77.

Villa, Ricardo: 18, 49.
Vitoria, Francisco de: 44.
Vives, Luis: 39, 169.
Vulpiano: 165.

W

Wells, Herbert G.: 191.
Wilson, Thomas Woodrow: 177.

X

Xirau, Joaquín: 171.
Xirgu, Margarita: 78, 127.

Y

Yáñez, Luis: 155.

Z

Zamacois, Eduardo: 67, 69.
Zambrano, María: 9, 10, 171.
Zugazagoitia, Julián: 62, 64, 65, 68, 77, 93, 153.
Zulueta, Luis de: 71, 77, 82, 161, 174.

Indice general

- Dedicatoria, 7
Preámbulo, 9.
- I.**—La melancolía del recuerdo, 13.
II.—La condición humana, 23.
III.—La lealtad a las ideas, 31.
IV.—La guerra vino implacable, 47.
V.—El exilio como proyecto de vida, 67.
VI.—El rapto de Iberoamérica, 113.
VII.—Volver a tierra firme, 131.
VIII.—La República coronada, 141.
IX.—El hombre universal y solidario, 167.
X.—El hombre que espera tranquilo, 185.
Cronología, 197.
Indice onomástico, 201.

jurídico a la Federación de Trabajadores de la Tierra y como vocal del Consejo de Reforma Agraria.

Fue elegido parlamentario por primera vez en 1933, cuando contaba veintiocho años de edad, y reelegido en 1936, diputado por Albacete en ambas ocasiones.

Tras ser director general de lo Contencioso del Estado, subsecretario del Ministerio de Hacienda en el gobierno de Largo Caballero, subsecretario de Presidencia en el gobierno de Negrín y vicepresidente de la Diputación Permanente en las Cortes, finalizada la guerra civil se exilió en Bogotá, ciudad en la que residió —ejerciendo la docencia y la crítica teatral, entre otros menesteres— hasta 1976.

De regreso en España, en 1978 fue nombrado presidente de la federación socialista de Madrid y presidente de honor de la de Albacete. Un año más tarde fue elegido senador por Madrid, puesto que todavía desempeña tras sucesivas reelecciones. En la actualidad es miembro de la Comisión de Exteriores y presidente de la Comisión de Asuntos Iberoamericanos del Senado.

José Prat está en posesión de diversas condecoraciones, entre las que figura la Cruz de Alfonso X el Sabio. Es hijo adoptivo de Madrid e hijo predilecto de Albacete, cuya Diputación le otorgó su Medalla de Oro, Honor y Gracitud. Ensayista y colaborador en numerosas publicaciones españolas y extranjeras, sus artículos más recientes han sido escritos para la revista "La Seda".

En estas Conversaciones se recogen comentarios de quien, según el autor, es maestro en asignaturas que conmueven por lo que tienen de tasadas, de raras en este tiempo: la lealtad, la comprensión, la tolerancia. Opiniones y recuerdos de una vida que José Prat lleva entregada desde siempre, por lealtad a su pensamiento, un pensamiento que él mismo llama de acción y que resume, insobornable, en "mis viejas cuatro palabras: paz, libertad, ley y socialismo".

EDICIONES DE LA DIPUTACION PROVINCIAL DE ALBACETE